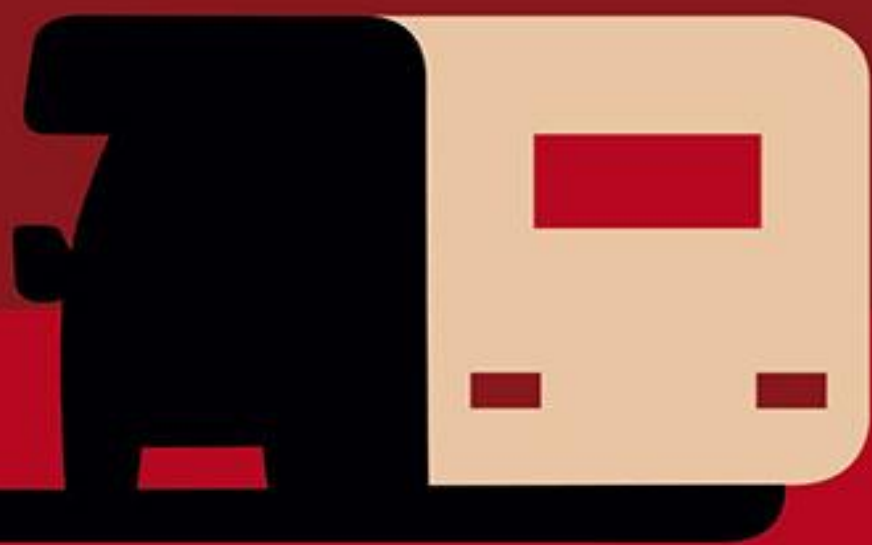


Sangre paga sangre

NACHO GUIRADO



Lectulandia

Mercedes Espinera lleva días recibiendo llamadas amenazadoras. Es consciente de que la espían y, también, de que hace un día han entrado en su vivienda. Sabe qué pretenden, y que pronto volverán a por ella. Pero Mercedes, una superviviente, una mujer a la que la vida ha endurecido a base de golpes y renunciaciones, estará preparada. Ella y sus recuerdos los estarán esperando.

En esta novela escrita con una pericia inusitada, que pone el foco en las esquinas de los sucesos a las que no siempre llega la luz y da voz a personajes muchas veces silenciados —a los que sobreviven, a los que no se resignan, a los que plantan cara, a los que se niegan a aceptar los golpes...—, Nacho Guirado combina una técnica de asombrosa precisión con una sensibilidad única para comprender y alumbrar a dos personajes excepcionales que difícilmente podremos olvidar: dos mujeres que saben de la pérdida, de la sororidad y de la resiliencia, también de la rabia.

Ambas se mezclarán en una trama de giros y descubrimientos inesperados, plena de matices y dilemas, con el patriarca de un clan gitano al que le han arrebatado a un hijo, un predicador evangelista que lucha entre su fe y las obligaciones de la sangre y un inspector de policía que tendrá que dilucidar quiénes son las víctimas y quiénes los verdugos en esta vorágine de sangre y violencia.

Nacho Guirado suma a su trayectoria impecable como novelista una nueva obra que nos apela y no nos dejará indiferentes.

Nacho Guirado

Sangre paga sangre

ePub r1.0

Titivillus 06-10-2025

Nacho Guirado, 2025

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Para María Luisa

Último día

Un rayo fugado entre los panzudos nubarrones que presagiaban tormenta escogió por ella el banco en un rincón del parque. Le hubiese gustado seguir caminando, pero estaba agotada. La pierna ya no daba más de sí.

Cerró los ojos y elevó el rostro para sentir la breve caricia del tímido sol otoñal en la piel, mientras un recuerdo de infancia convocaba a la abuela Valentina que, con el índice nudoso, señalaba los haces de luz que desde las nubes atravesaban el firmamento hasta el suelo y decía «Son los dedos de Dios que marcan las almas que hoy se reunirán con Él en el Cielo», pero entonces Mercedes niña solo tenía ojos para el dedo artrítico de la abuela, para esa uña que se curvaba a modo de púa de guitarra o de una diminuta daga. Ahora pensó que perdió la oportunidad de preguntar a la abuela si estos singulares rayos de luz solar premonitoria también indicaban el camino al infierno.

Con cuidado, colocó el bastón en horizontal a lo largo del banco para que no se cayera al suelo, y también como parapeto ante cualquier jubulado despistado que deseara sentarse a su lado buscando entretener la mañana. Al soltar la empuñadura de hueso con forma de cabeza de elefante, «elefanta», había aclarado Carmela, contempló su mano marmórea por el esfuerzo y comenzó a masajearla para reactivar la circulación. Durante la caminata, había estado estrangulando la cabeza como si con cada paso golpease el suelo con el martillo de Thor. Y el pensamiento del martillo mitológico del dios del Trueno y de la lucha salvaje le dibujó un amago de sonrisa: sí, ella haría temblar los cimientos con una furia salvaje.

—¿Merche?

Mercedes dio un respingo y mentalmente se maldijo. ¿Es así como pretendía estar en guardia? Menudo estado de prealerta de mierda. Su cuñada Carmela se habría burlado.

La mujer que la había saludado estaba de pie, delante de ella, indecisa, sin saber bien cómo continuar con la conversación que acababa de iniciar. Seguramente ya se arrepentía de no haber refrenado su ímpetu y haber seguido caminando tras reconocerla allí sentada.

—¡Qué sorpresa, Merche!, ¿qué haces aquí sola? —Pero como al oírse entendió que estaba siendo demasiado directa, recurrió a la primera fórmula de cortesía que se le vino a la cabeza—. Se te ve bien.

Mentía, claro. Ahí estaba la accidentada carretera de montaña que surcaba el rostro de Mercedes desde el parietal derecho hasta el pómulos y que la cirugía no había logrado reconstruir con la necesaria simetría para armonizar el rostro, un imán para la mirada ajena; y el cabello rojo, otrora melena, tan corto que en nada disimulaba la fea cicatriz; y las ojeras, fardos bajo los ojos, banderas negras de los barcos piratas que cada noche atacaban su viaje hacia el sueño; y el bastón, ese bastón llamativo, casi decimonónico, imposible de pasar por alto. No, parecía cualquier cosa menos bien.

—Hola, Paula. Gracias. Tú sí que estás bien.

Por el rápido parpadeo de la otra supo que el tono había resultado agresivo, pero no lo había hecho adrede. En realidad, había replicado con un automatismo mientras vigilaba el parque, con los sentidos nuevamente en máxima alerta tras aquella pérdida de atención que la había dejado tan expuesta.

Transcurrieron cinco largos segundos que se espesaron mientras una no sabía qué más decir y la otra la ignoraba.

—Bueno, te dejo. No quiero llegar tarde a..., ya sabes —se excusó Paula, nerviosa, mirando los números del reloj. Y ya había dado un paso de huida cuando una idea la hizo detenerse, y más tarde se sentiría orgullosa de haber mostrado esa preocupación, esa empatía, y lo contaría al resto de madres sintiéndose mejor persona y recogiendo con avidez los frutos del reconocimiento de sus interlocutoras—. Perdona, Merche. Se me ha ocurrido que igual no era una buena idea que te quedaras aquí.

—¿No?

Las manos de Mercedes se crisparon anticipándose a lo que iba a escuchar.

Paula le dedicó una sonrisa mansa cargada de compasión y de algodonosa bondad.

—Bueno, piénsalo. En un rato aparecerán por aquí los chiquillos. Sabes cómo salen de clase, como toretes, y pasarán corriendo y gritando y, bueno..., no sé si para ti es lo mejor. Con todo tan reciente...

Le habría hundido la empuñadura en el cráneo a golpes para borrarle esa sonrisa beatífica, le habría gritado que qué mierda de libros de Coelho

leía que la doctoraban en repartir consejos salvíficos tan útiles como el agua bendita, la habría abofeteado una y otra vez hasta que sangrase, hasta que se quedara afónica de pedir ayuda, hasta hacerle mucho daño, un daño que la acercara aunque solo fuese en una cantidad ínfima a su propio dolor.

El teléfono vibró en el bolso y Paula pasó a un segundo plano, pero no así la rabia.

—Tengo que responder.

Y se concentró en rebuscar dentro del bolso hasta que por el rabillo del ojo se aseguró de que la otra se alejaba.

En la pantalla del aparato leyó «Cuñada». Cuñada, no Carmela, o Lita, o siquiera cuñi. Cuñada, porque así era antes de todo, cuando se toleraban por la *pax romana*, o por la paz de Lucas. Destellaba «Cuñada» entre los paquetes de clínex, la cajetilla arrugada de Marlboro, el mechero, la libreta de notas, la tarjeta de la habitación del hotel, el espray de pimienta, el diminuto neceser, las llaves y la botella de agua a medio consumir. Hasta que dejó de destellar. La mano se había quedado a medio camino, congelada. Exhaló el aire retenido. Ni siquiera estaba respirando, el cuerpo paralizado por... ¿la tensión?, ¿la incertidumbre? A quién pretendía engañar. Por el pánico.

—Vamos, suena, maldito —ordenó al teléfono, queriendo y no queriendo que Carmela insistiera. Como cuando de niña se colocaba al borde de la piscina deseando y temiendo al mismo tiempo que la empujaran al agua helada.

De algún modo el teléfono obedeció, aunque no con una llamada.

Cuñada 12:45 h
todo bien???

Mercedes tecleó varios mensajes, pero los borró. Por último, envió un escueto «ocupada» y volvió a guardar el teléfono, sustituyéndolo por la cajetilla y el mechero.

A la sexta colilla percibió la creciente algarabía. Examinó con ojo crítico el paquete menguante y concluyó que tendría que parar en el estanco. Luego, con el pie de la pierna buena empujó las colillas bajo el asiento, un poco avergonzada de haberlas tirado al suelo: no era propio de ella, pero ¿acaso era propio todo lo que había hecho en el último mes? Pasaron los primeros niños: chillando, corriendo, felices de verse libres de las bridas escolares, con el abuelo, la cuidadora, la madre, unos metros

más atrás, convencidos de que a esa distancia podían proteger a la criatura. Se estremeció. Qué ingenuos. Al poco, reconoció a Paula al final del parque con Adrián bien cogido de la mano. Parecía atenta a la perorata del niño, aunque sus movimientos nerviosos de perrito de las praderas hacían ver que su atención no estaba con el crío. Por eso a Mercedes no la extrañó que tomaran otro ramal del parque para sorpresa del chiquillo, que, como animalillo de costumbres, tiró un par de veces del brazo de la madre tratando de empujarla hacia la calle habitual de retorno a la vivienda.

Minutos más tarde, la marea infantil menguó hasta desaparecer y, con ella, los gritos y las risas. Se incorporó con dificultad, sacudió la culera de los vaqueros y suspiró largamente. No había planeado estar ahí, o no, al menos, de un modo consciente. Paula la había advertido de que no le convenía, temiendo que la visión de los niños la hiciese sufrir. Pero Paula se equivocó. Necesitaba provocar este encuentro con el pasado y constatar que no había llorado, no se había arrancado el cabello o arañado el rostro ni se había revolcado por el sucio pavimento. Era la última prueba que necesitaba. Porque de haber hecho algo mínimamente parecido, si su cuerpo se hubiese rebelado ante la dictadura del pensamiento, habría significado que todavía estaba viva. Que tras la tormenta, por dura y agónica que esta hubiese sido arrancando trinquete, mesana y haciendo del palo mayor un bastón, aún seguía a flote; y podía existir la esperanza de que el suave vaivén de los días y las noches volviera a mecerla en una narcótica calma. Y no era así. Lo que quedaba de ella no era más que una carcasa sin contenido, apenas un oscuro corazón que latía con voz propia, palpitando por la fuerza de un fuego incandescente que ansiaba quemar, destruir; un impulso homicida, un feroz deseo de venganza que, animado por esa inacabable fuerza destructora, había llegado a consumir incluso la pena con que habría podido amarrarse otra vez a la vida.

—¿Ya está hecho?

—Hola, me tenías preocupada. ¿En qué demonios andabas?

—Echando un polvo.

Los tres segundos de vacilación de su cuñada la hicieron reír por dentro. Siempre, hasta la maldita aventura, Carmela la había tenido por una mojigata, una niña buena de colegio religioso. Casi lamentó que no hubiese sido verdad. Aunque ¿se veía follando con alguien? Sexo duro, animal, sentirse empotrada sobre la encimera del baño, abandonarse a ser

penetrada sin circunloquios, nada de caricias, de palabras o besos. Lucas lo denominaba «sexo funcional».

—No tienes voz de haber echado un buen polvo.

—Estoy en el parque, junto al colegio de Rodrigo.

—Vaya...

—¿Está todo listo?

—Habría sido mejor plan el polvo —reflexionó Carmela. Y, como Mercedes no respondió, prosiguió—. Sí, ya está. Tal y como te había explicado. Pero tengo que avisarte de que estuvieron aquí.

—¿Estás segura? —se le quebró la voz.

—Segurísima. Es mi trabajo. Oye, he pensado...

Mercedes cortó la llamada.

Cuñada 13:55 h

vas a dejarme así?

t escribo luego

me cortaste

ya está td dicho

estamos a tiempo. Tenemos los vídeos. No me importan las consecuencias

En lugar de escribir, Mercedes buscó en la galería del teléfono una fotografía y la envió. El silencio posterior fue suficiente.

luego hablamos. Voy a remover el avispero

ok

Para el patriarca prefirió hacer uso del correo electrónico. De pie, parada junto al banco donde todavía reposaban bolso y bastón, releyó varias veces el primer mensaje para asegurarse de que no había fisuras:

Quise creer en tu palabra, palabra de gitano. Así dijiste. Que tu palabra era un compromiso de sangre, aunque yo fuese paya. Te creí y cumplí mi parte del acuerdo. ¿Dónde está ahora tu palabra? Un engaño igual que el de ellos. También tú me mentiste. ¿Puedo ya gritar a los cuatro vientos que el patriarca es un mentiroso? ¿Puedo denunciar ante payos y gitanos que tu palabra vale menos que el aliento que la impulsa?

Envió el correo y se sentó. Necesitaba fuerzas para escribir el segundo mensaje, ese que abriría la caja de Pandora.

Mía será la venganza. Les grabamos. Irán a prisión por asesinato.

Solo cuando pulsó de nuevo a «Enviar», comenzó a sentir la lluvia corriendo sobre ella. El sol se había puesto en fuga y un trueno marcó el inicio de la tarde.

* * *

El desagradable chirrido de las bisagras de la puerta de entrada la alertó de la intrusión. Siempre habían emitido un ruido quejumbroso —era un piso húmedo—, un sonido familiar asociado al tintineo de llaves que anunciaba la llegada al hogar. Lucas no había sido el típico marido manitas: varios grifos perdían lágrimas agónicas, el batiente de la ventana del comedor hacía tiempo que no se podía utilizar y todas las bisagras resonaban con el maullido de un gato en celo. Hasta esa tarde. Porque esa tarde, cuando Mercedes llegó a casa, las bisagras resbalaron suaves y silenciosas como gotas de agua sobre el cristal confirmando lo que Carmela había dicho: ellos habían estado allí y contaban con regresar. Por eso debió de sorprenderles el ruido inesperado ocasionado por los tornillos aflojados y el efecto del disolvente de grasa con el que Mercedes anuló el aceite lubricante recién aplicado.

No eran lerdos. Supieron que habían perdido el factor sorpresa y decidieron moverse rápido sin importar ya el ruido. La puerta se cerró y, casi sin darle tiempo a expulsar el aire retenido, los dos hombres irrumpieron en el dormitorio precedidos por el haz de luz de una potente linterna, que iluminó la cama, y Mercedes, desde la butaca, encendió la lámpara de techo, cuyos focos había orientado estratégicamente hacia la entrada del cuarto para deslumbrarles al menos un instante. Los cañones de la escopeta que portaba uno de los hermanos dejaron de apuntar a la cama vacía para volverse hacia la butaca donde Mercedes los estaba esperando.

—Me alegra que no hayáis disparado contra el colchón a oscuras, porque habríamos muerto los tres sin siquiera poder hablar.

No era cierto que pensara que iban a entrar en la habitación a quemarropa como en O. K. Corral. La escopeta era la herramienta que traían para intimidarla, el engaño del torero tras el que este esconde el estoque. Ella se inmovilizaría, aterrorizada frente a los dos agujeros orientados contra su pecho, la potente linterna la cegaría, aún con el aturdimiento del sueño, y sería la hoja de acero del matador la que la

silenciaría para siempre. Los vecinos continuarían durmiendo en plácida ignorancia.

—Vaya con la zorrita valiente —siseó el hombre sin escopeta, con el cuerpo en escorzo, medio brazo oculto tras el tronco mientras la otra mano, abierta, la extendía hacia ella como si se anticipase a un golpe o como un director de orquesta que pretendiera controlar el tempo del drama—. Nos esperabas. —Y empezó a moverse lateralmente por el cuarto, dejando pasillo al hipotético disparo de la escopeta de su compañero, pero sin acercarse a Mercedes.

—Sabes que sí. A ti, sí. Ahora te reconozco. Por la voz. Se lo dije a la Policía y al juez. Reconocería tu voz entre un millón. Eres el gitano que me dejó este recuerdo —murmuró, señalando con el índice de la mano derecha la cicatriz del rostro—. Aunque ya te había visto antes. Pero no en persona. Te vi a través de una cámara. Y te grabé.

—Pues ya me tienes en carne y hueso, zorra. Y, de parte de mi padre, ya no podrás dizir que el patriarca no cumple su palabra porque...

—¡Espera, idiota! —se adelantó Mercedes, previendo el salto que el otro pensaba dar para degollarla con la navaja oculta, una vez transmitido el mensaje—. ¿No vas a preguntar por qué habríamos muerto los tres si hubieseis disparado contra el colchón?

El hombre destensó los cuádriceps y miró brevemente a su hermano, quien se encogió de hombros como diciendo «¿qué prisa hay?».

—Busca debajo de la cama.

La escopeta la siguió apuntando mientras el primer gitano se agachaba para descubrir los ocho paquetes y la alarmante luz roja que uno de ellos emitía. Permaneció agachado un par de segundos, dando tiempo a su cerebro a procesar la información. Y, cuando por fin comprendió qué era aquello, se le desencajó el rostro y se volvió hacia el otro incapaz de articular ningún sonido.

—¿Qué es?, ¿qué hay?

—Te lo digo yo porque tu hermano se ha quedado mudo. Creo que se ha cagado encima. Explosivos. Y no, no echéis a correr. No os daría tiempo. Hay más en el resto del piso. Antes de que llegais al descansillo todo habría reventado. Puf, ya está. Dos mierdas de gitanos menos.

Fue el turno del segundo hombre, olvidada la necesidad de apuntar a la víctima revestida de verdugo, para agacharse y ver con sus propios ojos los paquetes.

—Bien, cuento ya con toda vuestra atención. Escuchadme, porque la vida de los tres depende de esto. —Y, no sin cierta teatralidad que solo a ella le hizo gracia, levantó con lentitud el puño cerrado de la mano izquierda para que vieran la parte del objeto que sobresalía por los laterales—. ¿Ves lo que asoma aquí? Es el detonador. No, no es un botón. Yo también creí que se trataría de un botón, como en las películas. Pero esto es mejor. ¿Recordáis el accidente de tren en Galicia? Se habló mucho del pedal del hombre muerto. Por la cara que ponéis, veo que no sabéis de qué os hablo. Putos ignorantes. Solo os preocupáis de ir a robar cobre, o de traficar, o lo que sea la mierda que hacéis para ganáros la vida. —Se contuvo porque se estaba saliendo del guion—. ... Es igual, lo entenderéis perfectamente. Esto que tengo aquí es el mismo mecanismo. Cuando os escuché entrar, apreté este chisme que seguro que tiene un nombre sofisticado que desconozco, y una luz roja se encendió en el explosivo. ¿Visteis la luz? Seguro que sí. Yo la veía mientras corríais hacia aquí, ansiosos por liquidarme. Es un invento genial. Esa luz encendida quiere decir que las bombas ya están activadas, y que lo que falta para el «adiós muchachos» y que os vayáis al infierno que merecéis, si es que existe, es la confirmación que llegará cuando yo afloje la presión de mi puño. Así que hicisteis bien en no disparar al colchón porque puede que eso hubiese hecho explotar alguno de los paquetes y fin de la fiesta. Pero, sobre todo, habéis hecho bien en no saltar sobre mí o dispararme, porque habríais muerto sin saber cómo había ocurrido, y eso me habría arruinado el placer de explicaros la sorpresa.

Durante el minuto largo que habló la escucharon inmóviles, casi sin respirar, y cuando terminó, se volvieron uno hacia el otro y comenzaron a cuchichear tan rápido que Mercedes apenas captaba palabras sueltas, aunque no le importaba porque no le hacía falta saber qué se estaban diciendo. Todos los triunfos estaban en su mano o, mejor dicho, en su puño, así que pudo concentrarse en la extraña calma que sentía, en la paz que la envolvía, ya libre de miedo, disfrutando de la emoción de un odio puro, diáfano, sin adulterar por reticencias morales o religiosas. Se vio como una diosa con el castigo final en la palma de su mano mientras aquellos dos pobres miserables debatían sus nulas opciones levantando cada vez más la voz.

—No os asustéis. Solo voy a fumar —les advirtió, moviendo lentamente la mano derecha hacia la mesita auxiliar situada a un lado de la

butaca, donde reposaban cajetilla y mechero. Pero tropezó con el bastón, apoyado en la oreja de la butaca, que resbaló hasta el suelo de parqué con irritante estrépito, enmudeciendo a los hombres. Sin perderlos de vista, inclinó el cuerpo para recoger el bastón y lo colocó aprisionado entre las piernas para asegurarse de que no volvía a resbalar. Luego, sacó un cigarrillo, se lo llevó a los labios y lo prendió. Cualquier director de cine consagrado habría filmado la escena. Fue la mejor calada de su vida.

—Mi hermano diz que no puedes estar tan loca como pa matarte y quiere que nos piremos.

—Tu hermano es un cobarde que solo ataca a personas indefensas. Porque tú eres el otro, ¿verdad? —replicó, encarando al gitano de la escopeta—. Tú eres el de la gasolinera.

El otro asintió levemente. Chorretones de sudor corrían por su frente y le hacían parpadear.

—Yo sí creo que te da igual morir. Mi viejo me previnió que tuviéramos cuidao porque no eres de fiar.

—Sigue —lo animó Mercedes, contemplando cómo la ceniza del cigarrillo caía repartiéndose entre la tapicería de la butaca y del suelo de madera sin que le importase un ápice.

—Pero también creo que ties un plan o, si no, ya estaríamos muertos los tres.

Mercedes lo premió con una sonrisa.

—¡Bravo! Seguro que tú fuiste al colegio más días que tu hermano. Se nota que, además de malvado, eres listo. Sí, tengo un plan. Es muy sencillo. Veréis qué rápido lo entenderéis. Debajo de la almohada está mi teléfono, cógelo.

Los dos hombres se miraron, indecisos. Con absoluta prevención, el hermano que llevaba la voz cantante levantó una de las almohadas, esperando una desagradable sorpresa, y al ver el juguete, preguntó:

—¿Esto?

—No, idiota, ¿te parece eso un teléfono? Ese es Buzz Lightyear, que quiere ver si volamos con él hasta el infinito y más allá —rio ella—. Bajo la otra almohada.

Esta vez sí era el teléfono.

—Vamos, cógelo. No muerde.

Lo tomó y se lo ofreció a Mercedes. Aunque no sudaba como su hermano, la mano le temblaba como si estuviesen a diez grados bajo cero.

Mercedes lo mantuvo así mientras daba una larga calada. Luego, tiró la colilla al suelo y la aplastó con el pie sano.

—No es para mí. Lo vas a utilizar tú. Está desbloqueado, así que no tienes más que marcar el 112 y pedir que te pongan con la Policía. Vas a activar el altavoz para que yo pueda escuchar lo que te dicen.

El gitano silencioso acercó sus labios a la oreja de su hermano. Mercedes observó cómo el otro abría los ojos desmesuradamente y la mirada se perdía unos instantes como si su mente viajara frenética en pos de las instrucciones que escuchaba. Luego, se volvió hacia él y hubo un ligero encogimiento de hombros. Fuese lo que fuese que se hubiesen dicho, estaban de acuerdo.

—Haremos la llamada. Imagino que quieres que digamos que fuimos nosotros. Que semos los culpables. Es la venganza que buscas. Que paguemos en el talego por los tuyos. Y que nos arrepentimos.

Por primera vez, Mercedes estuvo a punto de perder el control.

—¡No insultes mi inteligencia! —gritó—. ¡Si hubieseis sentido el más mínimo arrepentimiento no os habríais atrevido a levantar la mano contra mí! ¡Me habéis amenazado! ¡Habéis hecho todo lo posible para intimidarme, para callarme! ¡Pero aquí estáis! ¿Arrepentiros? ¿Vosotros? ¡Malditos seáis, gitanos asesinos, mentirosos!..., cobardes..., malditos cobardes. —Las últimas palabras se perdieron en un llanto contenido.

—Llamo, llamo. Tranqui.

—Yo no sabiese que dentro... —comenzó a decir el segundo hermano, pero Mercedes se levantó como un relámpago de la butaca, haciendo caer de nuevo el bastón, y, temblando de furia, a punto de desequilibrarse por la pierna lesionada, lo amenazó alzando el disparador.

—¡Ni una palabra más, carroña! ¡Ni se te ocurra manchar su nombre con tu sucia lengua o te mando ahora mismo al infierno!

Por unos segundos únicamente se escuchó el jadeo de la respiración agitada de Mercedes. Ellos no se movían, atentos. Luego, Mercedes se dejó caer pesadamente en la butaca y ordenó:

—Haz la maldita llamada. Acabemos con esto. —Y, desentendiéndose de ellos, se agachó para recoger de nuevo el bastón.

Fue la oportunidad que estaban aguardando. El primer hermano se abalanzó hacia el puño cerrado de Mercedes, dispuesto a aferrarlo para impedir que ella pudiese separar los dedos, consciente de que no había margen para el error. En su imaginación, mientras hablaba con la mujer,

había simulado una y otra vez el movimiento, sus propias manos como un cepo bloqueando el mecanismo para dar tiempo a que su hermano le reventara la cabeza a la puta pirada suicida. Porque de eso no le había cabido ninguna duda: la amenaza era tan real como los muertos que a ella la movían a vengarse; las bombas estaban armadas y solo el artefacto que la mujer presionaba los separaba del final.

Desde niño había sido el más rápido en cazar moscas que atrapaba en la jaula de la mano. Dos, tres, hasta cuatro si estaban en una superficie plana. Las cogía, luego agitaba el puño para marearlas y, después, las lanzaba con violencia contra el suelo donde terminaba pisándolas. Hacía competiciones con su hermano a ver quién capturaba más, y las atrapaba incluso en pleno vuelo. Al sentir el puño de la mujer cerrado entre sus manos, lanzó un grito victorioso con la emoción de la proeza lograda, como cuando de niño asombraba a los suyos con su pericia en la caza. Pero el grito de guerra trocó en estertor, con el acero del estoque atravesándole de lado a lado, perforándole el pulmón. «Juré que te mataría», fue lo último que escuchó.

Su hermano disparó.

Sangre paga sangre

Mercedes percibió el roce del plástico y luego la cremallera de la tienda al abrirse. Giró la cabeza para contemplar las ágiles piernas de Carmela en sus pantalones de camuflaje escurriéndose fuera del cubil. Esta había despertado una hora antes del cambio de turno. «Voy a mear», susurró, y, calzándose los playeros a modo de chinelas, se encaminó hacia el grupo de fresnos que las ocultaba de la carretera. Un toque seco, «mierda», oyó que mascullaba —debía de haber tropezado con una raíz en la oscuridad— y, después, el ruido de la vejiga al vaciarse que se entremezclaba con los primeros trinos de la madrugada. En el firmamento resistía Venus.

—Es pronto —la informó Mercedes cuando Carmela se acercó. Ella llevaba tres horas encajonada en una incómoda silla de *camping*, protegida del frío con una manta escocesa por encima del forro polar y pertrechada para la guardia con un despliegue de tableta, teléfono móvil, chocolatinas, termo de café, taza a medio consumir y tabaco sobre la mesa de aluminio al alcance de sus manos.

—¿Algún movimiento? —preguntó Carmela, abriendo la otra silla y sentándose al lado.

—Las cámaras se activaron varias veces por culpa del gato. Debe de hacer ronda por toda la finca. Espero que las baterías aguanten.

—Aguantarán, descuida —la tranquilizó Carmela—. Con las baterías auxiliares deberíamos tener para un día ininterrumpido de grabación. Pero, si hiciera falta, esta noche las cambio en un minuto. No me verían. —Y, señalando al termo, preguntó—: ¿Queda café?

Bebieron en silencio mientras aumentaba la algarabía de trinos y cantos desde las cercanas ramas de los árboles.

—Son gorriones, creo —dijo Carmela. Mercedes se encogió de hombros—. Son los machos tratando de llamar la atención de las hembras aprovechando que, de madrugada, el sonido llega más lejos y con más fuerza. Puro instinto.

—No sabía que controlarás de pájaros.

—Y no controlo —rio bajito Carmela—. Lo aprendí en un curso de intervención rápida y asalto. Algo explicaron sobre humedad y temperatura, para que supiéramos en qué momento del día estábamos más expuestos a ser descubiertos, y el instructor estuvo un buen rato largando sobre bichos y sus ruidos. Que podíamos saber qué hora del día era, o incluso la temperatura que habría en función de lo que oyéramos. Yo solo me quedé con dos o tres cosas que, hasta hoy, pensé que nada más podrían servirme para un concurso de preguntas de la tele. Y, ya ves, no han sido inútiles. Han valido para que digas algo que no tenga que ver con el puto plan.

El puto plan. Los labios de Mercedes se apretaron en acerada muralla, pero su cuñada bebía el café con la mirada perdida en el sotobosque revelado por la creciente luz del amanecer.

—Bueno, es mi turno. Te conviene descansar. Es posible que hoy haya novedades. Te despierto en tres horas.

A Mercedes le costó desincrustarse de la silla que se abolsaba alrededor de su torpe espalda. Carmela tuvo el acierto de no ofrecerle la mano, dejando que ella sola se peleara con la pierna inútil, con la columna atenazada por la rigidez y el dolor que se reflejó en las repentinas perlas de sudor en su frente crispada.

—¿Tienes contigo la medicación?

—Necesito estar despejada, no drogada.

Lita asintió, fingiendo comprensión mientras en su mente iba filtrando las respuestas que pudieran ser interpretadas como una ofensa. Pero con su cuñada, según qué día, no había nada que no fuese ofensivo.

—Si no controlas el dolor, será difícil que puedas resultar de ayuda. Somos compañeras, un equipo que trabaja unido. Si no eres capaz de responder a tiempo, me pondrás en peligro, así que permite que insista en que debes tomar la medicación. Eso, o mejor abandonamos y mandamos tu plan a la mierda.

Mercedes por fin estaba de pie, apoyada en su bastón, y Carmela percibió la furia mal contenida por la respiración entrecortada y el peso de la mirada calcinante que conscientemente rehuyó. Ambas sabían que Carmela tenía razón, y también que se necesitaban mutuamente, pero Mercedes necesitaba tiempo para digerir la rabia. Desde que había pasado a la acción, su carácter se había agriado de un modo notable. Y Carmela

no sabía si prefería esta versión de mujer dura o la otra, de viuda llorosa y deprimida a la que casi se había terminado por acostumbrar.

—¿Puedes alcanzarme la mochila?

—Claro.

Carmela también le alcanzó la cantimplora para que pudiera tragar mejor las pastillas.

—Te despierto en tres horas.

Convencida de que iba a ser incapaz de dormir, para Mercedes fue el tiempo de un pestañeo; apenas sus párpados se plegaron, la mano de Carmela agitó su hombro, apurándola.

—Tienes que ver esto. Hay movimiento.

—¿Qué...? Espera..., ¿qué hora es?

—Son las diez y veinte. Sal, hay novedades. Y no empieces a maldecir. Te dejé dormir más tiempo, necesitabas descansar. Tú no te has visto la cara. Venga, sal de una vez. Tienes que ver una cosa.

En la pantalla de la tableta, en una de las cuatro ventanas abiertas apenas podían ver la fachada de la casa a través de la cámara disimulada entre las ramas de un olivo ornamental, uno de esos viejos árboles retorcidos supervivientes de la construcción de una autopista. Tapaba la visión de la casa una furgoneta blanca, grande, en cuyo lateral podían leer alquil en la primera línea, furgone en la segunda, y cinco números en la tercera. El resto quedaba tapado por la hoja de la puerta trasera abierta. Las demás ventanas de la tableta permanecían oscuras, sin imagen.

—¿Qué estamos viendo?

—Una furgoneta de alquiler. Llegó hace cinco minutos. Nuestro hombre madrugó. Hace una hora lo vi marchar en el Peugeot, solo. Ella se quedó en casa. Salió al porche para decirle algo y esperó a que él se hubiese largado antes de meterse de nuevo dentro. No sé por qué pensé que habrían estado hablando de algo referente a la lista de la compra, de recados, yo qué sé. Como mi padre, ya sabes, el viejo siempre estaba refunfuñando sobre que mi madre lo había convertido en el chico de los mandados desde que lo jubilaron. Bueno, al menos, así era...

La inserción de este pequeño detalle tan doloroso las incomodó. Era difícil estar orillando continuamente lo que las unía y también lo que las separaba. Carmela carraspeó como un pasar página y concluyó:

—Pero me equivoqué. No era al súper a donde había ido. A la hora estaba aquí con ese mastodonte.

—¿No podemos ver qué están haciendo con las otras cámaras? La puñetera furgoneta lo tapa todo.

—Joder, no. Todas menos esta se activan con el movimiento. Por lo de ahorrar batería. Creí que esta bastaría para controlar la entrada. Pero el muy cretino aparcó en el peor sitio. Habrá que esperar.

—¿Esperar? ¿Qué dices de esperar? ¡Tenemos que acercarnos! ¡No podemos quedarnos de brazos cruzados sin hacer nada! ¡Coño, Lita, menuda mierda! ¿Cómo no pensaste...?

El ruido creciente de un motor la hizo enmudecer. Acababa de ser consciente de lo mucho que estaba elevando la voz.

—No te preocupes, se trata de un tractor con rollos de hierba. Es la tercera vez que pasa. No creo que pueda vernos desde la carretera, pero preferiría que te calmaras y que me escucharas un momento. Hace falta que te tranquilices, está todo controlado —dijo, resoplando, silabeando despacio las últimas palabras para hacer patente que también su paciencia tenía un límite.

Mercedes cerró los ojos y movió la cabeza a los lados, como tratando de aliviar la presión en la base del cuello de una pesada carga. Luego, cabeceó, concediendo:

—Perdona, tienes razón. Dime, ¿por qué crees que está todo controlado?

—Él está dentro de la vivienda. Lo vi salir de la furgoneta, abrir los portones y, luego, entrar en casa. Después, la cámara esa de la esquina, la que puse en el poste de la luz, se apagó y no volvió a activarse. Por eso sabemos que de ahí no se han movido.

Como si el aparato hubiese entendido que estaban hablando de él, la ventana superior izquierda se conectó para mostrar el andar cauteloso de un enorme gato atigrado y, con él, todo el lateral derecho de la vivienda. Desde ese plano podían ver el cajón abierto y vacío de la furgoneta hacia el que se acercaba el gato. Al llegar junto a la defensa, se detuvo, se sentó sobre los cuartos traseros y se lamió con aparente concentración una pata.

—Mira qué suerte. El protagonista de la noche acaba de hacer su aparición estelar. Te apuesto lo que quieras a que se mete dentro del furgón a fisgonear.

Pero Mercedes no pensaba en el maldito gato, sino en el vehículo abierto, vacío, a la espera de algo. Y, de repente, una idea la sacudió con violencia al mismo tiempo que su cuñada exclamaba:

—¡Tía, te lo dije! ¡Ya está dentro! Pues, como se despiste, a ese michi que no lo esperen en casa para cenar.

—¡Se mudan!

—¿Qué?

—¡Que se mudan, joder, se largan! Mi llamada debió de ponerles sobre aviso ¡Estos cabrones le han visto las orejas al lobo y vuelven a desaparecer!

Mercedes no se había equivocado. Durante las dos horas siguientes, las cámaras no dejaron de activarse mientras el matrimonio entraba y salía una y otra vez de la casa, portando muebles, cajas y enseres. Primero, un gran sofá por el que estuvieron discutiendo de manera airada, sin ponerse de acuerdo acerca de la mejor manera de cargarlo en la furgoneta. Pesaba mucho y la mujer parecía no tener la fuerza y la corpulencia necesarias. Después fue el turno del colchón matrimonial y de la lavadora. Luego, durante un rato largo solo ella aparecía y desaparecía con cajas de cartón de distintos tamaños que dejaba al pie del vehículo, como si el responsable del tetris en que se estaba convirtiendo la caja del vehículo fuese su marido. Cuando él por fin volvió a escena, acarreaba un cabecero de cama, primera parte del mueble que debía de haber estado desmontando en el tiempo en que estuvo dentro de la casa. Dejó el cabecero y comenzó a repasar las cajas que su esposa había traído, mientras esta hacía mutis por el foro. Debía de estar anticipando la tormenta, porque el hombre pronto comenzó a hacer aspavientos, mirando hacia la puerta de la casa, moviendo los brazos como una marioneta irritada. De verdad resultaba cómico. Era como asistir a la proyección de una película de cine mudo sin pianista. Únicamente faltaba Charlot apareciendo por detrás y dándole un patadón con la bota rota y echando luego a correr, fingiendo que resbalaba como si el suelo estuviese helado.

Discutieron qué hacer. El plan, el dichoso plan se estaba yendo al traste. «¿Tienes chismes de esos de seguimiento? Los podemos poner en la furgoneta», sugirió Mercedes. No, Carmela no tenía chismes de esos, pero esto dio pie a que Carmela volviera a repetirle lo mucho que le había costado hacerse con todo aquel material propio de la tienda del espía sin

dejar un rastro muy evidente y sin implicar a los compañeros. Mercedes propuso volver a telefonar, dar aviso al patriarca, pero Carmela también la disuadió. El aviso llegaría tarde. «¿Entonces?», inquirió Mercedes, abatida, «¿abandonamos?». Más tarde, cuando todo hubiese terminado, en el agónico vacío de las largas noches de insomnio, Carmela recordaría este instante de fragilidad de su cuñada, el momento en el que la férrea determinación de venganza de Mercedes flaqueó, y cómo esta fue la oportunidad que tuvo ella para haber podido pararlo todo. Hasta ese instante, ninguna de las dos había delinquido. Pero no lo detuvo. Ella era una mujer de acción, entrenada para resolver los contratiempos que alteraban la estrategia. En cualquier misión de campo, el plan se transformaba en papel mojado a las primeras de cambio y tocaba improvisar. Además, aunque poseía un mayor instinto de supervivencia, su deseo de venganza no era menor que el de su cuñada.

—No dejes de vigilar. Voy a recoger el campamento. En cuanto se pongan en marcha, los seguimos. Y si los perdemos, o nos descubren, no te preocupes. Averiguar la procedencia de la empresa de alquiler será fácil. —Y se puso en movimiento sin dar opciones a su cuñada de plantear alguna pega.

Cuando regresaba del tercer viaje hasta el maletero del coche, Carmela se encontró a Mercedes de pie, tensionada como un arco frente a la pantalla de la tableta. Debía de haberse incorporado con tal violencia que la silla de *camping* había quedado volcada a su espalda.

—¿Qué pasa?

—Están allí. Acaban de llegar.

Carmela llegó a tiempo de ver cómo descendían dos hombres de la nueva furgoneta.

—¡Mierda, son ellos! ¡Olvida eso, coño, ya tenías que estar yendo hasta el coche! —gritó al ver a Mercedes agachándose como para recoger la silla tirada. Pero no fue la silla, sino la mochila que estaba colgada del respaldo. De su interior extrajo la pistola que ella misma, Carmela, le había proporcionado dos días antes para poder ejecutar el plan.

—No nos vamos.

—¿Qué dices? ¡Y baja el arma, joder! ¡El cañón siempre hacia el suelo! —ordenó Lita, extendiendo la mano para que la otra le entregara la pistola. Y pretendió aproximarse, pero el resto de su cuerpo no debía de estar de acuerdo con esa intención porque sus piernas quedaron clavadas

en tierra. No, el cuerpo no quería moverse: tenía experiencia de sobra para saber cuándo la estaban encañonando en serio.

—Digo que no vamos a ningún lado. Nos vamos a quedar aquí, sin hacer ninguna tontería, y vamos a esperar a que todo termine. Luego, iremos hasta la casa y retiraremos todas las cámaras. Nadie sabrá que estuvimos aquí.

—Pero ¿te has vuelto loca? ¿Todas estas semanas insistiendo, machacándome para lograr meterme en este embrollo, y ahora te acojonas? ¿Y qué pasa con ellos? —preguntó, volviéndose hacia la pantalla.

Lo que vio, la hizo gritar aún más.

—¡Los van a matar! ¡Ya estaríamos allí! ¡Mira, les están apuntando con escopetas! ¡Maldita seas, Merche! ¡Siempre supe que te rajarías! ¡Joder, se lo dije mil veces a Lucas. No eres de fiar! ¡Siempre tan a lo suave, tan a lo zorro! ¡Maldita seas mil veces! ¿Dónde está el teléfono?

Mercedes la había escuchado con plena atención, como si lo que estuviese pasando allá donde emitían las cámaras no fuese de su incumbencia y todo lo importante estuviese ocurriendo allí, ante ella. Escuchaba pero no dejaba de apuntar sin que le temblara el pulso. Ni siquiera cuando Carmela la insultó hizo ninguna mueca ni expresó contrariedad o rechazo. Más parecía que estuviese de acuerdo con lo que le decía, pero ante la pregunta acerca del teléfono, dio un paso atrás y preparó el cuerpo como si fuese a recibir un ataque.

—Los teléfonos los tengo todos yo. No vamos a avisar a nadie. Ya es tarde. Y tú no vas a hacer nada.

—¿Quién lo va a impedir? ¿Tú, niñata de mierda? ¿Me vas a disparar? —Y se movió hacia ella convencida de que era un farol. Pero la pistola estaba amartillada. A Mercedes le bastó la presión del dedo para frenarla en seco.

* * *

La cómoda de nogal había sido parte de la habitación de su suegra y pesaba como un demonio. Para aligerarla le había quitado los cajones, que ahora eran una combinación de verdes entre el pistacho y la espuma de mar, sin olvidar el verde lima ni el verde cocodrilo, tras el paso de Almudena por un taller de decoración con veleidades modernistas. «Me

recordaba demasiado a mamá», justificó ella el esperpento, y puso las cortinas a juego. La visión de aquella cómoda con espejo construido para perdurar y comprado a plazos por los jóvenes que fueron sus padres recién casados entristecía a Almudena, y por eso decidió darle un cambio al mueble y, ya puestos, al resto de la habitación. Eso la entretuvo del duelo. Pero aun sin cajones, la cómoda seguía pesando tanto que, cada pocos pasos, Francisco se veía obligado a posarla en el suelo para recuperar el resuello. Tendría que haber desmontado el espejo biselado con forma de escudo, pero recordaba que, en la anterior mudanza, aquella tarea le había supuesto una hora larga de pelea con unas espigas muy deterioradas, al borde de la fractura. La propia Almudena, para restaurarlo, había desmontado la moldura en piezas para sanearlas de polilla, y su bisoñez en el arte de trabajar la madera dio como resultado una estructura endeble que temblaba con cualquier portazo o corriente de aire. Por eso él había optado por aplicar cola a cada espiga y a cada ensamble no visible, quizá con el anhelo de que aquella fuera la última mudanza y esa casa, su última morada. Pero ahora que la urgencia le apremiaba para que el deseo mal conjurado no se convirtiera en realidad, sabía que la tarea de quitar el espejo del resto de la cómoda le habría llevado un tiempo que no tenía. Y qué bien le había quedado el arreglo, se reconoció a sí mismo; a pesar de los bamboleos que le estaba dando a aquel muerto, el espejo permanecía firme como un dolmen, como si de verdad también fuera a sobrevivirles a ellos.

Sí, a Almudena, los muebles tal y como estaban antes de la restauración le recordaban a su difunta madre. Les había dado un cambio de cara para aliviar la tristeza que sentía al contemplarlos. Pero se negaba a abandonarlos. Ni hablar de dejarlos al comprador, que en el regateo afirmó no estar interesado en pagar nada por ellos. Francisco insistió en que no merecía la pena ese esfuerzo, que cuanto menos se llevaran y más aligeraran la mudanza, sería mejor para todos. Para ablandar ante la terquedad de Almudena, también prometió comprarle lo que a ella le apeteciera cuando ya estuvieran perfectamente instalados: un cheque en blanco en la mueblería más exclusiva para el piso que acababa de apalabrar. Pero no hubo modo, ella se negó en redondo, dispuesta a no dar el brazo a torcer. Francisco perdió los nervios, sí, no podía negarlo. Le gritó, la insultó y, al borde del paroxismo, llegó incluso a amenazarla con dejarla allí, porque de sobra sabía que estaban como estaban por haberle

hecho caso. Almudena rompió a llorar y él, apeando a cada santo del santoral que recordaba de su peana, se largó entre portazos a buscar la furgoneta contratada para el traslado. Cuando regresó, las aguas parecían haber retornado a su cauce, aunque él todavía hervía por dentro por cada minuto perdido. Por eso no quiso pedirle ayuda para mover aquel estúpido mueble. Y ahora se encontraba sudando, al límite del infarto y rezando para que la hernia discal de su zona lumbar no se descompusiese de nuevo, dejándole clavado.

Posó la cómoda con un bufido y levantó la vista, concediéndose unos segundos. Había hecho muchos planes para aquella finca. Con la manga del viejo jersey de trabajo se secó el sudor de la frente, contemplando el entorno con los ojos del futuro perdido. En el garaje estaban las mangueras con sus codos, programador y grifos para el riego de la huerta que todavía no tenía. También la madera con la que pensaba construir los bancales. Nunca había cultivado nada. Llevaba un mes viendo tutoriales de internet y leyendo libros, convencido de que no sería más difícil que cuadrar las cuentas en el banco. Al fin y al cabo, todo consistía en ser metódico con los tiempos de preparación del terreno, siembra, limpieza y recolección. Paciencia y capacidad de trabajo. De eso él tenía de sobra. Además, el trabajo físico le ayudaría a no pensar tanto y, ojalá, si cansaba los músculos, lograría serenar la mente y dormir por la noche, la larga noche plagada de fantasmas.

También había comprado estacas de madera de dos metros y medio de altura y malla para cercar la finca. Probó el primer día a clavar una estaca con la ayuda de un enorme mazo, pero no logró más que hacerse daño en la espalda, así que desistió. Decidió entonces que tendría que encontrar a alguien mañoso en los alrededores, algún vecino acostumbrado a la labor agrícola que le ayudase para esa tarea que requería tanto de fuerza física como de habilidad. Pero los vecinos más cercanos estaban a más de un kilómetro, y en las pocas semanas que llevaban allí apenas habían intercambiado algún asentimiento de cabeza cuando se los cruzaban transitando con el tractor hacia alguna de las tierras de labor, por lo que casi estaba decidido a olvidarse del cierre y disfrutar de la visión del campo abierto. Total, no tenían perro ni pensaban tenerlo. Ahora, las estacas, junto con las mangueras, quedarían para los nuevos dueños. Quizás ellos fueran más hábiles o más emprendedores y, total, para qué le iban a servir a Almudena y a él aquellas cosas en el nuevo piso.

Ya casi estaba llegando a la parte posterior de la furgoneta cuando el gato decidió que era un buen momento para acudir a frotarse contra sus tobillos. Francisco trastabilló y soltó el mueble que, al caer y dar contra el suelo, venció una de sus patas con un crujido. Aunque tuvo tiempo de aferrarlo por la moldura del espejo, frenándolo, no había podido impedir para que se golpeará y rompiera la pata. La maldición murió entre sus labios a mitad de grito cuando, en el reflejo del espejo ladeado, vio una furgoneta gris acercándose lentamente. Las manos que aferraban la cómoda en precario equilibrio se abrieron y el mueble terminó de caer. El ruido del espejo al quebrarse alarmó a Almudena, que, enfurecida, salió a la ventana.

—¡No me lo puedo creer! —se quejó.

—¡Almu, escóndete!

—¿Qué?

—¡Escóndete! —le hablaba sin volverse, sin mirarla, vigilando el vehículo cuyo motor ya era audible. Por suerte, la ventana a la que se había asomado su esposa no era visible desde la carretera—. ¡Escóndete y no salgas, oigas lo que oigas! ¡Escóndete y no hagas ruido, por lo que más quieras!

Las llaves estaban puestas en el contacto del furgón alquilado. No llevaba encima el teléfono. Sabía que tenía que huir. Arrancar y apretar a tope el acelerador. En menos de tres minutos llegaría a casa del vecino y ellos llamarían a la Guardia Civil. Pero Almudena quedaría sola, a su suerte. También podía intentar estrellar la furgoneta contra la de ellos. Si el impacto era suficientemente fuerte, a lo mejor los mataba. También moriría él, pero a ellos podría pararlos. Pero el plan más sensato era escapar hasta el pueblo, llegar hasta el cuartel y que ellos lo siguieran. Y, si no lo seguían, Almudena se habría escondido bien, como él le había ordenado. O ya estaría telefoneando para dar la alerta. Él volvería con refuerzos y ellos huirían. O a lo mejor, a lo mejor no eran ellos. A lo mejor...

No se movió ni siquiera cuando la furgoneta gris se detuvo a escasos cinco metros de donde él se encontraba. Los dos hombres se apearon con parsimonia. El copiloto, armado con una escopeta de cañones recortados.

—El papa habría sacado buenos duros por esa luna.

Francisco parpadeó rápido, contemplando estúpidamente el espejo roto, y, sin poder evitarlo, su mente acostumbrada a manejar cuentas,

calculó cuánto podría haber pagado una tienda de viejo por aquella antigualla.

—Quizás hace unos años y con el color original le habrían dado más.

Sorprendentemente, su voz sonó firme. A duras penas lograba controlar el temblor de las piernas y sudaba profusamente por las axilas como si por dentro se hubiese abierto un grifo, pero mantuvo la mirada al gitano que le hablaba mientras el otro gitano, con la escopeta sujeta como con descuido, se dedicaba a estudiar el interior de la caja del furgón.

—¿La señora?

—Ya no hay señora. Se largó. Me abandonó. Esto no le gustaba. Y yo tampoco. Se cansó de mí.

Fue el turno del gitano de contemplar el entorno, cabeceando.

—Ya. Se piró.

—Sí, y ahora me voy yo. Demasiado grande para mí solo. Si ella hubiera estado conmigo, no se habría destrozado este estúpido mueble que ni siquiera me gusta. Ella me habría ayudado a cargarlo. Era de sus padres. Ni siquiera sé para qué me lo quería llevar. Pero el nuevo dueño no lo quiere y no sabía qué hacer con él. Ahora nada, es madera rota. Valdrá para San Juan. Oye, a lo mejor hay alguno de estos viejos muebles que os pueda interesar.

Sabía que estaba hablando demasiado, y, también, que hablar tanto era inútil. Salvo que así lograra ganar tiempo para que Almudena se pudiera esconder bien, y que llegara la ayuda si es que ella había avisado a la Policía. El gitano le escuchaba con atención, como si fuera muy importante lo que le estaba contando, aguardando con paciencia a que se quedase sin más palabras que decir.

—Así que solo.

—Sí.

El gitano hizo un gesto al de la escopeta y este se movió rápido hacia la casa.

—Veremos.

—Que no rompa nada. Lo que queda es para el comprador y se enfadará —pidió, con la vana sensación de que cuanto más normal les hablase, más difícil les resultaría matarlo. Pero el aviso hizo sonreír al hombre.

—No te preocupes por eso. Pa ti solo hay una deuda que pagar.

Las fuerzas lo abandonaron y cayó de rodillas. ¿Así que eso era todo? Se le escapó un gemido, con la vista repentinamente empañada por las lágrimas.

—¿No vas a suplicar?

Un fugaz rayo de esperanza le hizo elevar la mirada. Ahora el gitano tenía una pistola en la mano y le apuntaba.

—¿Valdría de algo?

—No. Sangre con sangre se paga.

Pensó en qué replicar a eso. Esta conversación ya la había mantenido consigo mismo muchas noches de insomnio. Su arrepentimiento era sincero. Le pesaban las muertes provocadas. Pero también sabía que no eran responsabilidad exclusiva de ellos. Así lo razonaba en aquellas largas vigiliass de soliloquio. Hablaba, disertaba, trataba de convencer a los fantasmas. Pero lo que tenía delante de él no era un fantasma. Era bien real. Como las inútiles estacas. Como el espejo roto. Como las balas dentro del arma.

De la casa llegó ruido, un largo grito y el atronador sonido de un disparo de escopeta. Francisco sintió un dolor agudo, profundo, en la boca del estómago que le hizo doblarse sobre sí mismo. Pero no vomitó.

Almudena.

Almu.

No sabía que podía doler tanto.

Mantuvo los ojos cerrados esperando el disparo. Segundos más tarde, los abrió y vio ante él al gitano, que lo contemplaba con una sonrisa burlona.

—Asesino —musitó. Lloraba.

Con el dorso de la mano se deshizo de las lágrimas con violencia. Luego se incorporó no sin esfuerzo y, parado ante su verdugo, escupió al suelo:

—Yo os maldigo, gitanos de mierda. Raza asque...

Murió sin terminar el insulto. Ya estaba muerto antes incluso de que su cuerpo terminara sobre la cómoda y la sangre trazase arroyos entre los fragmentos del espejo que otrora devolvió el reflejo de dos jóvenes desnudos que aprovecharon la oportunidad de un viaje de sus mayores para poder al fin hacer el amor en una cama de verdad y no de madrugada en los soportales o en el asiento trasero del coche.



—Conduce más despacio —pidió Mercedes tras cruzarse con un todoterreno de la Guardia Civil.

Carmela, a modo de respuesta, hundió el pie en el acelerador hasta el fondo, empujando el cuerpo desprevenido de su cuñada contra el respaldo.

—¡Ay! —se quejó. La sacudida le había provocado un latigazo de dolor. Pero Lita no dio muestras de inmutarse y siguió conduciendo de forma temeraria. Sujetaba el volante con tanta fuerza que se le marcaban los músculos de los antebrazos y de vez en cuando abría y cerraba la mandíbula para liberar la tensión acumulada en la articulación por apretar tanto los dientes. Mercedes, mucho más serena, dejó pasar unos cuantos segundos y, con un tono de voz controlado y hablando despacio, dijo:

—Si nos paran ahora y nos identifican, todo esto no habrá servido para nada. Terminarán por detenernos, y fin del plan. Luego ellos nos darán caza en la cárcel.

—¡No vuelvas a mencionar el maldito plan, estúpida loca! —gritó Carmela. Luego, comenzó a lamentarse—. ¡Ay, Dios mío!, ¿qué he hecho? ¡¡¡Qué he hecho!!!

Vio el cartel anunciando la gasolinera y señaló la maniobra con el intermitente al tiempo que reducía bruscamente la marcha. Estacionó donde pudo y durante muchos minutos no hizo otra cosa que llorar.

El disparo contra el suelo había dejado a Carmela petrificada. El impacto se hundió en la tierra a unos metros de ella, pero fue suficiente para comprender que su cuñada no iba de farol. Estaba tan cegada por el odio y por el ansia de venganza que la creía capaz de matarla si se interponía entre ella y lo que hubiese planeado. Estaba claro que la había engañado. Se suponía que lograrían que detuviesen a los hijos del patriarca interceptándolos antes de que atacaran al viejo matrimonio. Para eso habían colocado el equipo de vigilancia. Ellas les sorprenderían antes del ajuste de cuentas y los retendrían hasta que llegara la Policía para detenerlos. Después de aquello, hacerlos confesar no sería complicado. Lograrían que fueran a hacer compañía a su padre a la cárcel. Las pruebas serían irrefutables.

Por supuesto, el plan tenía lagunas. Ambas asumían que podían llegar tarde y que peligraban las vidas de Francisco y de su esposa Almudena. Sí, ellas podían no llegar a tiempo, o incluso podrían fallar en la intención de

pararlos y resultar a su vez heridas o muertas, pero esta era la parte de locura del plan que ambas habían aceptado. Morirían matando y si el matrimonio se convertía en un daño colateral, bueno, los dos se lo habían buscado.

Pero aquello había sido un asesinato a sangre fría.

El primer conato de rebelión llegó tras recoger las cámaras ocultas. En cuanto la furgoneta gris desapareció de la pantalla, fueron hasta la casa. Del cuerpo de Francisco continuaba manando la sangre, y las moscas ya se posaban sobre sus ojos abiertos y en el cráter que la bala había transformado su boca. Mercedes se quedó junto al cadáver mientras Carmela corría al interior de la vivienda para descubrir lo que no habían podido ver a través de las cámaras. Mientras se espantaba por los estragos que el disparo del arma corta había provocado en la oronda Almudena, se libró de ver en directo a su cuñada asestando una única patada contra las costillas de Francisco, un único golpe aplicado con tanta violencia que dos de estas se quebraron en varios fragmentos. El forense las identificaría como fracturas *post mortem* y quedarían archivadas en la causa como supuesto ensañamiento por parte del homicida hasta que las grabaciones descubrieran a la verdadera autora de la agresión.

—La esposa también está muerta. Tenía con ella el teléfono, así que es fácil que pronto acuda alguien.

—Recógelo todo —ordenó Mercedes.

Carmela, acostumbrada a recibir órdenes y a trabajar en situaciones de extrema presión, obedeció. Pero, al acabar, con el golpe del maletero al cerrarse, cuando ya su cuñada se iba a montar en el vehículo para huir, la visión del cuerpo tirado junto a la furgoneta la devolvió a la realidad.

—No nos podemos ir, Merche. Tenemos que quedarnos.

Mercedes debía de estar esperando esta reacción porque respondió sin mostrar sorpresa:

—Nos detendrán. Somos tan responsables como los gitanos.

Carmela asintió. El peso de la culpa era ya una garra que le oprimía el pecho, privándola del aire. Había traicionado lo que había jurado proteger, todo a lo que había dedicado su vida.

—Lo tenemos merecido. Los trajimos hasta aquí, contemplamos el asesinato sin intervenir. Pero, piénsalo, podremos identificar a los verdaderos asesinos. Les detendrán. Puede que hasta hoy mismo, si nos

apuramos a dar los datos de su furgoneta. Y, si las grabaciones no se admiten como prueba, bastará con nuestra declaración. Se pudrirán en la cárcel.

—También tú irás a la cárcel.

—Lo sé. Lo tengo..., lo tenemos merecido. Esto se nos ha ido de las manos. Pero, de algún modo, habremos logrado la justicia que buscábamos. Ellos pagarán por lo que hicieron. Por estos muertos y por nuestros muertos. Pasarán muchos años entre rejas.

Mercedes expresó su exasperación con un bufido.

—No, Carmela. No has entendido nada. No es la cárcel lo que quiero para ellos. No es lo que tengo planeado. Y, si no subes al coche, me iré sin ti y tendrás que declarar contra ellos y contra mí. Entonces sí que impedirás que haga justicia por lo que hicieron con Rodrigo y con Lucas. ¿O te basta la cárcel para vengar a tu hermano?

—Estás loca.

—No, qué va. Pero creías que no te escuchaba cuando en el hospital me calentabas la cabeza con eso de que había que acabar con ellos. Que no merecían nada más que la muerte. Tú, la garante del orden público y la justicia, no parabas de proponer mil modos de vengarte de ellos. Prender fuego a sus campamentos, contratar a sicarios... ¿Te acuerdas?

—Me desahogaba. No sabes lo que fue.

—¡No, eres tú la que no sabes lo que fue! Te escuché, Lita. Y te creí. Me convenciste. O me convencí. Pero ya da igual. Ahora estamos juntas en esto.

Más tarde, en la gasolinera, Mercedes, con la excusa de ir al cuarto de baño, dejó que su cuñada se pudiera desahogar a solas en el coche. También ella necesitaba de unos minutos de privacidad. En la intimidad del retrete decorado con números de teléfono y pintadas vació el estómago en varias arcadas. Enjuagó los restos del vómito en el lavabo y, no sin alivio, vio que Carmela seguía afuera, al volante, esperando por ella. Estaba casi segura de que la habría abandonado.

Vomitarse le había provocado una tembladera que la hacía caminar más lento, levantando los pies un poco más de la cuenta como si el camino estuviese plagado de obstáculos, pero ver a su cuñada esperando por ella le había devuelto la confianza en sí misma y en el plan. Al entrar en el auto, ya sabía qué era lo que Carmela necesitaba escuchar.

—Lamento haberte engañado. Si te hubiese dicho lo que planeaba, te habrías negado. Pero ahora te lo diré todo. No habrá más sorpresas. Y, si sale como espero, al final te habrás vengado de todos..., incluso de mí.

—Antes, en el monte, ¿me habrías disparado?

Mercedes se tomó un momento para pensar.

—Supongo que sí.

Carmela asintió. También ella volvía a ser dueña de sí misma.

—Qué cabrona. Joder con la mosquita muerta. —Y rio—. Venga, explícame el plan, puta loca.

Las preguntas

Tras pulsar el botón del piso, Mercedes apoyó la espalda en la pared del fondo del ascensor. Estaba agotada. Con el cuerpo descargado contra la pared, curiosa, procedió a manipular en el mecanismo del nuevo bastón hasta lograr desenvainar unos centímetros el metal escondido. Con precaución, deslizó la yema del índice sobre el acero, pero, al percibir únicamente el frío del metal y constatar que carecía de filo, se sintió decepcionada. «Vaya ocurrencia», murmuró mientras devolvía el estoque a su funda. Menuda inutilidad. ¿Cómo demonios aceptó entregarle su bastón a Carmela? En fin, ya buscaría ella otro que sí fuera adecuado para deambular. Porque ¿qué otra cosa había que pedirle a un bastón? Porque este, para más inri, con su ridícula empuñadura, hasta daño le hacía en la mano. Y lo que pesaba.

Al traspasar el umbral de la casa, sintió la congoja habitual: una falta de aire y una piedra en el estómago apenas mitigada por la sempiterna cháchara de la radio, permanentemente conectada para ahuyentar el silencio de los muertos. Sin la radio, entrar en el piso habría sido como penetrar en el interior de una cripta.

De modo automático se dirigió a la cocina para servirse un vaso de agua —era la hora de la medicación—, cuando descubrió con sorpresa que su puño todavía estrangulaba la cabeza de la elefanta. Había olvidado dejar el bastón en el paragüero de la entrada. No sin enojo, lo medio arrojó sobre la mesa, desde donde resbaló hasta caer con estrépito al suelo. Con el impacto, el estoque volvió a escapar parcialmente de la caña de madera. Maldiciendo una vez más a su cuñada, Mercedes flexionó la pierna buena con esfuerzo, ahogando un lamento de dolor, y recogió de nuevo el bastón que, con un suave deslizar, se desprendió totalmente de la funda para ofrecer en plenitud ya todo el largo de la puntiaguda aguja metálica. «Pinchar, no rajar», se dijo, y un botón de sangre brotó como corolario a este descubrimiento cuando el dedo probó la utilidad del acero.

Comenzó a pasear por la casa con su nuevo juguete, dejando tras sus pasos un reguero de muescas en el parqué. Lucas fue quien se empeñó en la madera de nogal y su propuesta se impuso al suelo laminado que sugirió

ella, mucho más barato, menos delicado y más sencillo de limpiar. Pero la madera era algo noble y, cuidándola, duraría eternamente, más que ellos, afirmó él. Eternamente. Mercedes rio como una loca mientras agujereaba una y otra vez la bruñida madera, golpeándola sin piedad.

Al llegar al dormitorio se encontró consigo misma en el espejo de pared y adoptó un remedo de guardia de esgrima que casi da con ella contra el suelo, aunque logró mantener el equilibrio. «En guardia», ordenó al reflejo imaginándose mosquetera como en las películas de tarde de su infancia, o como Alatríste en los Tercios de Flandes. Pero esta última evocación, como si hubiera pronunciado un mágico conjuro, abrió uno de los cofres ocultos en el subconsciente. «Tercios de Flandes», silabeó en voz alta a su reflejo, y oyéndose fue como si escuchara la voz de Lucas, siempre un poco más aguda, un poco menos firme de lo que su trabajado porte en el gimnasio predisponía, pronunciando estas mismas palabras como parte de uno de los monólogos con los que la aburría empecinado en compartir con ella alguna valiosísima perla de conocimiento, ¡cómo habitar el mundo sin saber esto!, obtenida a través de los pódcast de naturaleza, de misterio o de historia con los que se cultivaba mientras corría o levantaba pesas. Aquella tarde, la última tarde, él disertó acerca de los Tercios de Flandes. Le tocaba conducir a ella, así que no se pudo zafar simulando dormir o rebuscando música en el dial o con algún estúpido juego del teléfono. Por largos minutos, interminables, Lucas peroró sobre soldados armados con largas picas, de católicos y protestantes, de Pérez Reverte y su antihéroe como ejemplo del español de la época o algo así, de una batalla, ¿una batalla o una campaña? No, de una batalla. Una heroica batalla de los Tercios. A punto de una derrota segura hasta que inopinadamente ocurrió algo que cambió la suerte. ¿Era eso? ¿Una victoria cuando lo más seguro habría sido salir derrotados? Sí, puede que sí. Pero ¿qué más? ¿Qué más le dijo? ¿Y por qué de repente tratar de recordar cada frase, cada palabra que le dijo Lucas en aquel último día era tan importante?

A punto del llanto y sin soltar la espada, se dejó caer sobre el colchón obligándose a recordar, como si la memoria fuera un trapo mojado que a fuerza de retorcer fuera entregando gotas de vida pasada. Pero no logró exprimir nada nuevo porque ahí donde miraba solo había un fundido en blanco. Y, si iba más allá, entonces era el dolor de algo que se fragmentaba en el interior de su cráneo, y el fuego, y el olor, siempre el olor a quemado.

Un relámpago de dolor desde el cóndilo de la mandíbula hasta el oído la sacó de la ensoñación, devolviéndola a la realidad. «La memoria», suspiró mientras frotaba la cabeza de la elefanta y Lucas se esfumaba. «Ojalá pudieses prestarme algo de tu memoria, porque yo iba a tomar mis pastillas cuando empecé a jugar contigo», le habló a la talla de marfil. Pero cuando ya iba a hacer el esfuerzo por incorporarse de la cama para regresar a la cocina, para su desesperación recordó que en realidad ella tenía otro plan absolutamente crucial que pensaba llevar a cabo esa tarde. Una llamada. Tenía que telefonar. ¿Cómo podía haberse olvidado? Necesitaba hacer una pregunta que la atormentaba y ahora no comprendía cómo podía no haberse acordado, cuando incluso se había conjurado consigo misma para soportar el dolor y no recurrir a la morfina que tanto la atontaba porque quería conservar la mente clara. Pero sus neuronas, como un saltamontes adicto al éxtasis, no paraban de brincar de un foco a otro de atención, distrayéndola.

Suspiró de nuevo, cansada de sí misma. Deshizo sus pasos y regresó hasta el recibidor, donde había posado el bolso junto al paragüero donde tendría que haber metido el puñetero bastón. Bastón que tanto la había distraído. Pero ya daba igual. Abrió el bolso y recuperó el teléfono. Era hora de hacer la pregunta.

* * *

—Soy Mercedes, la pareja de Lucas.

En realidad, nadie había hablado al otro lado de la línea, pero en la pantalla de su teléfono móvil había comenzado a contabilizarse el tiempo de la conversación.

—¿Me oye bien? Soy Mercedes, ¡ya sabe quién coño soy, joder!

«Llamada finalizada».

No había querido dar la oportunidad a su cerebro de volver a traicionarla y, tras buscar el papel con el número de teléfono, había optado por telefonar desde el mismo recibidor, sentada en la silla que necesitaba para calzarse y descalzarse. Al cortarse la llamada, lanzó un grito feroz y apenas pudo contener el impulso de lanzar el terminal contra la pared y reventarlo.

Con el grito, más un alarido que un lamento, el dolor de cabeza se exacerbó. Era como tener un globo de espinas que se inflaba y desinflaba

dentro del cráneo, punzando en cientos de lugares a la vez. Sintió flaquear su determinación de no recurrir a los fármacos. Pero como si hubiese hecho un pacto con un ser sobrenatural, lo mismo que los que comprometen una peregrinación a un santuario o una vela al santo de su devoción a cambio de un amor no correspondido o una plaza de funcionario, temió que si cedía a la debilidad no lograría que al otro lado de la línea respondiesen. En ese instante de su vida, esta conversación lo era todo.

Al decimoquinto intento, contestaron.

* * *

—Siento mucho su pérdida. Mi más sincero pésame.

Mientras había estado escuchando los interminables tonos de espera, ensayó una y otra vez la pregunta que iba a espetar sin aguardar a nada más. La oirían. Se iba a asegurar de ello. Así, si volvían a colgarle, ella no se quedaría con la angustia de no haberles echado en cara su miseria, restregándosela por las narices. Que supieran que ella ya lo sabía. No se había tratado de un error, o de la mala suerte. Pero las inesperadas condolencias, el barrunto de conmiseración, la noquearon como un croché directo a la mandíbula. Y colgó. Dos segundos más tarde, la pantalla volvió a iluminarse. Dejó que sonara y vibrase en su temblorosa mano hasta que se apagó.

No desistieron. De nuevo la pantalla se iluminó y esta vez Mercedes respondió al primer tono.

—¿Hola? ¿Está ahí?

—¿Por qué no nos avisó?

—¿Cómo ha obtenido este número?

Nada quedaba de la entonación de pena con la que le había dado el pésame.

—¡Conteste a mi pregunta! ¿Por qué no nos avisó? ¡Ni siquiera cambiaron la puta matrícula!

—Tiene que decirme cómo nos ha encontrado. Nadie tiene este número.

—¡No tengo que decirle nada, joder! ¿No ven lo que ha pasado? Les encontré y ya está. Y tengo derecho a una explicación. Podrán escapar de ellos, pero no de su propia responsabilidad. Ellos ya saben..., saben..., y

tú también sabes lo que provocaste. —Rompió a llorar—. Lo sabíais y aun así...

«Fin de llamada».

* * *

«Ya estamos otra vez», se desesperó cuando el estrépito de un objeto al romperse con violencia le sacó del sueño. Aguardó unos segundos, presintiendo la siguiente botella, o vaso, o lo que su vecina tuviese más a mano para estrellar contra el suelo. Pero no hubo un nuevo estrépito. Parecía haberse conformado con un único acto destructivo.

Como ya estaba despierto, recordó aquel estúpido dicho de galleta de la suerte sobre no sé qué de los limones y un exprimidor, y decidió levantarse para adelantarse un par de horas al llamado de su cada vez más exigente próstata. Pero antes comprobó la hora en el reloj de la mesita. La tres y cuarto de la madrugada. En fin, él ya no tenía ninguna obligación de madrugar y, si la loca de arriba no se dejaba llevar por otro arrebató, aún podría sacarle un par de horas más al opiáceo con el que se acostaba desde que su Mari lo abandonó.

Antes de ponerse en pie esperó unos segundos sentado sobre el colchón, siguiendo el consejo que le dio el otorrino cuando consultó lo del vértigo. El otorrino también le recomendó dormir sin los tapones, pero que probase él a vivir en su piso. Seguro que el médico dormía a pierna suelta en un estupendo chalet silencioso sin más vecinos que las lechuzas. No es que supiese nada de la vida privada del médico, pero no lo imaginaba con menos lujo a tenor de la minuta que le habían clavado por un cuarto de hora de trabajo.

La noche respiraba en silencio. No se oía el zumbido de motores acercándose y luego alejándose, ni persianas plegándose como barrotes carcelarios, ni siquiera el diálogo aburrido de los perros ladrándose de una vivienda a otra. «Conticinio», murmuró, y se felicitó por recordar aquel palabro que le había salido en un crucigrama. Hermosa palabra. Aunque igual le gustaba tanto porque precisamente silencio nocturno era lo que siempre le faltaba.

En realidad, esto de los ruidos lo tenía que haber frenado hacía tiempo. Fue el primero en condolerse con la terrible desgracia de sus vecinos. A pesar de todos los enfrentamientos, no les había deseado ningún mal. O

ningún mal tan absoluto como el que habían padecido. ¿Que en alguna de las noches en vela, mientras el chiquillo daba rienda suelta a la capacidad pulmonar con estentóreos berridos, sí había imaginado el embargo del piso por un impago? Pues sí. ¿O que un nuevo inquilino en el cuarto piso fuese baterista en una banda de *rock* y tuviesen que tomar de su propia medicina? También. Pero esto era algo muy humano. Los desvaríos de una noche en vela no se le podían tener en cuenta a ningún cristiano de bien. Y sus recurrentes llamados a Herodes no eran más que la coda a la enésima vuelta en el laberinto de las sábanas. No, en el fondo de su corazón sabía que nunca anheló para ellos un verdadero mal. No se guardaba remordimientos por estos pensamientos. Pero, si fantasear con aquellos oscuros deseos había sido un grave pecado, de sobra lo estaba expiando en la cruel añoranza de las noches de paz y silencio que vivió mientras la vecina estuvo ingresada. Qué maravilla, aquellas semanas en las que pudo dormir a pierna suelta sin tapones, medicación ni desesperadas imprecaciones.

Esas breves semanas fueron un paraíso terrenal. Pero cuando la vecina regresó tras la hospitalización, también retornó el fin del descanso. Golpes, alaridos, cristales rotos, y un llanto desgarrador hasta el amanecer cuando el agotamiento terminaba derrotando al dolor y ambos, él y su vecina, al fin podían descansar unas horas.

En su momento, su Mari, diplomática, lo convenció para que dejara en paz al matrimonio con el bebé. En el fondo, ellos no habían tenido niños y no sabían lo que costaba criarlos, argüía ella. Además, se habían malacostumbrado a la tranquilidad con la beata de doña Angustias, la vieja solterona que, por no tener, ni siquiera tenía televisor, y que entretenía sus días con novelas románticas y desgranando infinitos rosarios. Pero, a la muerte de esta, llegaron el tacataca, los dibujos animados a las siete de la mañana precedidos por los berridos del chiquillo que era más madrugador que sus padres, y los objetos que caían contra el suelo. Después serían los botes de pelotas de goma, el ruido de cochecitos metálicos estrellándose contra rodapiés y zócalos, hasta que llegó la gota que colmó el vaso en forma de saco de las canicas que una y otra vez terminaban por impactar contra el parqué como disparos.

Su Mari, que en paz descanse, estuvo toda la vida con la salmodia de que él era muy sanguíneo y que un día le iba a estallar algo dentro y a ella no le quedaría otra que perder los últimos años en cuidar a un idiota que se

babearía y cagaría en un pañal. Pobre Mari. Tanta lechuga y tanta marcha nórdica para que una pancreatitis se la llevara en dos meses. Aquel día, el de las canicas, parte del techo de escayola se desprendió tras un furioso ataque con el palo de la escoba. Y ese mes, en la reunión de la comunidad de propietarios, sí que le oyeron. ¿Cómo no le iban a oír? Si no sabían educar a un niño, ¿para qué lo habían tenido?, les preguntó. En realidad, más que preguntarlo, lo gritó. Si su Mari hubiese estado a su lado, le habría impedido que se viniese arriba con los improperios cuando sacó a colación la lista de agravios desde la llegada del bebé hasta ese día. Y cuando el vecino del quinto quiso, un *hippie* de nuevo cuño, trató de defender al joven matrimonio con no sé qué tonterías acerca de la maternidad y de la extinción de la raza debido a gente como él, lo frenó en seco, exigiéndole que no se metiese en donde no lo llamaban y que se preocupase más de las meadas de su perro, que por todos los vecinos era sabido que el macetero con la planta de plástico de la entrada apestaba gracias al frecuente riego de su chucho malcriado. Y se lio, claro. A punto tuvo que intervenir la local para mediar en el guirigay que se montó cuando el resto de los propietarios comenzó a tomar parte de uno u otro bando añadiendo nuevas acusaciones de incivismo con las que fustigar a los supuestos perpetradores de sacar la basura a horas intempestivas, sacudir las migas de los manteles sobre la ropa tendida o hacer bricolaje todos los fines de semana del año usando el taladro percutor como si la electricidad fuese gratis. Al final, él no volvió a más reuniones de la comunidad y dejó de saludar y de ser saludado en el ascensor por buena parte de los vecinos. Pero el ruido de canicas desapareció como por ensalmo, y el matrimonio pasó a ser tan silencioso como fantasmas.

Frente a la taza del váter, se pellizcaba distraído la piel del escroto a la espera de la orina —«no haga fuerza», había aconsejado el urólogo—, mientras recordaba los extraños golpes que llegaron desde arriba a primera hora de la noche. No parecían taconeos, tal era la cadencia. Ni siquiera un golpe de muleta. En fin, a saber, suspiró, deseando regresar ya a la cama, aliviado ya el trámite con la próstata. Pero entonces comenzó la tormenta.

Cuando levantó la persiana, eran muchas las ventanas que daban al patio interior que ya estaban iluminadas y varias las cabezas asomadas, asistiendo a la lluvia de objetos que caían desde el piso de arriba. Múltiples papeles descendían en suave vaivén como hojas otoñales entre el estrépito de las cosas que rompían contra las sucias baldosas. Pero peor

que el estallido provocado por el bombardeo de objetos, eran los gritos endemoniados. Y, más impactante, el silencio con el que los vecinos asistían al espectáculo, sin protestas, sin insultos, con la solemnidad de participantes en un holocausto al Señor. Porque lo que caía eran los juguetes, la ropa, los cuadernos que habían pertenecido al niño. Era una ceremonia de consagración donde cada objeto se sacrificaba en una liturgia sagrada: juguetes de Lego que se descomponían en mil piezas, una bicicleta con ruedines, peluches con sus caritas sonrientes, patines en línea, películas de DVD, zapatillas de deporte, varias pelotas de distintos tamaños que rebotaban sobre las cosas que habían caído antes, y libros, decenas de libros y libretas, y material escolar de todo tipo liberado de su mochila, que también voló para reunirse con el resto del naufragio.

Cuando parecía que la tormenta había terminado y solo se escuchaba la respiración agitada de un animal herido, llovieron canicas para restallar en el patio de luces como artefactos de granaderos. Fue la traca final.

* * *

Sentada sobre la alfombra de la habitación de Rodrigo, fumaba mientras contemplaba el hoyuelo dibujado a lo Kirk Douglas en la barbilla de Buzz Lightyear. El muñeco estaba escondido detrás de una de las patas del somier. El maldito muñeco por el que tanto había llorado el niño. Porque no se separaba de él. Pero aquel día, el del viaje, estaban demasiado nerviosos con los preparativos y fue Lucas y no ella el responsable de volver a revisar la habitación de Rodrigo para ver si aparecía Buzz. Y no lo encontró. Típico de Lucas.

Pero el héroe de plástico también había escapado de su caza de brujas, de su labor de exterminio del pasado. Y eso que era el más indicado para volar lejos, «hasta el infinito y más allá». No es que hubiese decidido indultarlo. Quiso levantarse para recogerlo y lanzarlo también por la ventana. Se vio a sí misma haciendo el esfuerzo de incorporarse, ignorando el fenomenal dolor que latía dentro de ella como si la habitase otro ser. Sintió el peso del juguete en la mano y escuchó el ruido seco de otro pedazo de sus recuerdos extirpado para siempre. Pero al final pesó más el cansancio. Se quedó allí, sentada, mirando el ridículo hoyuelo pintado y aquella sonrisa que pretendía transmitir confianza.

¿Y ahora? Ahora sabía lo que iba a hacer. La decisión estaba tomada. Tocaba terminar de perfilar el plan, calcular las consecuencias y anticiparse a los pasos de su enemigo. De la quema ritual había salvado el cuaderno de tareas de Rodrigo y un lápiz con los que se aprestó a escribir el mapa de ruta. Pero al abrir el cuaderno, en lugar de una primera hoja en blanco encontró tres multiplicaciones sin resolver. Eran los deberes que la profesora de matemáticas les había puesto aquel viernes. Con mano temblorosa, arrancó la página, la redujo a una bola y se la metió en la boca, masticándola. Cuando trató de tragarla, la garganta se cerró, provocándole una arcada, y vomitó sobre la alfombra el papel junto con un líquido amargo de bilis. Con el dorso de la mano se limpió los labios, cogió el lápiz y retomó la tarea. Había mucho que planear.

Tres horas más tarde, con la luz del día colándose por la ventana, se levantó para telefonar al patriarca desde el teléfono que le había entregado el pastor. Esa tarde tendría que salir para comprar otro terminal de móvil para su propia tarjeta. Y tabaco. Que no se le olvidara el tabaco.

El patriarca

A pesar de lo temprano que era, en la cafetería apenas quedaban mesas libres. El olor del café recién hecho se mezclaba con el del desinfectante hospitalario y con el aroma dulzón de las galletas cuyas mortajas de plástico arrugadas decoraban las bandejas junto a regueros de café y diminutos arenales de azúcar. Al pasar junto al carro de las bandejas usadas, arrugó la nariz. Odiaba el efecto sinestésico que le provocaba oler esas galletas: un combinado de techo blanco y el sabor agrio del vómito. Antes no le pasaban cosas así. El neurólogo le explicó que podía ser a consecuencia del golpe en la cabeza, y el psiquiatra, que eran conductos de digestión del trauma emocional donde el cerebro buscaba zonas de fuga para huir del dolor. Daba igual. Las galletas que desayunó y merendó tantos días mientras estuvo ingresada eran ahora un techo blanco y una arcada en la boca.

Después del alta, la cafetería del hospital se había convertido en un lugar familiar, casi acogedor. Solo allí, entre cráneos sin cabello tapados con un pañuelo o una peluca, escayolas, sillas de ruedas y goteros con ruedas, su cojera pasaba inadvertida. Y el ruido, la incesante cacofonía acompañada de la orquestina de cristal y metal de los vasos y cubiertos, amalgamado con el continuo desfile de cuerpos que entraban y salían del local en permanente carrusel, ayudaban a espantar los fantasmas que la acosaban en la soledad del hogar.

Desde la entrada oteó por el mar de batas blancas y casacas de múltiples colores en busca de su cuñada. A esas horas, antes del aluvión de familiares y pacientes, el personal sanitario reinaba en el lugar. Su mirada se cruzó con la del camarero que se encargaba de la sección de pinchos, y este, al reconocerla, la interrogó con un gesto solícito. Ella sonrió y negó con la cabeza, rechazando la oferta: no, no hacía falta que le buscara mesa. Era un hombre que aparentaba más edad de la que su carnet de identidad defendía, con un mentón permanentemente gris, como si la afeitadora no lograra apurar nunca los cañones de la barba. Tal y como era su obligación con los clientes discapacitados, había comenzado a llevarle la bandeja con la consumición a la mesa tras pasar Mercedes por la cola del autoservicio,

escoger el pincho, pedir el café y pagar en la caja. Tras los primeros días en los que el camarero había cumplido con la tarea de asistirla hasta la mesa, mirando sin verla, de repente empezó a sonreírle, levemente. Era apenas una mueca, pero con eso ya la daba por identificada. Había pasado a ser aceptada como una más de la fauna habitual. Poco después, comenzó a sugerirle escoger el pincho de pollo con mayonesa porque acababa de salir de cocina y aún estaba caliente, y a agregar a la bandeja el sobre de azúcar o la cucharilla si a ella se le había olvidado hacerlo. Y, cuando por fin regresó de rehabilitación con el bastón en lugar de las muletas, la felicitó. Esa vez Mercedes también creyó percibir en la mirada brevemente detenida un interés que iba más allá de la cortesía.

Como Carmela todavía no había llegado, decidió ir al cuarto de baño. Estaba nerviosa por la cita y, aunque sabía que su vejiga, vaciada antes de salir de casa, no podía contener nada digno del esfuerzo de bajarse el pantalón y sentarse en el váter, decidió asegurarse de que la urgente necesidad de orinar no la acometería en pleno encuentro. El aseo más cercano estaba en la misma cafetería, pero un enorme carro con fregona industrial interrumpía el acceso al baño de mujeres y, dentro, una trabajadora de la limpieza se afanaba con el espejo del lavamanos.

—Vaya al baño que está en Admisiones. Es el más cercano.

Mercedes se había asomado por la puerta a modo de petición de paso.

—No creo que llegue —replicó, mostrando el bastón.

La limpiadora se encogió de hombros. Era demasiado temprano, odiaba madrugar y en el hospital todo el mundo pensaba que su ombligo era el centro del universo.

—Pues use el de hombres.

Mientras cruzaba la carretera que daba paso al edificio principal y se dirigía a la puerta de Admisiones, su pensamiento había entrado en bucle repitiendo la respuesta que le tendría que haber dado a aquella maleducada sin empatía, pero ya era tarde. Las neuronas enlentecidas entregaban el fruto de su esfuerzo cuando ya no hacía falta, y un mal humor sordo se fue instalando en su ánimo al tiempo que apretaba el paso porque lo que notaba en el bajo vientre ya no eran nervios sino la verdadera necesidad de orinar. Pero con el bastón de montaña que utilizaba todavía no podía caminar demasiado rápido. «Dos bastones, tienes que emplear dos bastones», le había repetido Raúl, su fisioterapeuta, con machacona insistencia y una sonrisa que no se le debía borrar de la cara ni cuando

dormía. «Un solo bastón es la asimetría. Una cadera trabajará de más y terminarás por tener dolores en las lumbares». ¿Dolores? ¿Más dolores? Qué sabría él de dolores desde la atalaya de su atrevida juventud, o de la vergüenza de ser el centro de atención de cualquiera que se cruzara con ella con su cojera y su cicatriz. Bastante tenía con la necesidad de apoyarse en un bastón como para que ahora, por fin abandonadas las muletas, la vieran deambulando con dos palos de montaña como si estuviese encarando la ruta del Cares. Pero era cierto que en ese momento habría agradecido poder caminar con algo más de celeridad por el miedo a mojarse las bragas. Aunque tampoco habría sido el fin del mundo. Se había acostumbrado a llevar una muda en el bolso. A fuerza ahorcan.

* * *

—¿Recuerdas que me contasteis que os habían pedido pagar en metálico porque tenían problemas con Hacienda y les habían embargado las cuentas? Todo mentira. Les hacía falta liquidez para no hacer uso de las tarjetas y evitar así que no los pudieran localizar.

Carmela había llegado tarde, como siempre «Perdona el retraso», se había apresurado a excusarse al descubrir a su cuñada en una mesa al fondo de la cafetería con cara de malas pulgas mientras revolvía los posos del café consumido, «te traigo novedades. Por cierto, tendré que acostarme con medio cuerpo de la Policía, mujeres incluidas, para agradecer tantos favores», y al ver que a Mercedes no le cambiaba el gesto, le enseñó el paquete alargado envuelto en papel de colores a modo de ofrenda: «Además, tenía que parar a recoger tu regalo».

—No fue fácil localizarlos. La madre de él está demenciada y la tienen en una residencia. Aprovecharon la firma notarial de la vieja para comprar una casa donde viven refugiados desde que el juzgado les retiró la protección de testigos.

El regalo no era otra cosa que un extraño bastón con la empuñadura de marfil con la forma de la cabeza de un elefante. «Elefanta. Para que no olvidemos». Mercedes comprendió que era el modo con el que Carmela pretendía ir sellando la paz tras el éxito logrado en la visita al predicador. Un buen trabajo en equipo que por fin les había permitido tender puentes por ambas orillas. Las afrentas no se olvidaban, pero ellas mantenían una causa común, y con aquel regalo que ahora reposaba sobre la mesa Lita

acordaba la paz. Por eso Mercedes decidió no hacer acuse de recibo de la recriminación a modo de sermón que siguió a la entrega del bastón.

—Teníais que haberme escuchado y haber desconfiado cuando os aseguré que las marcas en la chapa parecían de postas de un disparo de escopeta. Y que nadie hace tanto descuento solo por daños estéticos. Necesitaban vuestra pasta para desaparecer.

—Ya es tarde para eso. Además, la compra la hizo Lucas. Yo la vi el mismo día que tú. O eso creo, ¿no?

Carmela tomó aire para responder, pero volvió a cerrar los labios. Cogió la taza del café ya frío y la apuró de un trago. Luego, se limpió los labios con una servilleta de papel y, tras comprobar en el reloj la hora, dijo:

—Aún tenemos diez minutos. Toma, aquí tienes la dirección de esos hijos de la gran puta y un teléfono móvil. He jurado a mi fuente que antes me arranco la lengua que decir que él me lo ha dado. Pero que se vaya a la mierda. Fue su abogado. Se largaron dejándole a deber más de cinco mil euros. Le prometieron saldar la deuda cuando pasase la tormenta, pero el picapleitos es mala yerba y prefiere venganza en mano que dinero volando. Ya ves, de los nuestros.

Al coger el papel manuscrito, a Mercedes le comenzó a temblar visiblemente la mano.

—¿Quieres llamar ahora? —preguntó Carmela, dubitativa.

—¡No! —se apresuró a contestar Mercedes en un tono que hizo volver la cabeza a la pareja de la mesa más cercana—. No, no quiero alterarme antes de ver al patriarca —aclaró con un volumen más comedido aunque temblándole la voz—. Primero, este cabrón. Luego, ya veremos.

Las entrañas del hospital ya no eran la cafetería. Caminar por sus pasillos la retrotraía a los primeros pasos con ayuda de la fisioterapeuta de planta, cuando las paredes se hacían caleidoscópicas, las distancias infinitas, los nudillos eran garras ancladas al andador, y el andador, la piedra de Sísifo que empujaba hasta terminar postrada en la cama. Pero el nudo del estómago no era solo por el recuerdo. En esta ocasión, los fantasmas que la atormentaban iban a tomar cuerpo. Al menos, uno de ellos.

La sala de espera del área de quimioterapia de hematología era una apertura en el pasillo principal de la segunda planta, un fondo de saco que

encontraba alivio en el amplio ventanal abierto a los cercanos montes. Uno sabía que era una sala de espera por las dos filas de sillas de plástico fijadas a las dos paredes laterales, por las múltiples puertas del pasillo principal con placas informativas donde se leía «Consulta 1», «Consulta 2», «Sala de tratamientos» y «Privado», y el soporte para el gel hidroalcohólico sin el bote porque alguien lo había afanado.

A esas horas había poco movimiento, apenas tres pacientes con sus acompañantes enfrascados en las pantallas de los teléfonos o inmersos en el tedio inherente al tratamiento de las enfermedades de largo recorrido, una vez superado el impacto brutal del diagnóstico. Todos habían escogido la zona más cercana a las puertas, dejando entre ellos algún asiento libre de cortesía, como si al llegar hubiesen querido sentarse lo más lejos posible del viejo gitano que, en el otro extremo de la sala, cercano al ventanal, descansaba la coronilla contra la pared y parecía dormitar.

El guardia civil de custodia se lo señaló con un leve movimiento de barbilla. Luego, bajando la voz, interrogó a Carmela:

—Tu cuñada no irá a hacer ninguna tontería, ¿verdad?

Lita puso cara de sorpresa. Mientras subían en el ascensor, Carmela había recuperado el bastón de la empuñadura de marfil y lo había medio envuelto de nuevo en el papel arrugado de regalo. «Trae, lo llevaré yo», dijo, sin dejar opción a réplica, en un ofrecimiento que era más una orden.

—¿Qué puede hacer?, ¿abrirle la cabeza con ese bastón de aluminio? Si al menos se tratase de un piolet...

El guardia, bastante inquieto ante la infracción al reglamento que había aceptado cometer, no le rio la gracia. Rápidamente calibró las potenciales amenazas, revisando con ojo experto el bastón de montaña que, aunque tenía un taco de goma, bajo el taco llevaría la punta metálica para trepar por pendientes, y esa punta podía ser mortal en manos de alguien con mucha fuerza. Pero este no era el caso. No, al menos, en manos de la mujer que lo portaba. Otra cosa sería Carmela, cuyas horas de gimnasio se evidenciaban en los anchos hombros. El guardia evaluó también la indumentaria de Mercedes: el pantalón gris de algodón holgado y una sudadera con gorro, para detenerse en el bolso artesanal de cuero que aunque pequeño contaba con espacio suficiente como para ocultar una botella de plástico con ácido, o con gasolina, y un mechero, o quizás un cuchillo de cocina o incluso un pequeño revólver. Si estuviesen en otro lugar, las habría cacheado y habría registrado sus pertenencias. Con más

de un lustro asignado al movimiento de internos de la cárcel, sabía con qué poco se podía modificar un objeto con el fin de infligir daño, desde peines de plástico con cuchillas de afeitar hasta cepillos de dientes con el mango moldeado con el mechero para lograr un peligroso pincho. Pero no lo había pensado y ahora era tarde, así que tomó una decisión.

—Tú y el bolso de tu cuñada os quedáis aquí, a mi lado. Pero que no haga ninguna tontería. Me juego el trabajo.

Mercedes había permanecido ajena a la breve conversación. El corazón le palpitaba sin freno, la mirada imantada en el patriarca que dormía. Al fin su pesadilla se había hecho carne. Horas más tarde le daría tiempo a repasar las emociones que como un maremoto de múltiples olas fueron sacudiéndola, de odio feroz con ansia de venganza, al asco hacia el gitano y toda su estirpe, llegando al desprecio ante la aparente debilidad de aquel viejo enfermo solitario. Pero el primer sentimiento fue sin duda de alivio. No supo del miedo que había sentido hasta que expulsó el aire retenido cuando confirmó que el patriarca estaba solo, sin nadie de su clan. Carmela le había advertido que estaba prohibido que la familia acompañase a los internos a las consultas y tratamientos hospitalarios, pero las amenazas de muerte telefónicas, aunque ya habían cesado obedeciendo a la promesa del predicador, le hacían estar sobre alerta.

Sintió la suave pero firme mano de Carmela sobre el hombro, empujándola.

—Vamos, acércate ya. No tenemos mucho tiempo. —Y, como no se movía, añadió—: No te preocupes, no podrá hacerte daño. Estaremos aquí, vigilando. No te hará nada.

Al oír esto último, Mercedes no pudo contener la risa. Y la risa deshizo en jirones los últimos vestigios de miedo que pudiera albergar. ¿No le haría nada? No, no había más que le pudiera hacer, eso era cierto. Nada grave, al menos. La risa fue el estímulo que precisaba para comenzar a caminar hacia su objetivo.

El hombre no daba la sensación de haberse percatado de su presencia. Mercedes, al llegar frente a él, permaneció de pie en silencio, estudiándolo mientras se esforzaba por recuperar el control de la respiración acelerada y de sus miembros que, de pronto, parecían agitarse como si la médula espinal enviase órdenes de contracción y relajación a los músculos al buen tuntún. Ahí dormido era poca cosa, tan arrugado y algo ridículo con el cabello teñido como la noche y peinado con raya hasta el remolino de la

coronilla donde se perdían todos los esfuerzos por la simetría. La barba, blanca, de dos días, desvelaba un cierto abandono, aunque la ropa estaba pulcra y bien planchada, y las bolsas bajo los ojos, flácidas y descolgadas como globos días después de la fiesta, revelaban un cuerpo estragado. Quizá con el gorro y el bastón de madera de patriarca habría resultado más impresionante, más amenazador o más solemne, pero allí, sentado en aquella silla de plástico, no era más que un pobre viejo enfermo a la espera de un tratamiento que no serviría más que para alargarle el camino de la rampa de despedida.

—¿Jacinto? —carraspeó. La garganta se había quedado seca—. ¿Jacinto Marcos? ¿Es usted Jacinto Marcos?

Todo cambió cuando el patriarca abrió los ojos. No hubo expresión de desconcierto ni aparente tiempo de transición entre el sueño y la vigilia. Mercedes había tenido un gato de niña y este hacía lo mismo. Solo si lo vigilabas atentamente entendías que el gato fingía dormir y que sabía dónde te encontrabas porque movía levemente las orejas como orientándolas para localizar al humano que osaba invadir su espacio. Entonces levantaba los párpados y siempre miraba en la dirección correcta, sin susto ni sorpresa.

—¿Jacinto Marcos? —repitió.

Tal y como habría hecho aquel gato castrón, perezoso, arisco y egoísta, el patriarca la estudió largamente, sin cambiar un ápice la expresión. Luego, lanzó un vistazo fugaz a su guardián y, por último, perdió la mirada en el ventanal de praderas verdes y manchas de eucaliptos. Pero seguía en alerta. Como el maldito gato al que, ahora lo recordaba, siempre había aborrecido. El día en que se escapó y terminó bajo las ruedas de un coche, tuvo que simular las lágrimas para acompañar a su madre en el desconsuelo por la pérdida.

—No me reconoce.

El hombre volvió a mirarla y negó con la cabeza, pero fue un gesto rápido, demasiado rápido.

—Sí, Jacinto. Sí que me reconoce. De sobra sabe quién soy. —Se pasó dos dedos por la cicatriz de la frente, despacio, como dibujándola—. Esto lleva la firma de su clan.

El patriarca se volvió hacia el guardia civil, levantando la voz:

—¡Madero, me cago en tus muertos! ¿Por qué me habla la muchacha? ¿Es que ni en presidio tiene paz un gitano? ¿Qué trampa de payos es esta?

Trató de incorporarse, pero Mercedes fue más rápida sentándose a su lado, tirando con brusquedad del antebrazo del viejo hacia abajo, obligándolo a permanecer sentado junto a ella.

—Gitano cobarde. Ahora vas a escucharme —ordenó, hundiendo con rabia las uñas a través de la tela.

—¡Guardia, haz algo! ¡Me hace daño! ¡Está loca!

El guardia civil, que no contaba con una escena y sintiendo sobre él la mirada del resto de pacientes, amagó con acercarse, pero Carmela se interpuso, implorándole unos segundos más.

—¿Qué está pasando?

Una enfermera que en ese momento avanzaba por el pasillo se había detenido ante el alboroto. Solo había visto al viejo gitano y pensó que se trataba de una escandalera entre familiares. No había visto al guardia civil, pero a Lita se le abrió un nuevo frente.

—Tranquila, está todo controlado —se apresuró a decirle, yendo hacia ella.

—¡Señorita, venga! ¡Haga algo!

Mercedes retenía por la fuerza al gitano, impidiendo que se incorporase, pero veía cómo el guardia, tras un encogimiento de hombros que venía a decir algo así como que yo ya no puedo hacer más por vosotras, comenzaba a caminar hacia ellos. Su cuñada también lo vio, pero seguía bloqueando a la enfermera, que ahora pretendía interrogar al guardia civil.

—¿Ese gitano es cosa suya?

—Por favor, métase en sus asuntos. No pasa nada.

—¿Cómo que nada? ¿Y las voces? ¡Esto no es un mercadillo!

—No va a haber más voces.

A Mercedes se le acababa el tiempo. En dos segundos el agente le pediría que se fueran y la oportunidad se habría esfumado para siempre. Con un movimiento rápido, del bolsillo de la sudadera sacó un cúter y lo accionó, extrayendo cuatro centímetros de afilada cuchilla. Había dedicado un rato largo a ensayar el gesto en casa, quitando al tiempo el seguro y empujando la hoja fuera del protector del plástico, y también había planeado dónde dirigir la hoja: «Si estoy de pie, al cuello; si estoy sentada, a la ingle», había pensado. En los dos casos, a una arteria que terminase con la vida de su enemigo en cuestión de segundos. De nada le serviría estar ya en un hospital. Pero lo hizo con tanta brusquedad, con tanta

precipitación, que la punta atravesó la tela y pinchó la carne. Lo notó a través de la mano, y también por el estremecimiento del hombre. Pero el patriarca no gritó. De repente, toda su atención había quedado concentrada en ella. En ella, y en la presión de la punta del cúter en su carne.

—Si te mueves, te sangro como el cerdo que eres —masculló Mercedes.

El guardia civil también había quedado inmóvil, como si bajo la bota hubiese percibido el mecanismo enterrado de una mina antipersona. La enfermera, en cambio, no había visto la hoja, y seguía enzarzada con Carmela, empeñada esta en obstruirle el paso.

—Vaya, por fin se calla. ¿Qué ocurría entonces? ¿Por qué gritaba?

El patriarca levantó la mano y, como si estuviese en medio de una asamblea, pidió calma:

—No se preocupe, señorita. Son los nervios de la medicación, me equivoqué. La chica es amiga. Arreglamos negocios.

La enfermera soltó un bufido, que iba dirigido tanto hacia el patriarca como hacia el guardia civil, que, a sus ojos, no estaba cumpliendo con su labor de mantener a su prisionero alejado de la gente normal para no incomodar.

—¿No sabe que está en un hospital? Negocios. Este no es un puesto de bragas ni un campamento de chabolas. Aquí hay normas. ¡Hay enfermos! ¡Haga el favor de comportarse!

De la puerta de consultas salió un paciente con cara de sorpresa y, detrás de él, un médico, alarmado por las voces. La enfermera, señalando al viejo y a Mercedes, comenzó a explicar el motivo de la escandalera. También Carmela trató de intervenir con poco éxito porque la enfermera ahora ya se sentía en su salsa y hablaba y gesticulaba como una directora de orquesta. El guardia civil, entretanto, con la mano sobre la funda de la pistola, se había quedado en suspenso frente a Mercedes sin saber cómo actuar. Aquella hoja estaba demasiado cerca de la femoral. El patriarca le sonrió, desdeñoso:

—Todo controlado, madero. Vuelve al rincón a rascarte los huevos, que la muchacha y yo tenemos que hablar. Aquí no va a pasar nada. Pero del parné que t'han dao estas hembras por la encerrona, quiero la mitad.

Y, desentendiéndose, se volvió hacia Mercedes.

—Tiene mi atención. ¿Viene a matarme?

El viejo estaba tan cerca que le respiraba en la cara un aliento agrio de enfermo.

—Te haría un favor. Sería una muerte más rápida de la que mereces.

El gitano rio con ganas.

—Qué razón tienes, chica. Me harías un favor. Pero tú no quieres hacer ningún favor. No, tú lo que quieres es a mis hijos. Quieres que mis hijos paguen por su error. Pero eso no va a ocurrir. Si ellos se equivocaron, yo soy el patriarca. A mí me toca pagar. Es tu oportunidad, chica. Es fácil. Y tus muertos descansarán en paz.

Mercedes escuchaba al tiempo que refrenaba el deseo de obedecer. El hombre tenía razón, esta sería su única oportunidad. Demasiadas noches en vela había deseado quedarse a solas con sus verdugos y devolverles una mínima parte del dolor que le habían causado.

—Me han dicho que no hay rueda de reconocimiento. La fiscal se lo dijo a mi abogado. Tu declaración no vale más que la mierda que cago. Así que solo me tienes a mí y esa faca de los chinos. Hazlo. Es lo que quieres. Sangre paga sangre. Ya me has pinchado. Nada más hay que apretar hacia dentro. Dormirás mejor.

—Jacinto, ¿va todo bien?

El médico especialista en hematología había dejado a la enfermera discutir con Carmela si la intervención de la primera en una sala de espera había sido o no necesaria, mordiéndose la lengua para no ser descortés y para que no lo tachasen de clasista. No era la primera vez que el sindicato de enfermería le había tirado de las orejas por confundir, según ellos, a su enfermera con una secretaria. Pero aquella enfermera no era de esa planta, ni tampoco iba camino de su servicio, «iba de camino para unas gestiones en reuma», había respondido cuando, del modo más cortés que supo, se interesó por si ella misma acudía a consulta. Vamos, que iba de paseíllo, una de las aficiones favoritas de muchos de los veteranos de la casa, una vez pasado el control de entrada. Además, exhibía en su muñeca una bandera de España, y en varias ocasiones había utilizado el sustantivo *gitano* en lugar de *paciente* con tono despectivo. No, eso era más de lo que su educación podía aguantar. Así que eligió el camino más fácil y, aunque no sabía por qué ese día su paciente Jacinto Marcos había llegado tan temprano, pues todavía tenía dos pacientes citados antes que él, decidió sacarlo de allí y zanjar la polémica.

—Lejos de la caja, doctor.

—Pues venga, pasa adentro y trataremos de seguir manteniéndola lejos.

Y volvió a su despacho, dejando abierta la puerta para que el patriarca lo siguiera.

—Chica, se acabó el tiempo. Perdiste la oportunidad. Ya oíste al payo. Esconde el juguete.

Mercedes cerró el cúter y se incorporó. Luego, ante la dificultad de Jacinto de levantarse, le ofreció la mano sin darse apenas cuenta y, ya de pie, cogidos de la mano, se miraron.

—Espera, ¿y qué pasa con tus muertos?

—¿Qué les pasa?

—Ellos no descansan. Los culpables siguen por ahí, vivos.

El patriarca se desasíó con brusquedad.

—Les llegará su hora.

—Sí, pero será tarde para ti. Sabes que la caja sí está preparada. Preparada y abierta. Tú no lavarás en sangre la ofensa. Morirás sin que los culpables paguen... salvo que lleguemos a un acuerdo.

—¿Un acuerdo? ¿Contigo, chica?

—Conmigo. Yo sé dónde están. Tus culpables son mis culpables. A mí también me ofendieron. Te ayudaré. Pero quiero algo a cambio.

* * *

Carmela tuvo que pedir disculpas a su cuñada por apurarla. Con todo lo ocurrido, tras la tensión vivida, la cojera de Mercedes se había acentuado y, cuando Lita la conminó a caminar más rápido, terminó trastabillando, a punto de besar el suelo. Carmela se disculpó, pero siguió avanzando un par de pasos por delante, como si estuviesen en una maratón y Mercedes precisase de liebre. La policía, muy nerviosa, no veía la hora de abandonar el hospital volteándose cada dos segundos para ver si alguien surgía con intención de interceptarlas. Era plenamente consciente de que la sangre que empapaba la entrepierna de Jacinto Marcos cuando entró a la consulta de tratamientos no pasaría desapercibida. Con los anticoagulantes que el enfermo recibía, cualquier herida podía convertirse en un problema serio, y el pinchazo del cúter seguro que ya estaba suscitando muchas preguntas. Si el médico no era muy tonto, habría ligado el pequeño escándalo de la sala de espera con lo que a todas luces era una agresión con arma blanca;

así que, aunque Jacinto Marcos no hablase, que no hablaría —eso Carmela lo tenía claro—, al guardia civil de custodia le iban a aplicar un tercer grado. Y a ellas podrían estar ya buscándolas.

A pesar de tener el coche estacionado en el aparcamiento de pago del hospital, Carmela prefirió tomar uno de los taxis de la parada para no perder más tiempo.

—Al centro —ordenó.

El taxista, un ecuatoriano socarrón, señaló la pantalla de su navegador y preguntó, mirándola a través del espejo interior.

—¿Qué centro le pongo a la maquinita, doña? ¿Al centro médico, al centro asturiano, o al mismo centro con su catedral y todo su casco antiguo?

—¿Me toma el pelo?

El hombre se encogió de hombros.

—Solo pregunto, pues. No quiero problemas.

—Pues entonces, arranque, joder, que vamos con prisa.

—Mire que ya el motor está en marcha, nada más que estos híbridos que les dicen no suenan ni tantito. Y el contador también está corriendo, así que no se enoje, doña, y diga qué dirección escribo y así estaremos todos tranquilos sin engaños ni discusiones.

Carmela, atónita, se volvió hacia Mercedes.

—¡No me está vacilando el tiraflechas este, la madre que me parió!

Pero Mercedes, adelantando el cuerpo, tocó la mampara y pidió:

—Por favor, déjenos lo más cerca posible de la plaza de la Catedral.

Luego, se dejó caer contra el respaldo:

—Concedámonos una tregua, por favor, Carmela. Me va a estallar la cabeza.

* * *

Entraron en el primer bar que les salió al paso, con Carmela sin dejar de porfiar que tendría que haber utilizado el cúter de Mercedes cuando el puñetero taxista decidió mortificarlas durante todo el trayecto sintonizando Radio María.

—Fue porque dije «joder». Y porque somos tías. Odian que les repliquemos. Te lo juro, no puedo con ellos. Con moralinas a mí. Como si yo no supiese la de patrullas que cada fin de semana tienen que intervenir

por denuncias de malos tratos porque se emborrachan y la lían parda. Las mujeres nos llaman para que se los quitemos de encima mientras les dura la cogorza y, el domingo por la noche, retiran la denuncia para que su marido vuelva a casa a dormir y al día siguiente pueda estar en la obra o en el jodido taxi.

En otros tiempos, Mercedes habría cortado sin miramientos la diatriba xenófoba de su cuñada. De sobra sabía de qué pie político cojeaba. Pero eso habría sido en otros tiempos. No, qué va. Habría sido en otra vida. Antes de todo, cuando ella misma creía en los valores humanistas que ensamblaban el armazón de la sociedad. Entonces no habría callado. Más de una comida familiar había terminado en disputa, con ella reivindicando un mayor esfuerzo económico por parte del Estado y de la sociedad para integrar a las minorías necesitadas, enarbolando la bandera de la socialdemocracia en sus esfuerzos para proteger al más débil y Lucas apurado, oculto tras la copa de vino para no tomar partido por ninguna de las dos mujeres. Sí, había sido una idealista, firme defensora del pago de impuestos como algo necesario para el mantenimiento del estado del bienestar, sin olvidar la cuota necesaria para con el tercer mundo, que ella remataba como socia de Médicos sin Fronteras y como socia de la pequeña ONG con la que había viajado de cooperante un verano a Honduras. Pero su escala de valores había estallado por los aires al mismo tiempo que su cráneo bajo la culata de la escopeta. Ahora odiaba, odiaba mucho. Pero este odio estaba concentrado, fuertemente encapsulado como un tumor sin metástasis, circunscrito a la etnia a la que pertenecían sus enemigos. Y no como Carmela, que solo repetía los discursos de las cuentas que seguía en Twitter o las chanzas racistas que compartía en el trabajo con compañeros de igual sensibilidad y que terminaba de apuntalar a través de los medios de comunicación afines a su ideología como *Okdiario* y *esRadio*.

El odio de Mercedes no era ideológico, sino visceral. Odiaba desde las entrañas, con la hiel corriendo por su cuerpo a la par que la sangre. No habían sido la medicación, ni el psiquiatra, ni la rehabilitación quienes lograron que recuperase la energía por vivir. No, su energía motriz surgía de un impulso de odio y deseo de venganza, y por eso, con solo pensar en lo cerca que había estado de matar al patriarca, se le crispaba la mano que media hora antes había esgrimido el cúter. Pero había flaqueado. Lo tuvo ahí, rendido, a diez gramos de fuerza de pagar por lo que les habían hecho

y se había echado para atrás. Su muñeca, cobarde, se había negado a obedecer a las tripas.

Rompió a llorar.

—Cariño, necesitamos una copa —trató de consolarla Carmela, guiándola hasta una mesa y llamando a la camarera para dar instrucciones—. Encanto, que los vasos no estén vacíos.

Una hora más tarde, Mercedes había colocado el posavasos sobre su copa para evitar que la diligente camarera siguiera vertiendo vino en ella. Carmela, que tenía un hígado como para metabolizar media Rioja Alavesa, sí reclamó su ronda, pero la combinación de la medicación de Mercedes con el alcohol acababan provocándole unas migrañas tan salvajes que terminaba por vomitar sin darle tiempo a haber llegado al estado de embriaguez.

—Lo tendría que haber rajado —repitió por enésima vez.

—Habría estado genial. —Levantó Lita su copa también por enésima vez.

—No sé por qué no lo hice.

—Yo estaba segura de que no lo ibas a hacer. No, qué va. Para eso hay que tener instinto y tú no lo tienes. Además, si llego a pensar que tu intención era cargártelo, te habría dado esto para que lo ensartaras como un pollo. —Y de un movimiento rápido, desenfundó el estoque del bastón de empuñadura de marfil que le había regalado.

—¿Qué es eso?, ¿una espada? —preguntó Mercedes, con los ojos como platos.

Carmela, al sentir sobre ella la atención de medio bar, volvió a envainar la hoja.

—Es por lo de las amenazas. Quería que tuvieras algo con qué defenderte por si acaso.

—Vaya...

—Y también es mi manera de pedirte disculpas por lo del otro día.

—Está olvidado.

—No, no lo está. Pero fui injusta. Mucho de lo que te dije en verdad no lo creo.

—Claro que lo crees. Es lo que has pensado siempre. Pero lo dicho, dicho está.

—Te digo que no es así, en realidad...

—Basta, Lita, déjalo —la interrumpió. Había cogido el nuevo bastón y, admirada, trataba de extraer la hoja de la caña.

—Tiene un mecanismo. Ahí, fíjate. Gira la presilla del seguro y... ¡eso es, perfecto! Pero no la exhibas mucho, que este tipo de armas están prohibidas. Cualquier policía que no sea yo te la requisará al momento.

Mercedes volvió a ocultar el estoque. Luego, sonrió a su cuñada y le oprimió la mano con cariño.

—Gracias, Lita. Por el bastón, y también por lo de estos meses. A pesar de todo, has estado conmigo, apoyándome. Ayudándome. Si no llega a ser por ti, ¿qué habría sido de mí?

Carmela, azorada, se refugió en la copa.

—Sí, bueno. Era mi hermano, ¿no? Y mi sobrino.

—Lo eran.

—Lástima que no lo hayas rajado.

—Lástima. Lo tuve ahí, ¿viste? Con solo apretar un poco más ya estaría muerto.

—Lo estaría.

—Pero no era el plan. Sí en mis fantasías, y sí por las noches. De noche los mato a todos, uno por uno. Sin piedad. Sin remordimientos. Pero de día recupero la cordura. No, no busco matarlo. Quiero justicia, no venganza. No soy como ellos. Qué va, no lo soy...

—No, no lo eres.

—... creí que se ablandaría, creí...

—¿Que sentiría lástima por ti, por nosotras? —se mofó Carmela—. ¿Que, al verte, al ver la cicatriz, llamaría al juez y se retractaría? ¿Te pediría perdón? ¿Entregaría a sus hijos por ti?

Mercedes quitó el posavasos y vació lo que quedaba de vino. Luego, ella misma avisó a la camarera con un gesto inequívoco. A la mierda con la migraña.

—Exactamente eso es lo que creí. Exactamente eso, estúpida de mí. Pensé que nadie podría vivir con semejante carga en la conciencia. Y más cuando estás a punto de morir, a punto de darle a Dios cuenta de tus actos. Joder, si es un moribundo.

—Tía, qué daño te hicieron las monjas en el colegio. Dar cuenta a Dios por los actos, el Juicio Final y toda esa mierda. Fuego abrasador y rechinar de dientes, por los siglos de los siglos, amén.

A Mercedes se le escaparon las lágrimas y corrió a ocultarlas tras la copa.

—Antes creía eso, sí.

—Pues yo estoy aquí del lado de los gitanos y de los judíos. Sangre paga sangre. Ojo por ojo y diente por diente. Pero todavía estamos a tiempo.

—¿A tiempo de qué? Perdimos..., perdí la oportunidad. No podremos volver a acercarnos. ¡Coño! —gritó, asustando a la parejita de la mesa cercana—, ¡lo tenía que haber rajado!

—Olvidalo, tía. Ya está hecho. Hay quien tiene redaños y quien no los tiene. No pudiste y se acabó. Pero existen otras maneras. Hablaré con mis amigos. Ellos saben a quién hay que pagar en el trullo para que le ahorren un dinero a la Seguridad Social. Te lo juro, tía, pienso que es una vergüenza que parte de mi nómina vaya para tratar a gusanos como ese.

Mercedes asintió con convicción. Pero aquel discurso de ardor guerrero se lo había escuchado ya muchas veces: sicarios, campamentos gitanos arrasados por el fuego, explosivos. Siempre había alguien a quien llamar, alguien a quien contratar. Pero, para qué engañarse, de las dos, la única que tenía acceso a un arma era Carmela. Y si Mercedes había tenido la oportunidad de cortarle la femoral a Jacinto Marcos, Carmela habría podido desenfundar su pistola y dejar seco al patriarca sin que nadie hubiese podido impedirlo. Así que sí, la cuestión se dirimía en tener o no tener redaños.

—Perdonen que las moleste.

Las dos, sorprendidas con la guardia baja, brincaron en las sillas.

—Predicador —musitó Mercedes, reconociendo al gitano que las saludaba con el sombrero en la mano.

—¿Cómo coño sabía que estábamos aquí? ¿Nos ha seguido?

Germán Marcos meneó la mano que tenía libre como si las preguntas de Carmela fueran moscas pesadas que hubiese que espantar.

—Su propuesta, ¿iba en serio? La que le hizo a Jacinto.

El tono con el que articuló la pregunta era duro. Nada que ver con la cálida despedida que les dispensó tras su encuentro durante el cumpleaños de su hija.

—Naturalmente.

—¿Y sabe lo que provocará? ¿Es consciente de las consecuencias?

—¿De qué propuesta habla? —interrumpió Carmela, totalmente fuera de juego. Pero fue el turno de Mercedes de agitar la mano, dejándola al margen.

Clavando sus ojos en los del pastor, asintió:

—Lo sé. Solo quiero justicia. Si hubiese querido venganza, tu hermano ya estaría muerto —mintió. Y sacando el papel que Carmela le había entregado por la mañana, se lo ofreció. Pero, para su sorpresa, el predicador cabeceó, rechazándolo. En su lugar, rebuscó en el amplio bolsillo del pantalón y extrajo un teléfono.

—No, a mí no me dé nada. Si de verdad está segura de lo que quiere hacer, si está dispuesta a pagar el precio, llame al número memorizado en este móvil, déjelo sonar dos veces y cuelgue. Alguien la llamará. Que Dios la perdone... y también a mí.

La instrucción

Ya había pasado un mes desde que le habían dado el alta hospitalaria y vivía en su casa. Un mes desde la noche en la que, justo antes de que la química convocase al sueño, tuvo una revelación, un pensamiento formulado a modo de pregunta, un sorprendente destello de clarividencia. Y con la violencia de un mal parto, aquella pregunta la arrastró de nuevo al campo de lucha por vivir, manteniéndola febril e insomne hasta que, ya de mañana, pudo hablar con Carmela. De ese impulso llegó la declaración a la Policía Judicial y la promesa al juez instructor y a la fiscal de comprometerse a ser parte activa en la causa. Pero luego le dieron el alta y, retornada a la vivienda vacía, las tinieblas regresaron para volver a ser la inconsolable madre viuda incapaz de soportar una hora sin su dosis de calmantes y antidepresivos. Aun así, la semilla de lucha había caído en tierra fértil y, en los tiempos de lucidez, mimaba y cuidaba aquel interrogante que la había despertado porque cuanto más pensaba en ello, menos deseos sentía de llorar y más de gritar, de golpear... y de matar.

Tocaba revisión con el neurólogo y quiso prepararse a conciencia. Se preocupó de levantarse más temprano para lavarse el cabello y maquillarse porque quería causar una buena impresión, y ensayó frente al espejo un par de sonrisas. De sobra sabía que la relación entre ambos había sido hasta ese momento difícil. Pero ese día deseaba que él descubriese en ella a una mujer nueva, a una mujer con un motivo para vivir. Pero cuando por fin la convocaron al despacho del médico, el neurólogo, sin esperar siquiera a que pudiese darle los buenos días y se hubiera sentado, ya la estaba riñendo. O así le pareció a ella.

—Leo en el informe de la fisioterapeuta que no está colaborando.

Claudia, la muy zorra. Si no había tenido suerte con el neurólogo, menos la había tenido con la fisioterapeuta, la persona menos empática del hospital. Una bruja estirada con más frente que cara y narinas frontales que con cada espiración resonaban como las de un hipopótamo furioso. A Mercedes no le cabía duda de que obedeciendo a las reglas de un karma estético, toda la fealdad del alma de esa mujer se plasmaba en las cortinillas superpuestas de los párpados y en la descolgada comisura de los

labios gracias a la impericia con el bótox de un cirujano plástico provisto de dos manos izquierdas.

Mercedes, todavía de pie, quiso transformar en palabras las razones que tenía para no estar de acuerdo con el criterio perverso de Claudia, convencida de que le había cogido manía desde el primer día. Porque si bien era cierto que las dos primeras semanas, sumida de nuevo en el pozo de la depresión posiblemente agravada por la orfandad de la vida diaria fuera del útero hospitalario, había llorado sin cesar y se había negado a realizar cualquier ejercicio que requiriera de su participación activa. Pero hacía ya varios días que no lloraba y se esforzaba acatando cualquier instrucción en la sesión de rehabilitación, apretando los dientes para no quejarse por el dolor. La carne herida en el interior de sus mejillas era fiel prueba de esta contención. Con la llama vacilante de su objetivo vital de nuevo a la vista como faro en mitad de la galerna, y también porque de nuevo el psiquiatra había dado con la clave medicamentosa para tenderle una cuerda por la que escalar de la sima depresiva, Mercedes se sentía dispuesta para la lucha.

—No sabe la suerte que ha tenido —prosiguió el neurólogo, cortando así cualquier posible réplica. Mercedes se rindió y movió la silla para hacerse sitio al tiempo que trataba de que las muletas no se cayeran al suelo—. Que solo persista una leve hemiparesia tras un traumatismo craneoencefálico como el que usted ha sufrido es como si le hubiese tocado la lotería.

Mercedes, al escuchar «lotería», se estremeció.

—Lotería.

Si el neurólogo la escuchó, no hizo acuse de recibo, embebido en la pantalla.

—Solo tiene que colaborar con la rehabilitación y la sintomatología podría llegar a desaparecer. Eso está a su alcance, pero requiere de más voluntad y que trabaje en plena sinergia con su fisioterapeuta. Por lo demás, todo progresa satisfactoriamente, teniendo en cuenta de dónde partimos —concluyó el médico aún con los ojos fijos en la pantalla. Luego enmudeció, aunque el silencio lo rompía el inquieto tabaleo del anular derecho sobre la mesa de plástico que, como un mensaje en clave, parecía indicar que daba la consulta por terminada.

Al salir de la consulta, Mercedes tuvo que buscar una silla donde desplomarse y llorar. Una anciana con tacataca, al verla, se acercó y le

acarició el cabello. Luego, se dobló y la besó en la frente para después continuar camino. Mercedes le dio las gracias sin saber si la había escuchado o no. Pero este gesto de cariño espontáneo la alivió y encontró fuerzas para seguir hasta el gimnasio en lugar de huir y refugiarse en casa.

Llegaba media hora tarde a la rehabilitación y encontró a Claudia, la chivata, haciendo chillar de dolor a una señora obesa con el cabello rosa a juego con el chándal que estaba iniciando la segunda semana de terapia por una prótesis de rodilla. Claudia flexionaba sin aparente piedad la pierna de la mujer, y no se detuvo al ver a Mercedes acercándose con la ayuda de sus muletas.

—Ya no eres mía —la interrumpió cuando Mercedes quiso explicar que el retraso se debía a la demora en la consulta del neurólogo—. Te han asignado a Raúl.

Y siguió con su paciente como si Mercedes repentinamente se hubiese volatilizado.

Durante diez segundos no logró moverse. Quedó en suspenso, mirando atónita a la persona que la había tratado a lo largo de todo el mes y que, al igual que el especialista un rato antes en cuanto abandonó la consulta, la acababa de borrar de su vida como si nunca hubiese existido. Entonces sintió una mano en su hombro y, al girarse, un muchacho joven, todo sonrisa, se presentó:

—Mercedes, ¿verdad? Te estaba buscando. Encantado, soy Raúl, tu fisioterapeuta. Acompáñame. Hoy vamos a aprovechar la sesión para conocernos un poco y saber qué puedo hacer para ayudarte.

* * *

Tras la sesión de rehabilitación, solo pensaba en llegar a casa y descansar. Dejarse caer en el sofá y que este la engullese, disgregándola hasta formar parte de la espuma. Estaba agotada, pero a la vez contenta con el nuevo fisioterapeuta y con los ejercicios que habían hecho. Nada que ver con las tediosas rutinas de Claudia. Aunque tanto entusiasmo terapéutico, tanta sonrisa acogedora, tanto mensaje motivador, tanto buen rollo Profidén, la habían cansado más que la propia actividad física y lo único que deseaba era silencio. Soledad y silencio. Y que nadie le sonriera.

Una vibración la devolvió a la dura realidad.

Cuñada 13:11 h

En un instante, la buena onda se había esfumado dejándola sola con el supremo cansancio.

Tuvo suerte con el taxista porque, al contrario que muchos compañeros de oficio, no pretendió ser paternalista ante las muletas. El conductor se limitó a salir del vehículo para sujetar la portezuela dando tiempo a que Mercedes maniobrara para sentarse, luego preguntó el destino y, cuando a través del espejo retrovisor vio que ella cerraba los ojos y reclinaba la cabeza, apagó la radio y no habló. La despertó al detenerse delante del portal de su edificio. No fue un beso en la frente, pero a Mercedes la conmovió tanto como la anciana del tacataca.

Ya en casa, las bisagras de la puerta de entrada chirriaron más que nunca. Llevaban unos días de mucha lluvia y humedad. En cualquier momento, en ese viejo piso terminarían por brotar champiñones. Tomó nota mental de que tenía que comprar aceite en la ferretería, a sabiendas de que su cabeza apenas retenía la información justa para pelearse con la cafetera o para no perderse entre los anaqueles del supermercado. En la mochila llevaba una libretita y un bolígrafo para apuntar este tipo de cosas, pero solo pensar en quitarse la mochila, abrir la cremallera, rebuscar la libreta entre el chubasquero, la botella de agua, la ropa interior de repuesto, las compresas, toallitas limpiadoras y demás, le daba tanta pereza que, como casi siempre que pensaba en apuntar algo, prefirió postergarlo a un ratito más tarde, a sabiendas de que lo más probable sería que terminara por olvidarlo.

—Buenos días, señora.

—¡Jesús! —exclamó Mercedes, sorprendida. No contaba con que Dora Lidia aún estuviese en la casa—. Caramba, qué susto me has dado.

—Mis disculpas, señora —se azoró la mujer.

Dora Lidia tomó una de las muletas y le ofreció el brazo para acompañarla hasta el salón.

—¿Le preparo un té?

Mercedes lo rechazó. Se lo prepararía ella después de comer. Primero iba a tumbarse un rato. Después, llamaría a Carmela, que se estaría cociendo en su propia salsa al ver que no respondía a los muchos *whatsapps* que había dejado en «visto».

—Puedes marcharte a casa, Dora Lidia. Es tarde. No sé qué haces aquí todavía.

Pero Dora Lidia no se movió de donde estaba, haciendo bailar el peso de su orondo cuerpo de un pie a otro como si le urgiera vaciar la vejiga.

—Viera que tenía que platicar con la señora.

¿Platicar? Mercedes frunció el ceño y respiró hondo, anticipándose a la solicitud de aumento de sueldo. A pesar de creerse vacunada de prejuicios tras haberse dejado comer por los mosquitos dos meses colaborando con grupos de mujeres en aldeas hondureñas, en su cabeza volvió a resonar el aviso preventivo de Carmela acerca de la costumbre de muchos latinoamericanos de, en cuanto creían haberse ganado un poco tu confianza, tratar de sacar algún provecho. Si era el caso, Dora Lidia no llevaba trabajando para ella ni cinco semanas, pensó, irritada.

—Suéltalo.

—¿Qué suelto, señora? —preguntó Dora Lidia, confundida.

—Perdona, se me olvida que todavía no manejas los modismos de aquí. Que digas de qué quieres hablar conmigo. Pero si es de cambiar el contrato, ya habíamos quedado en que lo revisaríamos a primeros de año, con el IPC..., con el incremento de los precios de las cosas..., lo que vosotros decís «la canasta básica»...

La mujer asintió rápido pero al momento, cambió el gesto y negó:

—Sí, señora, la canasta..., no, no es el contrato. Pero viera que sí es el contrato... ¡Ay, Diosito, ayúdame, que no me confunda el maligno!

Ahora sí bufó Mercedes, exasperada, pensando ya en incorporarse para buscar la medicación mientras en el interior de su cabeza una maza había confundido el hueso con una forja.

—Mira, Dora Lidia. No tengo un buen día. Mejor vete para casa y lo que sea lo hablamos mañana. No será tan urgente.

La mujer, las manos engarzadas por encima de la barriga, bajó la mirada pero no se movió.

—Por favor, Dora. Mañana —imploró Mercedes.

—Mañana no, señora. Mañana no voy a venir.

—¡Pues pasado, caramba! ¡Tanto trámite para pedir un día libre!

Pero la mujer volvió a negar.

—Al otro día tampoco, señora. Viera que siento pena, pero tengo miedo de lo que esos hombres me vayan a hacer. Sabe que tengo un tierno acá a mi cargo, y a mi mamá en Tegus con los medicamentos para el

cáncer y los cipotes que no están bastante grandes para trabajar. Si me matan, no lo quiera Dios, ellos no tienen nada.

—¿Qué hombres? ¿Quién te va a matar?

—Los del teléfono, señora. Los que llaman por las mañanas y dicen que si hablo me van a matar. Y yo no sé de qué no puedo hablar. Tengo miedo, señora.

* * *

De verse a diario en el hospital, Carmela y Mercedes habían pasado a relacionarse prácticamente a través de mensajes de WhatsApp, recuperando así el *statu quo* previo a la tragedia.

Cuñada 10:12 h

el abogado quiere preparar tu declaración. Contacta con él

Cuñada 12:01 h

los del seguro vuelven a requerir las facturas de compra

Cuñada 13:45 h

el psiquiatra avisa que no fuiste a la última cita

Pero cuando el teléfono fijo de casa comenzó a torturar cada noche a Mercedes con llamadas en las que colgaban en cuanto ella respondía, o en las que del otro lado solo llegaba el sonido de una respiración pesada que era como un muro donde rebotaban sus preguntas y al que, desesperada, terminaba por implorar que por el amor de Dios, que la dejaran en paz, que si no había sufrido ya bastante, decidió que era el momento de olvidar el orgullo y pedir ayuda a Carmela.

—Por favor, Carmela. Cuando escuches este mensaje, llámame. Necesito..., me hace falta tu ayuda..., te necesito.

Algo se liberó en su interior tras grabar el mensaje en el contestador. Sin saber cómo respondería Carmela, sintió el alivio de haber sido capaz de romper la barrera de resentimiento que las separaba. Bueno, quizá romperla era exagerado, pero estaba contenta por haber sido la primera en retirar una de las piedras de la muralla que entre ambas llevaban años construyendo, en una guerra por la disputa de un territorio común que era Lucas. Y no, tampoco esto era cierto, porque Carmela, desde la agresión y mientras estuvo en el hospital, se había volcado con ella como si el pasado no hubiese existido. Vaya si se había volcado, visitándola casi cada día. Eso le habían relatado las enfermeras cuando le describieron los días

pasados en coma. Y si bien Carmela también había aprovechado el período de invalidez de Mercedes para gritarle y reñirla, desde el filtro de sedación de ese tiempo nebuloso creía recordar que casi siempre la había abroncado para sacarla del estupor depresivo en que estaba hundida. Eso recordaba. O eso quería recordar porque, si se esforzaba, si exprimía de verdad sus recuerdos, de vez en cuando le llegaba la imagen de Carmela sentada en la butaca del acompañante mirándola de un modo inequívoco cuando la creía despistada, y en esa mirada no había ni comprensión ni compasión. De sobra sabía lo que esa mirada decía. Ella estaba viva y Lucas no. Y que todo podría haber sido distinto si hubiese tratado mejor a su hermano, si se hubiese preocupado de cuidar su relación de pareja siendo una buena esposa, una buena madre..., si no hubiera sido una zorra infiel.

Permaneció delante de la pantalla del teléfono con la aplicación de WhatsApp abierta y vio cómo el *tick* cambiaba a doble *tick* azul y después a «escribiendo». Al otro lado, Lita estaba respondiendo a su petición de socorro, pero los minutos se sucedían y seguía en «escribiendo» como si de repente la lesionada neurológica fuese la otra, o como si hubiese tanto que decir que el texto requiriese de párrafos, de capítulos, y a Mercedes le empezaron a sudar las manos. Entonces cesó la actividad y, pasados varios segundos, el mensaje no llegó.

Mercedes se sintió desfallecer. Hubiese escrito lo que hubiese escrito, Carmela lo había borrado.

Reprimió el impulso de estrellar el móvil contra la pared. En su lugar, dijo «mierda» y lo dejó suavemente sobre la mesa. Abandonada, era el tiempo de sopesar sus opciones. Entonces sonó el teléfono.

—¿Estás en casa? Te voy a ver. Cosas así son mejor hablarlas en persona.

* * *

Carmela actuó con celeridad. Acudieron juntas a la comisaría para interponer una denuncia por amenazas. Después, hicieron llegar esta denuncia a fiscalía a través del abogado. Luego, Carmela estuvo un rato hablando por teléfono y, cuando regresó al coche, le dijo a Mercedes que la fiscal las recibiría en su despacho en media hora.

Mientras aguardaban en los pasillos de los juzgados, Carmela propuso ponerse en contacto con una agencia de trabajo temporal para solicitar una

nueva empleada del hogar.

—No quiero a nadie en casa. Puedo apañarme perfectamente sola.

Lita frunció el ceño con irritación.

—Merche, estás muy lejos de poder apañarte tú sola. Por lo que sé, si Dora Lidia no se hubiese preocupado por ti, la mayor parte de los días no habrías comido nada. Te habrías metido en la cama y no habrías hecho más en todo el día.

Esta vez fue el turno de Mercedes de enfadarse. Tendría que haber imaginado que su asistenta rendía cuentas a Carmela, como si esta tuviese su tutela.

—Ya estoy mejor. No necesito niñeras.

—¿Mejor? Hace dos semanas olvidaste una pota en la vitro. Si no llega a ser por la criada...

—Solo una vez.

—Más que suficiente para prender fuego al edificio entero.

—¡No necesito niñeras!

—¿No? ¿Entonces qué hago yo aquí?

Antes de que pudiese soltar un exabrupto como respuesta, la fiscal, vestida con la toga con la que acababa de salir de un juicio, las interrumpió.

—Por favor, acompañadme.

El despacho era minúsculo, impersonal, con solo dos toques personales: una lámina bastante amarillenta de la playa de Torimbía rota por una esquina y un gato chino, cuyo puño había dejado de moverse apenas fue colocado en el estante donde acumulaba polvo, y que hacía pensar en el regalo improvisado de un niño para el Día de la Madre o en la ocurrencia cutre de un compañero para el Día del Amigo Invisible. En el anular derecho de la fiscal, una franja de tonalidad más clara evidenciaba la reciente pérdida del anillo de casada. Quizás ese verano, cuando las vacaciones de agosto la permitiesen extender su piel como un lagarto en el arenal nudista llanisco, el dedo dejaría de chivarse y del matrimonio ya solo quedaría lo que hubiesen acordado los respectivos abogados.

—Seré breve —dijo la fiscal tras despejar una silla para que Mercedes pudiese sentarse—. Como ya saben, la próxima semana haremos la rueda de reconocimiento, pero quería que supiesen que la investigación llevada a cabo por la Policía Judicial tiene cada vez más pruebas de la presencia del encausado en el lugar de los hechos. No, no hable, por favor. Si quiere

declarar algo, me veré en la obligación de hacer este encuentro oficial y de dar conocimiento a las partes, y esto es, digamos..., extraoficial.

—¿Por qué?

—Mercedes, no hagas preguntas y agradece el favor —ordenó Carmela, aún bastante enfadada.

—Gracias, Lita. Como decía, hay pruebas de la presencia del señor Jacinto en el lugar donde usted y su familia fueron atacados, pero eso no excluye la presencia de los otros hombres que usted dice haber visto y que podrían ser los ejecutores de las llamadas intimidatorias que usted ha denunciado. Por eso es clave la rueda de reconocimiento, y que así usted identifique a los agresores para que podamos incoar las acciones pertinentes. Tal y como me ha informado la Policía Judicial que sigue su caso, tienen pocas dudas acerca de la presencia de dos de los hijos del señor Jacinto en la zona de la agresión gracias a la geolocalización. Por supuesto, insisto en que es información absolutamente confidencial y esta reunión tampoco está teniendo lugar.

Contemplando a ambas mujeres, a Mercedes no le cupo duda alguna de que se conocían, que se trataban y que se estimaban. No se le había escapado el diminutivo familiar con el que la letrada se había referido a su cuñada. Animada por este ambiente de camaradería conspiradora donde las tres parecían navegar en el mismo barco, se atrevió a pedir:

—¿Y podría ver antes la foto de los hijos del patriarca..., es decir, del señor Jacinto?

Como coreografiadas, la fiscal y la policía abrieron los ojos de par en par y se les desencajó la mandíbula.

—¿Perdón? —preguntó, incrédula, la fiscal.

—¿Estás loca? —se indignó Carmela.

Mercedes, asustada, trató de explicarse. Deseaba sincerarse y revelar el secreto que tantas horas de sueño le estaba robando desde que semanas atrás se ofreció para colaborar activamente en la búsqueda de los verdaderos culpables.

—¡Perdón, perdón, un momento! Esperad, dejad que me aclare, no, que me aclare no, que me explique.

—Espero no haber escuchado bien —dijo la fiscal, mirando severamente a Carmela.

—Explícate —ordenó Lita.

—Solo decía que, ya que la Policía tiene tan claro que eran los hijos los que participaron en el ataque, y para que no haya dudas en la identificación, sería para mí de gran ayuda ver una imagen. Así no me confundiré. Con la medicación, mi mente no está siempre igual de lúcida, ya sabéis...

—¿Confundirte? Si en eso consiste la rueda de reconocimiento, que demuestres que conoces cabalmente a tus agresores.

—Sí, sí. Pero era de noche, la luz de los faros me deslumbraba... y eran gitanos, ya me entendéis. No sé, es como con los chinos. Todos me parecen iguales. Aunque estoy absolutamente segura de que se trataba de un hombre joven, por lo que no podría tratarse del patriarca. Al menos, uno de ellos era joven. El de la gasolinera era joven. Y el que me agredió me insultó antes de pegarme. El rostro, no sé, pero si le escuchase hablar, si le oyese reconocería la voz entre un millón. Esa voz la tengo clavada dentro de mí todo el tiempo. Yo creo que me la incrustó con el culatazo. Así que estoy segura..., supersegura, de que la podría identificar sin equivocarme. Pero en la rueda de reconocimiento, no sé, un gitano entre gitanos...

* * *

La gente daba un pequeño rodeo para esquivarlas. Algunos se detenían a varios metros y las observaban, cabeceando para mostrar al resto de mirones que reprobaban aquel comportamiento incívico. Una anciana en silla de ruedas pidió a su cuidadora dominicana que la acercase un poco más, que desde donde se habían detenido no oía qué se estaban recriminando aquellas dos locas.

—¿Tienes idea de lo que acabas de hacer, eh, tienes la menor idea? —gritó Carmela por quinta vez.

Mercedes, afianzada sobre las muletas, era incapaz de controlar el temblor que agitaba su cuerpo y, como en la letanía, al salmo de su cuñada, respondía «mierda, mierda, mierda» en un vano desahogo que no hacía que el mundo se detuviera ni que el reloj corriera hacia atrás para desdecir lo ya dicho.

—¡La jodiste, Merche, cómo la jodiste!

—¡Déjame en paz!

—¡Es lo que tenía que haber hecho el primer día! Dejarte en paz y que ahí te pudieras sola.

—¡Dilo, venga! ¡Atrévete ahora a decir lo que piensas!

—¿Que preferiría que te hubiesen matado a ti y no a mi hermano? ¡Claro que sí, joder!

—Qué idiota eres. Por supuesto que habrías querido eso, ¡y yo también! Pero no, no es eso lo que de verdad me echas en cara. Lo que no dices es que crees que yo soy la culpable de lo que pasó. ¡Me culpas a mí de su muerte!

Lita, que estaba tomando aire para el siguiente ataque, se quedó en suspenso con la boca abierta. De repente, miró alrededor y contempló el circo que habían montado. Unos universitarios, partiéndose de risa, parecían haber grabado parte de la bronca y las jaleaban, seguramente deseando que llegaran a las manos. «Dios mío», murmuró para sí.

—Es lo que piensas. Lo que has pensado siempre —proseguía Mercedes, que ahora lloraba, presa de la desesperación—. Si yo no hubiese engañado a tu hermano, él no habría comprado la maldita autocaravana. Lo hizo por eso y lo sabes. Lo sabes de sobra. Tú eras su maldita confidente. Seguro que hasta le ayudaste a encontrar esa maldita oferta, ese chollo. ¡Joder, hablaba más contigo que conmigo! ¡Solo os faltaba acostaros!

—Para, Mercedes. Estamos dando un espectáculo.

—Sabías lo de José Javier. Claro que lo sabías. Cuando yo se lo conté, seguro que no tardó ni media hora en ponerte al tanto. Y también supiste que Lucas compró la autocaravana sin consultarme. Para desmelenarnos un poco, decía. Para ser más libres. Para seguir siendo jóvenes. Pero no era para eso, no. Él solo buscaba la manera de que yo no los abandonara. De que siguiese atada a su lado.

—Mercedes, por Dios te lo pido.

—¿No lo entiendes o tan ciega estás?

—¿Qué no entiendo?

—Que yo ya no quería a tu hermano. Que no lo quería... No quería ya a Lucas. —Por primera vez se había referido a él por su nombre, y la voz se le quebró al tiempo que su cuerpo, vencido, se habría derrumbado si su cuñada no la hubiese abrazado para sujetarla—. Me faltó el valor. El valor para irme. Si lo hubiese hecho... ¡Ay, Dios mío, si lo hubiese hecho...!

—Tranquila, Merche, tranquila. Ya está. Ya pasó.

Pero Mercedes no cesaba en su lamento y gemía mientras lloraba por primera vez por Lucas, tras tantas lágrimas derramadas por su hijo. Lloraba por el hombre al que no se atrevió a abandonar cuando supo que ya no lo quería y que ahora estaba muerto a causa de una aventura que él quiso emprender con objeto de recuperar su amor.

—Muertos, están muertos. Los dos. Por mi culpa —sollozaba—. Y ahora, ni siquiera lograré que paguen los culpables.

—No, no, no —repetía Lita, acariciándole el cabello ya sin ser consciente de los mirones, quienes, en su mayoría, comenzaban a recuperar el pulso de su propia existencia y transitaban cerca de las dos mujeres abrazadas, ignorándolas. La pelea era espectáculo, y el dolor, contagioso.

—Tenía que haber sido yo... tenía que haber sido yo.

—No sufras más, Merche. Basta. Sigo a tu lado. Estoy a tu lado. La cagaste, es cierto. La has cagado muchas veces. Pero somos familia. No tenemos a nadie más. Ni tú ni yo tenemos ya a nadie. Solo a nosotras. Tranquila, de verdad. Algo se me ocurrirá. No nos daremos por vencidas.

* * *

El fotógrafo les pidió que aguardaran junto al equipo mientras él entraba para ofrecer sus respetos a la abuela de la cumpleañera.

—No es que me lo fuesen a robar. Aquí dentro estamos más seguros que en Fort Knox, pero los niños..., ya saben. Tienen muchos niños y los críos son curiosos —decía al tiempo que, sin dejar de sonreír, apartaba las manos de uno de los chiquillos del objetivo de la cámara que llevaba colgada del cuello.

Varadas en mitad del patio entre vehículos decorados con globos y furgonetas de cristales sucios, con la Rosalía a todo trapo y niños que les sacaban la lengua o jugaban a tocar las correas de las bolsas del fotógrafo como si fuesen a salir corriendo con ellas, Mercedes interrogó a Carmela con la mirada.

—Calma —pidió Lita—. No queda otra que esperar.

Por ahora el plan iba sobre ruedas. La información de Carmela era correcta. Ese día, en casa del predicador había fiesta porque su nieta mayor cumplía nueve años. Y, como representante de la comunidad gitana del barrio, el predicador había enviado invitación a la oficina de la Policía

Local, que, como de costumbre, declinaba la asistencia pero mandaba un juego de tazas de desayuno de Disney como regalo. Atrás quedaba la época en la que uno de los hijos del predicador se las había hecho pasar canutas y la Policía envió un canalón de cobre con un lacito y una nota en que decía que ahí iba el que les faltaba de la cornisa de la comisaría. «Pero ahora el prenda tiene vacaciones pagadas en Villabona», le explicó entre risas su cuñada. Y prenda debía de ser porque las estadísticas de delitos menores en el barrio habían mejorado significativamente.

Pertrechadas con el paquete que amablemente les cedió el subinspector de la comisaría a modo de salvoconducto, tuvieron unos instantes de duda al verse frente al interfono de la cancela de entrada a la finca, con la música atronando al otro lado y voces de acento inequívoco que sobre el estruendo se alzaban en tono festivo.

Ahí paradas las encontró Carlos, el fotógrafo.

Los niños poco tardaron en perder el interés por aquellas dos payas. En la finca había cosas mucho más divertidas que hacer y en pocos minutos la mitad volvía a estar dando brincos en el castillo hinchable donde una gitana ataviada como una burbuja Freixenet trataba de convencer a una chiquilla de que se desprendiese de los zapatitos de tacón antes de subirse a la atracción para no pinchar la goma. Al lado de madre e hija, cuatro mujeres no prestaban ninguna atención al drama que la niña comenzaba a interpretar concentradas en observar sin disimulo a Mercedes y a Carmela. De repente, una mano voló cortando el berrinche de cuajo, la niña se quitó los zapatos y, segundos después, ya se empujaba con el resto de los niños mientras saltaba como una rana y su madre se sumaba a la labor de vigilancia de las otras cuatro mujeres.

—¿Y si Carlos se olvida de nosotras? —preguntó Mercedes, cada vez más inquieta.

—No te preocupes. Si no es él, cualquiera de esas brujas avisará al curilla. No habrá que esperar mucho. Tú, atenta. Ya sabes lo que queremos. Plan A o plan B.

Sí, Mercedes sabía lo que querían. Tras la bronca, las lágrimas, el breve abrazo sanador que no cerraba heridas pero que sí había cauterizado la gangrena que infectaba su relación, Carmela le había propuesto cómo arreglar el desaguisado de la rueda de reconocimiento. «Es una fiesta familiar, así que será fácil que los hijos del patriarca asistan. Al fin y al

cabo, son sobrinos del predicador y tíos de la niña. Y por muy predicador que sea, en la fiesta habrá alcohol y comida gratis. ¿Qué gitano puede resistirse a eso?».

—¿Y si no acuden? —preguntó entonces, no muy convencida.

Pero Carmela había decidido tomar los mandos de la nave sin admitir un no por respuesta.

—Entonces, plan C. Seguiremos con tu idea de lograr un encuentro con el patriarca. Si hasta ahora se ha negado a verte, quizás interpretando tu papel de viuda y madre puedas conmovier al hermano. Es religioso, ¿no? Evangelista o como se diga. El que dirige el culto. La misa de ellos. Quién sabe, igual este, de tanto predicar el amor fraterno sí tiene corazón. Podrá convencer al patriarca para recibirte y, luego, tú a él para que entregue a sus hijos a la Justicia. Después nevará en Marte, los burros volarán, la marihuana se expenderá en farmacia y todos bailaremos en pelotas cogidos de la manita alrededor de la fuente del pueblo.

Desde donde estaban, más allá de la fachada se veía la pared de plástico de una carpa ubicada en la cara sur del jardín. Sin duda, la fiesta se celebraba allí. Por esa esquina no dejaban de asomarse hombres y mujeres para mirarlas.

Con cada persona nueva que se asomaba a observarlas, Mercedes no podía reprimir un escalofrío. «Estudia sus rostros», le recordó Carmela, «es fácil que ellos estén allí». Pero le estaba ocurriendo lo que había vaticinado ante la fiscal. Todas aquellas caras oscuras, esos hombres que miraban con fría hostilidad desde la distancia, le parecían el mismo gitano.

—Dios, ¿dónde está el meteorito cuando más falta hace? —refunfuñó la policía, que devolvía el escrutinio con idéntica hostilidad.

Mercedes habría dado un riñón por tener el cuajo de su cuñada. Apretó los dientes y repitió para sí las consignas recibidas: plan A. Dar con ellos. Identificarlos. Cuando, en el coche, de camino a la fiesta, volvió a confesar a Carmela la inquietud de no saber quiénes eran, su cuñada se negó a aceptarlo. Era imposible que no los reconociera. ¿Cómo iba nadie a borrar el rostro de su agresor, del asesino de su esposo e hijo? Entonces, al ver a Mercedes a punto del llanto, Carmela, pragmática, le habló del plan B: si la memoria de verdad fallaba, siempre quedaba el recurso de ser el anzuelo. Así que ya no era tan importante que lograra identificar a nadie, sino darse cuenta de si alguno de los gitanos reaccionaba de algún modo llamativo al verla. Ellos sí sabían quién era ella. Seguro que no la habían

olvidado. Y, al encontrarla allí, en su territorio, reaccionarían. De algún modo, actuarían. Tras haber estado tantos días telefoneando para intimidarla, ¿cómo iban a resistir el deseo de atemorizarla en persona?

Así que el plan de Carmela se resumía en dos sencillos puntos. O fiarlo a la memoria de dos visiones fugaces: la de la gasolinera y la del ataque, con los faros deslumbrándolas, los gritos, los insultos, y el fundido en negro del final; o ser el cebo.

Un buen plan, si no fuera por el incontrolable miedo que estaba sintiendo.

Ella, que durante semanas había fantaseado con la muerte, que había imaginado mil modos de quitarse la vida, estaba transpirando y sudando de puro pánico. En cualquier instante podría echar a correr por el terror a verse de nuevo frente a sus agresores. De repente, el deseo de justicia, o de venganza, si supiese ella ejecutarla, era mucho menor que el instinto de supervivencia controlado por su cerebro reptiliano que la instaba a huir de allí antes de que fuera demasiado tarde.

Carlos reapareció por la misma puerta por la que se había marchado, y lo hizo acompañado por un hombre y una mujer gitanos. El fotógrafo, sin dejar de parlotear con la gitana, una mujer mayor que no parecía sentirse muy cómoda dentro de aquel florido vestido de fiesta, les sonrió con cierta expresión de inquietud en la mirada. Al llegar junto a ellas, fue el primero en hablar:

—Oye, que me di cuenta de que no os había preguntado quiénes erais. —Y, volviéndose hacia el hombre, volvió a repetir lo que ya le había dicho en la casa—. Coincidimos afuera, así que pensé que eran invitadas al cumpleaños pero que no se apañaban con el telefonillo. Pero tendría que haberme dado cuenta de lo raro de ver a dos payas..., bueno, no porque no puedan venir payos a una fiesta gitana, a ver si me explico. Y más a casa de usted, don Zacarías. No sé, yo venía apurado, llegaba tarde y ellas me echaron una mano con el equipo.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? —preguntó el gitano con tono severo.

Era un hombre mayor, con un sombrero marrón claro de ala corta a juego con el traje de tres piezas con una vistosa leontina de oro cuyo tesoro final desaparecía en uno de los bolsillos del chaleco. A juzgar por la forma, un reloj, pensó tontamente Mercedes, quien había dado un pequeño paso atrás cediendo todo el protagonismo a su cuñada.

—Venimos a ver a Zacarías Marcos. Al predicador. Es usted, ¿verdad?

—Pastor evangélico.

—¡Ay, el Carlitos que trae guripas a casa! —se lamentó la mujer, apretando las manos.

—¿Policías? —se alarmó el fotógrafo—. ¿Sois policías? No dijisteis nada de ser policías. Yo no sabía nada de que eran policías —quiso aclarar al predicador, con cara de susto.

—Tú solo piensas en cobrar sin trabajar. Vienes pensando en los euros, venga los euros, cobro por delante, como si yo no sus fuesi a pagar. Y traes a la Policía a casa, con lo que sabes tú que nos han hecho, con mi Josué en el trullo. Delante de su madre le pusieron las pulseras a mi Josué —protestó la gitana.

El predicador levantó ligeramente la mano y extendió el índice, haciendo callar a su esposa.

—¿Policía?

—Policía.

Pero Carmela había respondido sin convicción. Sabía que pisaba terreno pantanoso.

—Pero no vienen por el cumpleaños de mi Rosaura.

Carmela empujó con el pie el paquete de regalo que habían dejado posado en el suelo.

—¿Un regalo?

—De la comisaría. Siempre tienen muy presente a toda su familia, me han dicho.

—Ya. Entiendo.

A Mercedes no le gustó el cariz que estaba tomando la conversación ni la postura retadora de su cuñada, así que, tragando saliva, quiso intervenir.

—No, perdone, no nos hemos explicado. En realidad, nosotras...

Pero el hombre la interrumpió airado:

—Pues si no están invitadas a la fiesta, y no traen papeles de un juez, largo. Ya han entregado el regalo. Están en una propiedad privada y no son bienvenidas.

Y se giró, dando por zanjado el problema.

—Reverendo..., pastor, por favor. Don Zacarías, por Dios se lo pido, necesito su ayuda.

—Ya sus dijo que largo. Fuera, mala sangre os trajo. Venir a molestar a cristianos...

El dedo de su marido volvió a elevarse y la mujer calló al instante, humillando la cabeza a la espera de nuevas órdenes.

—Mujer, no te conozco. Ni te he visto en el culto.

Zacarías Marcos tenía muchos años de experiencia en el púlpito y también al frente de su familia, por lo que sabía bien cómo manejar los tiempos. Su primer impulso no había sido echarlas. Si esas dos desconocidas habían entrado en su propiedad sin permiso con la colaboración de la comisaría, debían de tener poderosas razones, y esto le inquietaba. Para una comunidad tan frágil como la gitana, inspirar temor al mundo payo era el primer punto de autodefensa. La mujer que suplicaba estaba aterrada, no le cabía duda alguna: solo había que ver cómo temblaba. No así la otra, la policía. El odio con el que lo miraba lo había visto infinidad de veces en otros miembros de las fuerzas del orden público. Daba igual la ropa que él vistiese, la educación con la que les hablase, el respeto a las leyes que demostrase cada día con sus actos o lo que predicase desde el púlpito, para ellos se trataba de un gitano y eso les bastaba para dejarlo al otro lado de la línea que ellos mismos trazaban.

—Pero si necesita ayuda espiritual, mañana puede ir al templo. —Y, abriendo los brazos, añadió, con tono de disculpa—: Esta es mi humilde morada y hoy es un día grande. Mi nieta cumple nueve años y, como ve, tenemos muchos invitados. Hoy no la puedo ayudar.

—Soy Mercedes. Mercedes Espinera.

—Su nombre no me dice nada.

—¡Puede preguntar a su hermano, a Jacinto. Él le dirá quién es ella! —exclamó Carmela, casi escupiendo cada palabra.

Zacarías parpadeó rápidamente al escuchar el nombre de Jacinto y miró alrededor, dando la impresión de que temiese que este hubiese sido convocado y mágicamente surgiese de la nada, pero en realidad estaba midiendo cuántas personas estaban escuchando lo que allí se hablaba. Las mujeres del castillo hinchable, desentendidas de los niños, se habían aproximado unos metros y ahora cuchicheaban. También, desde la esquina de la casa donde se veía el final de la carpa alquilada para la fiesta, varios hombres especulaban acerca de las payas y habían enviado a varios niños a fisgar.

—¡Será bruja la paya, mala muerte lleve! ¡Atreverse a levantar la voz a un pastor! ¡Ya sus estáis largando antes de que suelte a los perros, golfas, guarras!

—¿Pastor, dice? Venga ya.

—No, no, perdone a mi cuñada. Ella no pretendía ofender —se adelantó Mercedes, tratando de frenar la escalada verbal entre la esposa del predicador y Carmela.

—¡Callarsus todas! ¡Remedios! —Pero aquí se dio cuenta de su error y repitió ya en tono mucho más amable y comedido—: Remedios, por favor. Llévate al *cameraman* y que haga las fotos de la niña. Que salga guapa. No, no, basta —añadió, levantando una vez más el dedo. Estaba claro que ese dedo era una batuta muy poderosa—. Necesito que te ocupes de los invitados. Voy a hablar con estas mujeres y ya se van. Y tú, saca bien a la niña, pero no pidas dinero. Ya cobrarás cuando esté el trabajo hecho.

Carlos no se atrevió a objetar nada. Se apresuró a hacerse con todas sus bolsas y a despedirse susurrando un «encantado» que solo él oyó.

—Vengan conmigo. Hablemos en un lugar más tranquilo.

* * *

En lugar de dirigirse a la zona del jardín donde estaba instalada la carpa de la fiesta, Zacarías las guio por el lateral contrario de la vivienda a través de una diminuta acera, esquivando bicicletas tiradas, patines e incordiando a un par de gatas que dormitaban alejadas del bullicio. Al doblar la primera esquina, protegidas por la casa, se libraron de la tortura musical: el que pinchaba había decidido que era la hora del perreo y había puesto a bailar a toda la parentela a ritmo reguetonero.

El pastor caminaba despacio, vigilando por el rabillo del ojo la dificultosa deambulaci3n de Mercedes con las muletas. En un momento dado, se detuvo y le dijo:

—Hace dos a~os tambi3n yo me movía con dos palos. Algo de la sangre en la cabeza. Pero con oraci3n y ejercicio, ya ve. —Y flexion3 y estir3 dos veces la pierna izquierda—. As3 que sé c3mo se siente.

—¿Tambi3n le mataron a un hijo y a su pareja?

A Zacarías se le ensombreció el gesto.

—Disculpe. ¡Ah, ya llegamos! Mi pequeño retiro. Somos mucha familia. Los niños, tesoros divinos, juegan y gritan. Es lo que tienen que hacer. Y las mujeres no paran de disputar y cotillear. Desde lo de la sangre, los ruidos me hacen mal. As3 que me refugio aqu3 con la Sagrada Biblia. Aqu3 preparo los sermones, y rezo, y si me canso, echo una cabezadita sin

que nadie me moleste —rio, mientras abría la portezuela de una enorme caravana de feriante con un payaso sonriente de tremenda nariz roja que aplaudía feliz descoloriéndose en la chapa—. Siéntense, por favor. ¿Un refresco? Aquí no tengo bebidas alcohólicas. Si quieren una cerveza, mando que se la traigan de la casa —ofreció, señalando el teléfono góndola enganchado en la pared.

—No será necesario.

El interior estaba preparado como una diminuta vivienda, con nevera, fregadero e incluso microondas. Del techo pendía un televisor orientado a un sillón orejero donde se sentó el pastor. A ellas les dejó los asientos que flanqueaban la mesa de comedor. Mercedes se dejó caer sobre el más cercano exhalando un suspiro de alivio.

—Entonces, ¿en qué puedo servirla, primero Dios?

—Ya se ha dado cuenta de quién soy.

Zacarías asintió. Había cruzado una pierna sobre la otra, dejándose caer cómodamente sobre el respaldo, con las yemas de los dedos de las manos enfrentadas y los dos índices apoyados ligeramente sobre los labios en actitud de máxima concentración y escucha.

—Vengo a pedirle que me ayude a conseguir justicia.

—La única justicia verdadera viene de Dios. El Día del Juicio, no quedará falta sin purgar ni pecado sin castigar.

—No quiero ofenderle en sus creencias, pero yo hablo de justicia aquí, terrena.

—Ah, esa justicia. Pero dígame, mujer, ¿justicia paya o justicia gitana?

—Si de mí dependiera, hace tiempo que yo habría aplicado la ley gitana. Sangre paga sangre, ¿no? O, como dice en su Biblia, ojo por ojo y diente por diente. Pero aquí mi cuñada todavía cree en las bondades del sistema, así que solo pide que los verdaderos culpables del asesinato de mi hermano y de mi sobrino entren en la cárcel y ocupen el puesto de su hermano Jacinto.

Zacarías Marcos sonrió, complacido.

—Sangre paga sangre, sí. Veo que sabe de qué hablamos. Por eso está el patriarca Jacinto entre rejas. Él no confió en la justicia del Todopoderoso. Eligió la suya propia y ahora usted habla de nueva sangre.

Mercedes posó la mano sobre el antebrazo de Lita, reclamando la palabra.

—Yo no quiero sangre, pastor. Pero sí que los que me arrebataron a los míos paguen por ello y no asuma su culpa un inocente.

El gitano puso cara de sorpresa. Luego, rompió a reír estruendosamente:

—¡Inocente!... ¡Inocente, Jacinto!... ¡Ah, si él la oyera! ¡Inocente, dice!

Asombradas, las dos mujeres aguardaron a que se le pasara el ataque de risa que le había obligado a rebuscar en los bolsillos internos de la chaqueta un pañuelo con el que enjugar las lágrimas.

—Disculpen. No, no quería ofenderla con mi risa..., pero ¡inocente, mi hermano Jacinto! —Y parecía que iba a reírse de nuevo. Sin embargo, en apenas una fracción de segundo todo cambió. Sus ojos relampaguearon y la sonrisa tornó a una mueca feroz—. No se equivoque, mujer. Jacinto es un hombre malo. Malvado. Él ha elegido caminar por la senda del mal. Su alma está condenada.

—Yo..., yo solo quiero que paguen los verdaderos culpables. Que encarcelen a sus hijos para que no puedan volver a hacer a nadie lo que nos hicieron a nosotros —se aventuró a decir Mercedes.

—Lamento decirle que no la puedo ayudar en eso. Jacinto no me escuchará. Pero sí puedo rezar para que usted encuentre la paz y por el eterno descanso del alma de los suyos.

Mercedes agitó la cabeza, negando. Nerviosa, se apoyó en la mesa para levantarse. Al verla, el pastor también se levantó, pero no se acercó a ella.

—No, no es eso a lo que vinimos, lo que vine a pedirle. No quiero que hable usted con su hermano para convencerle de que entregue a sus hijos. Pero sí para que me reciba a mí. Es lo único que deseo. Verme con él cara a cara. Que sepa del daño que me han hecho. Que sepa de mi pérdida, del dolor que han provocado. Y que entienda que también yo tengo derecho a la justicia. Si él se ha entregado para proteger a sus hijos, quizá pueda tocar su corazón al ver el mal que han hecho.

Zacarías la escuchó atentamente y, cuando Mercedes terminó, visiblemente agotada por la tensión y el discurso mil veces recitado en su cabeza, volvió a sentarse, invitando con un gesto a que también ella volviera a tomar asiento. La entrevista no había concluido.

El pastor apoyó los codos sobre las rodillas, hundiendo la cara en la cuenca de las manos en postura de profundo recogimiento. Hasta Carmela dejó de tablear sobre la mesa de formica para no disturbarlo.

Apenas transcurrió un minuto que a ellas les pareció infinito cuando el hombre lanzó un hondo suspiro, levantó la cabeza y, mirándolas con compasión al tiempo que cabeceaba, consintió:

—Haré lo que desee. Mediaré con Jacinto para que acepte el encuentro. Pero no albergue ninguna esperanza. Él sabe del daño que le han hecho. Hace tiempo que conoce que se equivocaron. No eran ustedes el objetivo del ataque. Usted, su hombre y su niño tuvieron mala suerte. Pero él no va a entregar a sus hijos. Por uno de ellos comenzó todo, y él no permitirá que los otros dos paguen por un error cometido mientras buscaban pagar con sangre la sangre derramada. Además..., además, mi hermano tiene poco que perder. Hace un año le diagnosticaron un cáncer terminal. El mal con el que siempre se gobernó le está comiendo por dentro. No los entregará. Morirá en la cárcel.

Mercedes trató de asimilar toda la información. Luego miró a Lita, que se encogió de hombros en un gesto de contenida resignación, y entendió que poco más podían hacer allí. Levantándose, tomó sus muletas dispuesta a marcharse. Pero, ya de pie, recordó algo:

—Al menos le podré pedir que cesen en su acoso.

—¿Qué acoso?

—¿De eso no está al tanto? Las llamadas de teléfono con amenazas de muerte. A cualquier hora. No han parado de torturarme.

El gitano asintió con expresión grave.

—Tranquila, hablaré con mis sobrinos. No soy su patriarca, pero sí su padrino. Me escucharán.

Merche se puso automáticamente alerta.

—¿Son sus ahijados? Entonces, ¿están aquí? ¿Sus sobrinos? ¿Los invitó al cumpleaños?

Esta vez la mirada del pastor ya no fue tan amable, seguramente porque lo que leyó en la expresión de Mercedes no fue temor sino algo parecido a la esperanza. La esperanza del cazador.

—No los invitamos. Pero no hace falta. Si quieren venir, serán bien recibidos. Somos familia. Son mi familia.

Hospital

Sueña. Sabe que sueña cuando comprende que es absurdo pensar en correr sin piernas. ¿Cómo no va a tener piernas? Pero quería correr y una voz en su cabeza le dice que sin piernas no podría, que pruebe a reptar. Reptar como una culebra.

Hay voces que dialogan, pero no con ella. Hablan sobre comida. Una cena, aunque no se ponen de acuerdo acerca del menú. La voz más grave quiere lubina, y la voz femenina replica argumentando acerca del precio y de las piscifactorías. Ella está de acuerdo con esta última opinión: lo que cobran en algunos restaurantes por una ración de lubina de cultivo no está justificado y quiere aportar su granito de arena sugiriendo un menú con salmón. Así lo expresa, el salmón es más económico, gusta a todo el mundo. Y elige a todo el mundo sabiendo que es mentira. A Lucas no le gusta el salmón, pero no quiere hablar de Lucas. Quiere explicar por qué no desea hablar de su marido, pero ellos siguen con su cháchara sin prestarle atención. Ahora comentan algo acerca de los turnos y de la supervisora que no comprende, y percibe que las voces comienzan a alejarse mientras ella busca alternativas que le gusten más a Lucas porque tampoco a ella le apetece salmón.

Algo húmedo, templado. En los párpados. Sigue luego sobre los labios. Trata de abrir los ojos y se encuentra con un túnel de luz chispeante que le hace parpadear y decide seguir con los ojos cerrados, pero las chispas de luz, ahora multicolor, continúan agitándose frenéticamente como polillas encerradas en una tulipa.

—Bienvenida, bella durmiente.

Escucha las palabras. Sabe que le hablan a ella, pero al intentar mover la boca para responder siente un dolor lacerante que la fulmina.

—No, no trates de hablar, Mercedes. Todavía no puedes.

La voz es amable, calmada, pero no le explica por qué no le permiten hablar y, al tratar de preguntar, una nueva descarga le atraviesa el cráneo.

—Aumenta el sedante. Tranquila, Mercedes. Sé que te duele. No te muevas, respira. Verás qué rápido se irá el dolor.

«¿Me puede decir su nombre?... ¿Y los apellidos?... Tranquila, no se precipite, la entiendo correctamente... ¿Sabe dónde estamos?... Eso es, en un hospital... ¿Recuerda por qué está aquí?... Sí, tiene dolor... La boca, eso es. La mandíbula está rota, pero está consolidando muy bien... ¿Recuerda cómo se rompió la mandíbula?... ¿No?, ¿no recuerda nada?... ¿Cómo, repita, por favor?... Ah, dolor. Sí, no se preocupe. Le incrementaremos la pauta analgésica».

Está ingresada, con la boca rota, también la cabeza, tubos que la alimentan y un pañal. No sabe desde cuándo está en esa cama ni recuerda qué provocó esta situación, pero su mente ha entrado en bucle con el pañal.

Percibe con desagrado la presión en la barriga, le da calor, y el sexo le escuece terriblemente. También nota un persistente prurito en el ano, por lo que trata de rascarse con la mano libre de vías, pero el plástico no le permite rascarse. Lleva pañal. Le han puesto un pañal y le parece inaceptable. No le han preguntado. No es una niña. Un minuto después se lo ha arrancado. Media hora más tarde, aseada, con un nuevo pañal y las manos sujetas a las barras de la cama, sueña que corre, que corre tan rápido que sus pies se despegan del suelo y es feliz.

—¿Dónde está Lucas? ¿Y Rodrigo, dónde está mi niño?

Se lo ha preguntado a la enfermera de noche cuando le tomó la temperatura. A las dos auxiliares que la asearon esa mañana y, ahora, a la fisioterapeuta que moviliza la pierna tonta. Así dice la sonriente joven, tonta, pierna tonta, mientras se afana con ejercicios y le habla de naderías, con el mismo tono con el que se dirigiría a un abuelo de noventa años o a un niño de dos. Pero ella vuelve a preguntar y la chica suspira «No se preocupe por eso, Mercedes. Lo importante es la rehabilitación de esta pierna tonta».

—Han muerto. Los dos han muerto. Rodrigo..., mi hermano..., los mataron..., los asesinaron. Y a ti..., y a ti te creyeron también muerta. Estás viva de milagro.

Cada vez que regresa de un sueño inquieto, la primera mirada consciente se dirige a la butaca del acompañante. Pocas veces está vacía. Casi siempre encuentra allí sentada a Carmela. Esta se incorpora y se acerca. Le coge la mano y se la oprime con suavidad al tiempo que le pregunta cómo se encuentra. Es el único gesto de cariño que se permite. Incluso parece que los ojos están en sintonía con la caricia. Pero siempre es algo breve, fugaz. Luego le suelta la mano y pregunta si necesita algo, agua, una revista, e intentará informarla acerca de lo que los médicos le van contando. Pero en ese punto su mirada ya se habrá opacado porque no soporta verla llorar, y es que Mercedes, en cuanto la ve, recuerda que Rodrigo y Lucas están muertos, y en pocos segundos las lágrimas dan paso a lamentos, a una suerte de salmodia entrecortada por el llanto. Pero, en ocasiones, la acomete un ataque de pura desesperación que se traduce en gritos desgarrados, y entonces tratará de arrancarse las vías; y pugnará por incorporarse suplicando, exigiendo, implorando ver a su hijo. Con el ataque, alguien entrará y pinchará en la bolsa un calmante y Carmela abandonará la habitación sin despedirse.

Le han explicado que tiene amnesia postraumática. Y a Carmela le han pedido que no le cuente más de lo que Mercedes demande. Por eso solo le ha revelado la muerte de Lucas y de Rodrigo, pero no la causa, y esto a Carmela la enerva más si cabe porque está deseando saber de primera mano qué fue lo que ocurrió. Cuando no hay nadie, baja la voz y pregunta «¿Recuerdas algo?». Pero Mercedes casi nunca responde. Y, si responde, es meneando la cabeza rasurada para luego concentrarse en el cambiante cielo que se ve a través del enorme ventanal. El neurólogo tampoco ha autorizado a que la Policía Judicial tome ninguna declaración.

Cuando Carmela se va, Mercedes sí hace un esfuerzo por recordar. Ha pedido que le traigan una fotografía familiar y su cuñada le ha llevado el álbum de fotografías de hace dos veranos, cuando el matrimonio aún sonreía al objetivo contemplando el porvenir con esperanza, y Rodrigo abría la boca desmesuradamente para exhibir los huecos de las piezas que faltaban, aquellos tesoritos blancos que ella esconde en el fondo de la cómoda. Sin Carmela vigilando sus gestos, toma el álbum y pasa las hojas una y otra vez, una y otra vez, sin descanso. Curiosamente, concentrada en estimular la memoria, mientras mira las fotos el espanto de la pérdida no la

invade e incluso, en ocasiones, también llega a sonreír emulando a los dos jóvenes que lo hacen desde el pasado.

* * *

—Fueron dos atacantes. Puede que tres. —En cuanto preguntó qué había ocurrido, fue como si hubiese descorchado una botella de champán agitada durante días—. La Guardia Civil logró una identificación de la furgoneta en la que viajaban en tiempo récord gracias a varias cámaras, a la huella de neumáticos y a un testigo que, al ver las llamas, se acercó y tomó nota de la matrícula del vehículo en el que huían. Uno de ellos, el cabecilla, un gitano de mierda, un patriarca, como lo llaman ellos, ya ha declarado y se ha autoinculpado. Dice que lo hizo solo, pero se han encontrado huellas de más personas y el testigo asegura que en la furgoneta al menos iban dos individuos. Está claro que miente. Miente, el cabrón. Todos esos gitanos no hacen más que mentir. Y así es imposible saber por qué lo hicieron. No, no, no empieces otra vez. Otra vez a llorar no, joder... ¡Mierda, para ya de llorar de una puta vez!

—Me han preguntado si tú o mi hermano habíais hecho algún tipo de trato con gitanos. El puto patriarca es el jefe de un clan que tiene múltiples causas abiertas por menudeo con coca y hachís, aunque lo suyo es el cobre. Han dejado sin alumbrado público carreteras en media región. Cuando los compañeros le preguntaron por qué lo hizo, el muy cabrón dice que vosotros sois los responsables, que el que la hace la paga. ¿Sabes a qué se refiere? Los médicos afirman que en tus análisis no hay rastros de ningún tipo de droga y yo sé que mi hermano no consume..., no consumía..., ¡joder, ya estamos de nuevo! ¡Para!

—Dice el neurólogo que si no colaboras en la rehabilitación, no vas a volver a caminar, y te lo voy a dejar claro, Merche, no seré yo la que cargue contigo. Por mi madre muerta que te meto en una residencia y me olvido de ti para siempre si de una puta vez no empiezas a comer y a colaborar un poco, joder, que me tienes hasta el coño de tanto llorar.

—No te bastaba con tirarte a otro, claro. Pero como eres tan buena, la niña del colegio de pago, tan santurrona, no soportabas que él no lo supiera. No soportabas vivir con un secreto. Luego, sin ovarios para

abandonarlo, lo empujaste a buscar soluciones. Mi pobre imbécil, siempre tan ingenuo. Se echaba la culpa de que se la hubieses pegado con..., ¿quién era?..., ¿tu profesor de pilates? ¿En serio? Venga ya, hombre. Hasta en eso fuiste cobarde. Espera que me acuerde, ¿cómo decía Lucas? Que te sedujo. Te sedujo, como en los culebrones turcos. La muy virginal y pura Mercedes seducida por el sátiro y buenorro del profesor de pilates. ¿Cómo resistirse, eh? Que si las hormonas del embarazo, que si la depresión postparto, que si la soledad de la madre primeriza. Qué idiota, mi Lucas. Qué estúpido idiota.

—¡Me cago en sus muertos! ¡La barriada entera volaba yo por los aires, con todo el clan dentro! ¡Putas ratas! Sí, no me mires así. Estoy pedo, ¿qué quieres que haga? Bebo para no matar a alguien. Me paso todo el día entre el hospital y el juzgado, y esa mierda no hace más que repetir que los payos saben por qué lo hicieron. Mis compañeros han querido registrar incluso mi casa para saber si estábamos los tres metidos en movidas. ¡Joder, los reventaba a todos! ¡¡Si de una puta vez recordaras algo, Merche, podrías ayudar, coño, que no haces más que llorar!!!

—¿Reconoces a este tipo? ¿Lo reconoces? ¡Basta, Mercedes, deja de joderme y mira la puta foto! ¿Sabes quién es? ¿Lo recuerdas? No puedes seguir así. ¡Tienes que colaborar! Si queremos que se haga justicia para Rodrigo, para Lucas, hace falta que te esfuerces. ¡Coño, Mercedes, para de una vez! ¿Cómo eres tan egoísta? ¿Crees que eres la única que está sufriendo? ¡Pero yo hago algo! Trato, trato de hacerlo. Y no pienso parar hasta que encuentre a los culpables, así que ¡¡mira de una puta vez la foto y dime si este es el hijo de la gran puta que os atacó!!!

* * *

Ha hecho progresos. Eso dice el neurólogo, «progresos». Y los cuatro satélites con bata que le acompañan asienten compitiendo a ver cuál muestra más conmiseración con la mirada. A ella le cuesta abrir los ojos, mantener la atención más de unos segundos. La nueva medicación que le ha dado el psiquiatra la mantiene atontada, más adormecida que con los primeros sedantes. Los calmantes se los han rebajado porque la boca apenas le duele y ya puede masticar con bastante normalidad alimentos cocinados, aunque con el pan todavía no se atreve; pero la pierna, la

columna y la cabeza son otro cantar. Hay momentos en los que le apetece golpear el cráneo contra la pared para expulsar al duende que martillea desde dentro. Le apetece, pero no lo hace porque el día en que la encontraron tocando el tam-tam con la barra de protección y toda la sábana salpicada en sangre fue cuando el psiquiatra tomó cartas en el asunto. Así que ya solo le apetece pero se contiene y, además, ya apenas llora. Pero duerme, duerme mucho. Es lo que acaba de ocurrir mientras contempla los ojos emocionados de los jóvenes residentes y su memoria la lleva a un capítulo de Candy, Candy de su infancia.

Carmela ha estado tres días sin aparecer. Es curioso que la haya echado de menos, piensa Mercedes cuando la ve entrar por la puerta. A Mercedes la han sentado en la butaca que habitualmente utiliza su cuñada en las visitas, así que Carmela duda qué hacer. La cama está arreglada y no hay más sillas en la habitación. Es una habitación individual, «Eres una privilegiada», había bromeado una auxiliar en una ocasión, y la silla del acompañante la han puesto en el pasillo para el policía de turno que el juzgado ha asignado para su protección. Hasta el final de la causa, le explicó Carmela. Creen que es una testigo clave.

—Puedes sentarte en la cama —propone Mercedes ante la indecisión de la otra. Carmela se asombra. Es la primera frase normal que le dirige en las cuatro semanas que lleva ingresada.

—Te veo mejor —responde al tiempo que se sienta en la esquina más lejana del colchón, una pierna cruzada sobre la otra y el tronco girado hacia ella en una postura que apenas será capaz de mantener más de dos minutos sin volver a levantarse.

La sonrisa espontánea que Mercedes le había dedicado sin ser consciente de que lo hacía desaparece al procesar qué significa «mejor» y toda su atención vuelve al tránsito de una de las rotondas que daban acceso al hospital, visible desde el ventanal.

—¿No te encuentras mejor? —pregunta Carmela con brusquedad, algo mosqueada por el gesto de Mercedes, que no sabe interpretar si obedece al desapego, al hastío o simplemente es por puro asco.

Mercedes se encoge de hombros sin mirarla. Carmela resopla y aprovecha para incorporarse antes de que la espalda comience a doler por la errónea postura, pero este movimiento alarma a Mercedes, que de pronto teme volver a quedarse sola.

—Estoy harta.

Carmela abre la boca para contestar algo, pero es pura reacción porque en realidad, ante ese «harta», ese adjetivo que lo englobaba todo, poco podría matizar. Así que vuelve a resoplar.

—Quiero irme a casa, Carmela. A mi casa. Ya no quiero estar aquí. No lo soporto. No lo soporto ni un minuto más. No hace más que entrar gente que no conozco y me hablan como si fuese alguien importante para ellos. Me sonríen, o me dan consejos, bromean, me ofrecen cosas, de comer, la tele, revistas. Entran a cualquier hora levantando la voz como si estuviese sorda, o como si fuese una niña pequeña. Me tocan, me despiertan, me exploran, y no puedo más. No, no puedo más. Quiero irme a casa. Díselo. Por favor, por favor, díselo.

—La fiscal me ha revelado que no creen la versión del gitano.

Mercedes estaba en uno de los buenos días y su cuñada quiso aprovechar para volver a hablarle del caso. Hasta entonces, cualquier intento había resultado infructuoso porque su cuñada reaccionaba a cualquier pregunta acerca de lo ocurrido dejándose arrollar por el dolor.

—Por fin han retirado sus sospechas sobre vosotros... y sobre mí. No, no me mires con sorpresa, ya te lo había explicado. Este fulano es patriarca de un clan criminal. Menudeo, cobre, peleas de perros..., cosas de gitanos.

Escucha las palabras con desgana. La nueva medicación para el dolor está funcionando bien, aunque le hace percibir la realidad con sordina. Pero en el tono de Lita siente una emoción nueva, más fuerza. Se atrevería a decir que incluso alegría.

—En realidad, los compañeros de la Judicial estaban un poco sorprendidos por el grado de violencia con el que os atacaron. Hasta ahora no constaban delitos de sangre fuera de un par de peleas entre clanes que se saldaron sin muertos. Por eso os investigaron, para saber si tú o mi hermano, o incluso yo, nos habíamos metido en negocios turbios con ellos. Pero está claro que nuestras vidas son muy aburridas. Consuelo es una mujer..., la fiscal, Consuelo, se llama así. Bueno, ella es una tipa muy obstinada y se puso a escarbar en todas las causas que tuvieran que ver con cualquier persona que perteneciese al clan. No te quiero contar el trabajo que esto supone. ¿Y sabes qué ha descubierto? No te lo vas a creer.

Los dos segundos de pausa escénica no obtuvieron el resultado esperado. La mujer que la contemplaba desde la butaca bien podría estar asistiendo al recitado del BOE de la semana, o de diez años antes. Su rostro era una máscara inexpresiva en la que sobresalía la violencia de la cicatriz de la cara. Por fortuna, el cabello ya había crecido y tapaba la otra cicatriz, la del cráneo reventado por el culatazo. Además, esa semana había consentido al fin que la visitara la peluquera del hospital, una vez aceptado que todavía le quedaban unos cuantos días de estar ingresada, y la peluquera había hecho un buen trabajo con el teñido y el corte de pelo.

—Yo no me lo podía creer. Aunque luego me acordé de aquellas marcas en la autocaravana, las que os dijeron que habían sido provocadas por un disparo fortuito mientras circulaban por una carretera en un coto de caza. Y, bueno, de repente, todo cobró sentido.

Es en la noche, a partir del cambio de turno, cuando Mercedes percibe el mundo con más claridad. Sabe que las pastillas que toma para dormir están prontas a empujarla en brazos del dios de las pesadillas y su cerebro se las ingenia para mantenerse activo el mayor tiempo posible, temeroso de lo que vaya a encontrar más allá de la consciencia. La última enfermera ha pasado ya para asegurarse de que no necesita nada y no regresará hasta las siete de la mañana, cuando vuelva para tomarle la temperatura. Con las dos muletas ya se desenvuelve bien para ir al cuarto de baño, y los ataques de ansiedad que la hacían enloquecer son cosa del pasado. Ahora, cuando la acomete la desesperación, le sirve morder la almohada, o una toalla, o su propio antebrazo lleno de marcas con tal de no reventarse las muelas.

Esta noche tiene mucho en qué pensar. El juez instructor la ha visitado para tomarle declaración. El hombre le ha causado una sensación ambivalente, con ese distanciamiento del funcionario a la hora de enfrentar los hechos y la manía cercana al tic de asentir a cada frase de ella como si se tratase de un profesor tomándole la lección y ella fuera una alumna aplicada respondiendo correctamente al examen. El otro hombre, en cambio, no le gustó nada. Lo presentaron como letrado de la Administración de Justicia y fue quien se quedó con la silla que recuperaron del pasillo. El juez había declinado sentarse. El letrado, repeinado con la raya al medio y una línea de caspa paralela a la raya, y un bigotito que recordaba épocas pretéritas, se mantuvo atrás, agazapado, registrando cada una de sus palabras con la atención de un buitre ante un

cuerpo agonizante. Cuando terminó la entrevista, fue el primero en salir del cuarto con la premura de quien ha visitado a un apestado. Se fue sin siquiera despedirse. El juez, en cambio, le dedicó un «mejórese» con una especie de sonrisa contenida.

En realidad, no consideró haber sido de mucha ayuda. Repitió ante ellos lo que ya le había dicho a Carmela y también a un policía que la acompañó en una ocasión en lo que el otro denominó «encuentro informal para recabar algo de información que nos ayude con la investigación». Sus recuerdos acerca de lo ocurrido eran una nebulosa en la que se amalgamaban imágenes que parecían reales con otras que provenían de sus propios sueños y pesadillas. ¿Cómo distinguirlas?

Pero a lo que está dando vueltas en su cabeza es a la respuesta del juez a la única pregunta que ella le hizo:

—Dice mi cuñada que el hombre detenido declaró que se habían equivocado al atacarnos a nosotros. ¿Es así? ¿Nos atacaron por error?

El juez asintió una vez más, circunspecto, y respondió espaciando las palabras que sabía que iban a ser registradas, asegurándose bien de no cometer ninguna ilegalidad respecto a la información que iba a hacer pública.

—El encausado declaró que había identificado el vehículo en el que ustedes viajaban. Creyó que eran ustedes el objetivo de lo que él ha denominado «venganza».

—Eran dos personas. Por lo menos, dos personas.

—¿Recuerda haber visto a dos personas?

Pero no, no puede asegurarlo. Es lo que Carmela le ha dicho. Tenían que ser al menos dos. Dos, gracias a la declaración del conductor que se cruzó con ellos y que avisó a Emergencias cuando descubrió la autocaravana ardiendo. Dos, por las huellas que la Policía ha logrado identificar en la escena del crimen, pero esto no podía decirlo porque habría comprometido a su cuñada. Dos eran los que la habían atemorizado en la gasolinera y Lucas los había reconocido diciendo «Son ellos». Dos porque Carmela maldice perorando acerca de que los gitanos son como los chacales, que nunca atacan solos. Pero no, ella no puede asegurar que hubiesen sido dos.

Salvo al llegar esas horas de extraña lucidez en la noche, antes de que las drogas la envuelvan en el manto de Morfeo. Aquí sí cree ver a los dos hombres que son sombras al contraste de las luces de la furgoneta. Y en su

cabeza resuenan los insultos que les dedican y distingue dos, al menos dos, tonos de voz diferentes. Luego todo se complica, porque también escucha a Lucas que le pide que tenga cuidado, y a Rodrigo que llora, y ella misma, como si fuera otra, persuadiendo a Lucas porque sabe qué es lo que conviene hacer. Es lo que recuerda, que ella sabe qué es lo que había que hacer para salir de aquella situación. Quiere tirar de este hilo dorado que la sacará del laberinto, que la conducirá a la cornucopia de las respuestas correctas, pero el suelo se vuelve arena bajo sus pies y la va absorbiendo despacio, la respiración se va ralentizando y los párpados velan la sempiterna luz hospitalaria, y ya se percibe lejana a lo que un segundo antes la atormentaba cuando, de repente, un pensamiento, un único pensamiento nuevo, descargado en la adormecida consciencia como un latigazo, le hace abrir los ojos e incorporarse como un resorte.

Se equivocaron. No era a nosotros. Buscaban a otros.

A los otros.

Los buscaban a ellos y por eso vendieron tan rápido.

Mi pobre Lucas, que se creyó tan buen negociador.

Los buscaban y por eso mintieron sobre las marcas de disparos.

Los buscaban y trataron de ocultar su rastro.

Y aquí llegó la revelación final, la iluminación que aventó el sueño de esa noche y el de toda la semana siguiente al rinconcito de pensar.

Si querían ocultarse, si temían que los encontraran a través de la autocaravana, ¿por qué no repararon los disparos? ¿Cómo no se les ocurrió pintarla, ponerle un vinilo que la disimulara? ¿Llevarla a un desguace?

¿Por qué esos dos miserables ni siquiera tomaron la precaución de cambiar la matrícula?

La respuesta era tan obvia que dolía. Un dolor para el que los analgésicos no servían.

La autocaravana

El viaje no podía haber comenzado peor.

—Te pedí que miraras bien.

—Busqué, te repito que busqué. Lo revolví todo. En la habitación no estaba.

—No duerme sin Buzz, lo sabes de sobra.

—Pues allí no estaba. Lo habrá olvidado en el parque.

Sentado atrás, en su silla de viaje, a Rodrigo le caían dos velones al tiempo que lloraba desconsolado clamando por su juguete.

—Tranquilo, amor, no pasa nada. Seguro que aparece.

Lucas, muy enfadado, bufaba sin perder ni un instante de vista tanto el retrovisor como lo que hacían los conductores que les precedían. Todavía no se había hecho al tacto del embrague, y cada vez que tenía que frenar y reanudar la marcha, la autocaravana también protestaba dando un brinco, encabritándose en plena sintonía con el ambiente reinante.

—No le digas eso. Le estás engañando. Rodrigo, mamá te está engañando. El puñetero juguete no está y punto. No ganas nada diciéndole que aparecerá cuando no aparecerá. Siempre haces igual. Tratas de esconder los problemas aplazándolos, postergándolos. Como si creyeses que el tiempo terminará por solucionar todos tus problemas. ¡Y así nos va, joder! ¡Eres una puñetera postergadora!

—Chist, chist, mi niño, tranquilo. Anda, no llores más. Papá no lo dice en serio. Seguro que Buzz Lightyear está dormidito en una de las bolsas y cuando lleguemos lo podremos despertar para que juguéis —dijo Mercedes, girando la cabeza para tratar de calmar al niño. Luego, bajando la voz, recriminó a Lucas—: ¿Ves lo que consigues?

Al inesperado frenazo le siguieron los cláxones furiosos de los coches que a punto estuvieron de estamparse contra el culo de la autocaravana. Lucas puso el freno de mano, oprimió el botón de las cuatro intermitencias y, haciendo caso omiso de los gestos y palabras de los que les rebasaban, comenzó a gritar a Mercedes.

—¿En una bolsa? ¿Está en una bolsa? ¿Esta es tu puta estrategia para calmar a Rodrigo? ¡¡¡Rodrigo, cállate ya, joder, que ahora va a hablar

papá!!!

El niño, impactado por aquel adulto que le gritaba como nunca nadie le había gritado, se calló de golpe. Uno de los mocos goteó hasta el pantalón, detalle que inexplicablemente Mercedes no se perdió y del que su cerebro tomó nota mental, conocedor de que habría que limpiar esa prenda si pretendía aprovecharla para otro día de las vacaciones.

—¡Venga, ve atrás y busca esa bolsa! ¡Abre todas las malditas bolsas y enséñanos dónde está, ¿eh?! —prosiguió Lucas, fuera de sí.

Pero Mercedes no se movió, clavada en el asiento, casi tan petrificada como había quedado el niño.

—Es muy fácil echar la culpa al otro. Que si no miraste bien, que si papá se olvidó de revisar, y luego tratar de arreglar las cosas con mentiras. ¡Pues no me vale! Si nos olvidamos, nos olvidamos los dos. Y si no hay juguete, ya le compraremos otro, que va siendo mayorcito para aprender que el mundo no está hecho a la medida de nuestros gustos. Cuanto antes lo aprenda, mejor, menos sufrirá. ¡Y si no estás de acuerdo, doy la vuelta y subes tú a casa a buscar el puñetero muñeco, coño ya!

* * *

Por fin Rodrigo se ha dormido. Resopla suavemente y en el final de la expiración emite un sonido agudo de silbato. «Son los mocos. Se le taponan la nariz», explica Mercedes, y ambos se tapan la boca para mitigar la risa tonta que les acomete.

Rodrigo duerme en la litera de arriba con la barrera de seguridad puesta. Ellos ya se han metido bajo el edredón en la litera de abajo. Durante el paseo posterior a la cena hicieron las paces. Lucas se disculpó por gritarles, por haber perdido los nervios. «Estaba muy nervioso. Conducir este trasto es difícil». Ella también le ha pedido perdón sin aclarar cuál era su falta. Por nada. Por todo. Pero es mejor así; a él le basta. Y ahora están desnudos bajo el edredón, con Rodrigo dormido en la litera de arriba.

—No hagas ruido —murmura ella bajito. Lucas responde pero tiene la cabeza tapada y no entiende qué ha dicho. No importa. Ahora ha comenzado a lamerle un pezón. El derecho, siempre el derecho primero, piensa Mercedes tontamente, desglosada de su cuerpo. Es un hombre de costumbres, Lucas.

Ella extraña el colchón, la luz de la farola parpadeante que se filtra desde el exterior por las cortinillas, la otra luz roja del cuadro de mandos y toma nota mental de taparla al día siguiente con un trozo de cinta americana. Y están los ruidos. Por la acera transitan viandantes que hablan, ríen, se llaman. Motos que petardean al pasar junto a ellos y coches que vibran al botar sobre el badén de velocidad. A treinta kilómetros había un área de autocaravanas, pero Lucas quería que la primera noche fuera una aventura y quiso estacionar en mitad del pueblo. «Imagínate, dormir donde nos dé la gana. Eso es libertad», exclamó, entusiasmado.

Un ligero mordisco en el otro pezón la saca del ensimismamiento. Él parece haberse percatado de su ausencia porque ha comenzado a oprimirle entre los labios menores con el dedo medio un poco demasiado bruscamente, y ella se sacude involuntariamente. Pero la combinación de su urgencia mal contenida y el ligero dolor que en dos exhalaciones se ha vuelto placentero la devuelve a su cuerpo, a sus terminaciones nerviosas, al mapa de su piel que espanta a la conciencia a un rincón donde deje de molestar al menos por unos minutos. Aun así, antes de abandonarse, murmura:

—No hagamos ruido. Rodrigo duerme.

* * *

—¡Suave, suave! —reclama Lucas en la segunda sacudida—. Tienes que soltar el embrague suavemente.

Ya ha olvidado que el día anterior era bajo su pie cuando el vehículo se sacudía como un potro sin domar y, aunque Mercedes esto no lo tiene presente, no en ese instante, más tarde se acordará y lo incorporará a la lista mental de agravios. Pero en ese momento bastante tiene con someter a la máquina que se sacude con el inexperto manejo. El motor ruge si tarda en cambiar la marcha, otros coches pitan porque va muy lenta, la rodilla derecha tiembla incontrolada y Lucas la riñe cada vez que ella mira al retrovisor: «Olvida a los de atrás. Que adelanten cuando puedan. Tú concéntrate en lo que tienes delante».

Ha sido cosa de él que se pusiese al volante. Le habla de autonomía de vuelo, de prevención de riesgos si a él le ocurre algo lejos de casa. Incluso menciona el empoderamiento como razón de peso para que ella salga de su

espacio de confort. Al menos Carmela no ha salido a colación. No ha dicho «Mi hermana, en tu lugar, no dudaría», pero la cuñada está presente. Cuando Mercedes se muestra cobarde, Carmela siempre entra a formar parte de la ecuación que conforma la pareja.

Mercedes calla igual que durante el desayuno, cuando se le ocurrió mencionar que el café hecho con la cafetera italiana le gusta menos que el de cápsulas que toma en casa. Lucas se frotó la cara, exasperado: la autocaravana va a doce voltios y la cafetera eléctrica precisa que estén conectados a la red eléctrica, y él, como si se lo estuviese diciendo a Rodrigo, le ha vuelto a explicar que había que ir olvidando las comodidades de casa. Vivir la aventura, adaptarse. Calló y apretó los dientes para reprimir las respuestas que se agolpaban en tropel dispuestas a arruinar la puñetera aventura, y su mirada se cruzó con los transeúntes que, curiosos, los observaban desayunar al tiempo que caminaban por la acera arrebujados en gruesos abrigos entre volutas de vapor en aquella mañana tan fría, muy apropiada para ese mes de febrero. Calló entonces y calla ahora porque si abriese la boca, esa aventura pensada para cicatrizar heridas terminaría allí. Definitivamente.

Media hora más tarde comienza a disfrutar. Ya siente el peso del vehículo entre las manos y comienza a percibirlo como fuerza y no como carga. Ha comenzado a escuchar el motor y su pie y su cerebro se han puesto de acuerdo para no agredir al embrague. Lucas tenía razón. De nada sirve vigilar a los que la siguen en sufrida caravana. Ella tiene el control. Es la dueña de su trozo de carretera y marca el ritmo, su ritmo. Quien quiera adelantar, que adelante. Sonríe y gira el rostro hacia Lucas y lo descubre contemplándola también con una sonrisa en los labios. Si la película del mundo se detuviese justo en ese instante, sería el fotograma de la felicidad. Así parece la felicidad, un fotograma. Porque esas cosas que no dijo siguen ahí, adentro, agazapadas, esperando su momento mientras la película prosigue.

* * *

No habían transcurrido más que tres días de viaje en el puente de Carnaval y ya les habían sucedido un buen número de percances de los que se ríen en la noche pero que maldita la gracia que les hizo vivirlos. Conduciendo Lucas, golpearon el techo contra las ramas más bajas de un fresno al

estacionar en el aparcamiento de un mirador, arruinando la cámara trasera que tanto ayudaba para dar marcha atrás. Luego Mercedes igualó el marcador impactando con el culo contra la puerta del cuarto de baño al agacharse para vestirse, rompiendo el cierre del pestillo. Sin embargo, este incidente hizo muy feliz a Lucas porque le permitió repetir por enésima vez que en la vida se te podía olvidar cualquier cosa menos un rollo de cinta americana. Pero desempató Lucas cuando, en el área de autocaravanas en la que se detuvieron para cargar agua, olvidó desenroscar el adaptador del grifo y allí quedó para el siguiente viajero porque, por lo que valía, defendió él, no merecía la pena hacer kilómetros para recuperarlo.

Pero fue sin duda el accidente del tarro de puré lo que más tensó las cuerdas del viaje.

Ocurrió mientras la autocaravana se retorció por un sinuoso puerto de montaña cuando, de repente, un tarro se precipitó desde la nevera abierta y reventó manchando de puré paredes y suelo. El impacto despertó a Rodrigo y comenzó a llorar, pero no a consecuencia del brusco ruido, sino por los gritos que intercambiaban sus padres. Estos, tras el susto por el estallido, habían comenzado a discutir acaloradamente como dos púgiles al sonido de la campana en la primera ronda del combate. Lucas reclamaba que había que comprobar que todas las jodidas puertas estuviesen aseguradas antes de ponerse en marcha y Mercedes gritaba que así las había dejado ella, que estaba harta de que siempre le echara la culpa. Luego ella exigió que parase de una vez antes de que la nevera escupiera más contenido contra el suelo y él comenzó a hacer aspavientos con una sola mano mostrando el precipicio y diciendo que si creía que en mitad de la puñetera subida iban a encontrar un aparcamiento del Mercadona. En lo más álgido de la bronca, los sobres de embutido sellados al vacío resbalaron de su estante y planearon hasta el suelo y, segundos más tarde, se precipitaría también un cartón de leche mediado que terminó de vaciar sus entrañas entre los restos de cristal y puré. Por fin, Lucas, marcando la maniobra con las cuatro intermitencias, logró detenerse en un apartadero de la carretera.

Mientras ella sacaba a Rodrigo de la silla y lo calmaba canturreándole, él cerró la puerta de la nevera que había estado agitándose como bandera al viento de cada curva y, maldiciendo, recogió los cristales con mucho cuidado antes de ponerse con el puré. Pero, al meter los pedazos del bote

en la bolsa de la basura colgada bajo el fregadero, su mirada topó con una botella de cerveza vacía y su rostro se arreboló al instante.

—Fui yo.

—¿Cómo?

—Fui yo quien olvidó pasar la presilla de la nevera cuando saqué la cerveza.

Y siguió limpiando.

Más tarde, ya de nuevo en camino, se disculparía.

—Perdona por haberte gritado. No es fácil concentrarse en una carretera tan estrecha. No es propio de mí. Perdí los nervios.

Pero minutos después, tras haber rumiado una y otra vez el incidente, sentenciaría:

—Para evitar accidentes como este, tenemos que tratar de verificar las cosas los dos, por duplicado. Son demasiadas novedades y es fácil olvidarse. Y creo que el copiloto, cuando el que va a conducir arranque, tiene que ser el último en comprobar que queda todo cerrado y asegurado, Rodrigo incluido.

* * *

El tarro que se había roto era el que contenía el puré del niño, así que se vieron obligados a buscar una tienda. Mercedes propuso hacer acopio de patatas, zanahorias, calabaza y pollo y volver a cocinar, pero Lucas se opuso aduciendo que eso les llevaría media mañana, por no hablar de la cantidad de agua del depósito que gastarían para fregar después los cacharros. Además, ¿con qué pensaba batir los ingredientes? ¿Quería acaso comprar también un pasapuré? No, el niño no se moriría por tomar un par de días alimentos procesados. Cualquier puré envasado cumpliría su función. Ella le dio la razón, en parte convencida por sus argumentos, pero, sobre todo, porque no quería reavivar las viejas discrepancias respecto al modo de alimentar al niño. Al carecer de abuelos a los que recurrir, las ideas acerca de cómo atender a Rodrigo provenían de libros y revistas de crianza, de los consejos de otros matrimonios cercanos y, cómo no, de internet. Nunca pensaron que sus progenitores les iban a hacer tanta falta. Pero estaban muertos. En el primer año de relación, un funesto carrusel de fatalidades los dejó huérfanos. En el caso de Mercedes, sus padres fallecieron en un accidente de tráfico al dormirse su padre al

volante y estrellarse contra un camión de transporte de ganado. Tuvo que asistir sola al funeral porque justo ese día la madre de Lucas dejaba de luchar contra el cáncer de páncreas que la había reducido a la mitad en apenas cinco meses. El padre no se recuperaría de la pérdida y una semana más tarde saltaría por la ventana. Mercedes y Lucas nunca volverían a beber tanto, a fumar tantos porros ni a disfrutar tanto follando como en aquella época de llanto compartido. Meses más tarde, cuando la relación comenzó a enfriarse, Mercedes quedó embarazada.

Al no encontrar mejor aparcamiento, decidieron que era mejor que Lucas permaneciese en la autocaravana en una plaza de carga y descarga; no tanto por temor a que apareciera la Guardia Civil y los pudiera amonestar, sino para no poner en problemas a cualquier camión de reparto que precisara del espacio para trabajar. «Si me tengo que mover, te mando un mensaje al móvil», la previno Lucas al despedirse. Así era él. No le bastaba con pensar que si ella regresaba, y en lugar de su vehículo vivienda encontraba a la furgoneta de Estrella de Galicia descargando, no se le iba ocurrir que él habría tenido que moverse y que volvería a recogerla al mismo punto pasados unos minutos. Debía tenerlo todo controlado.

A pesar de llevar planeando esta salida tantos días, descubrieron que había varias cosas que se habían olvidado, como pinzas para las mudas del niño que había que lavar a mano, mantequilla para el desayuno y más galletas. A Mercedes le había sorprendido la cantidad de galletas que Lucas desayunaba. Como él era el encargado de hacer la compra en casa y, por horarios, casi nunca desayunaban juntos, no se había imaginado que de cada tanda pudiese ventilarse medio paquete. Cuando él anotó en la lista dos cajas de galletas, a Mercedes se le pasó por la cabeza comentar algo sobre los riesgos del azúcar y del colesterol, pero lo descartó de inmediato. No era el mejor momento.

Lo que sí debatieron un par de minutos fue qué hacer con Rodrigo. Tras el susto, el niño había vuelto a dormirse. Lucas propuso quedarse con él. Así, si despertaba, podrían jugar juntos.

—Paso poco tiempo con él —trató de camelarla.

Mercedes fingió sopesarlo, aunque estaba segura de que lo que su marido deseaba era que ella no se demorase comprando porque si la acompañaba el niño, tardaría más.

Finalmente se impuso el criterio de Mercedes de que al niño le convenía estirar las piernas. No podían tenerlo tantas horas en su sillita de coche. Lo despertó sin demasiados miramientos, haciendo oídos sordos al último intento de Lucas por convencer a Rodrigo para que se quedase con él dibujando y, no sin antes forrarlo con ropa de abrigo como si dentro del supermercado pudiese nevar, dejaron solo a Lucas.

—No tardaremos —mintió Mercedes.

Fue una sensación extraña, como si se hubiese quitado un peso de encima. Rodrigo corría a saltitos y se detenía ante los adornos de carnaval y los dos maniquís disfrazados de hada y de guerrero ninja, la llamaba desde los lineales de productos envueltos con colores llamativos señalando las galletas infantiles que más le gustaban, en la frutería fingía coger una pieza sin permiso poniendo cara de pillo, y hacía fiestas ante el primero que lo saludara, feliz como un cachorrillo de paseo por la playa. Mercedes caminaba detrás, vigilando en piloto automático que no tocara nada pero olvidada de a qué había entrado allí. Ni siquiera se había preocupado de proveerse de una cesta o un carrito. Era como si hubiera estado hechizada y, de pronto, se hubiese encontrado liberada del embrujo, despertando sin saber muy bien dónde se encontraba ni qué era lo siguiente que tenía que hacer. Paseaba frente a los anaqueles ajena, sin prisa, con una parte de la mente centrada en el niño y otra viajando lejos, muy lejos.

como vais?

El teléfono vibró y el mensaje en la pantalla la devolvió al mundo.

El teléfono móvil. En su memoria interna, la agenda y, en ella, el abracadabra que había prometido no invocar. Se lo había prometido a Lucas y también a sí misma.

Mercedes se había quedado clavada en mitad del pasillo de los yogures, con Rodrigo fuera de su vista. Si lo llamaba, ¿vendría a buscarla? Él juró que la estaría esperando. Lo juró entre lágrimas. Luego, en cada uno de los mensajes que ella leía y se apresuraba a borrar. Allí estaría, aguardándola, el amor de su vida, el motivo para respirar, la voz que inspiraba su alma, el corazón que bombeaba su sangre, anhelando tocarla, poseerla, besarla, lamer hasta el último rincón de su cuerpo, empotrarla, arrancarle la ropa, follarla..., cada mensaje distinto según la hora del día o de la noche, condicionado por el grado de lucidez, de desesperación o de

embriaguez de su enamorado. Si al menos ella lo hubiese querido una décima parte de lo que él aseguraba quererla... ¿Seguiría existiendo esa puerta mágica que conectaba su terminal telefónico con la prometida vida nueva? ¿O la habría cegado ella definitivamente cuando escogió dar una nueva oportunidad a Lucas? «Un *affaire*», había definido Lucas. Una aventura. Se lo perdonaba. ¿Cómo no se lo iba a perdonar con lo mucho que la quería? ¿Y acaso la dichosa autocaravana no era la herramienta que necesitaban para recuperar la chispa de antaño? Necesitamos volver a encontrarnos, había asegurado él. Y ella estuvo de acuerdo. Pero ahora estaba frente a los yogures desnatados, sola, sin ver a Lucas, sin ver a Rodrigo, pensando en lo fácil que sería abandonarlos y comenzar una nueva vida.

* * *

—¿Qué te han dicho?

Mercedes columpiaba a Rodrigo disfrutando, a pesar del frío, de los primeros rayos de sol mañanero. En el parque infantil no había más niños. Los que viviesen en el pequeño pueblo donde habían parado a pernoctar estarían todavía desayunando, pero ellos habían tenido que salir al gélido exterior temprano, huyendo del mal olor que había dentro de la autocaravana.

—Las aguas grises.

Había estado observando a Lucas mientras él hablaba con el vendedor, viéndolo caminar de un lado al otro de la acera, gesticulando y haciendo aspavientos que denotaban enojo, pero, al llegar junto a ella, su rostro había recuperado la calma, aunque frunció un poco el ceño al ver que Mercedes estaba terminando de fumar el primer cigarrillo del día. Ella sabía que contravenía el acuerdo de no fumar delante de Lucas, pero el olor a cloaca permanecía atrincherado en las fosas nasales y, técnicamente, no estaba delante de Rodrigo. Ella empujaba y fumaba y el niño gritaba más fuerte, con el humo del cigarrillo confundiéndose con el vaho de la fría mañana.

—¿Las aguas grises? Si apenas hemos gastado un tercio del agua desde que recargamos. ¿Seguro que no es el váter químico que pierde? Oler huele a mierda.

—O a muerto —rio Lucas—. No, el muy cretino dice que me lo explicó cuando me entregó las llaves. Es cierto que nos recomendó echar vinagre por los sumideros de vez en cuando, pero yo creí que era para desatascar, por la dureza del agua o, bueno, no sé. No le di más vueltas. Además, ¿qué significa exactamente de vez en cuando? Bueno, da igual. Dice que son los desagües. Que si no queremos que nos ocurra, tenemos que viajar con los tapones puestos. Que cuando saltan por un bache o por lo que sea, las aguas grises van dejando sedimentos en el circuito que huelen muy mal. Y que para que no huelan tan mal, hay que añadir vinagre.

—¿Y lo de la nevera? ¿Preguntaste si es normal que haga tanto ruido?
Lucas asintió.

—Que ellos lo que hacían era bajarla al tres por la noche y la volvían a subir al cinco por la mañana o a tope cuando estaban conectados a doscientos veinte. Pero, oye, menudo borde. Ni una pregunta de cómo lo estábamos pasando, ni sobre la ruta que habíamos elegido para estrenarla, ni nada de nada. Como si le molestase hablar conmigo. Un coge el dinero y corre en toda regla.

—Bueno, ya sabes que dijeron que vendían por necesidad. A saber cuánta falta les hacía el dinero para desprenderse de ella.

Lucas se estremeció.

—¡Buf, qué frío! Voy dentro a por el otro abrigo, miro los tapones cómo están y vamos a buscar dónde desayunar y a ver si en este pueblucho hay una tienda donde comprar el vinagre. ¡Pero no te pierdo de vista! —exclamó, simulando sujetar un cigarrillo y exhalando una nube blanca.

En el bar, el único que había, el muchacho que les atendió les explicó que habían tenido mala suerte porque tienda también había solo una, pero ese día estaría cerrada por defunción. Tampoco tuvieron suerte con las madalenas. El muchacho aseguró que las cocinaba la abuela en un horno de carbón, a la antigua usanza. En un solo bocado se cargaron la fantasía tantas veces repetida de que las cosas en el pueblo siempre saben mejor. Al tiempo que mal desayunaban, Lucas estuvo brujuleando en la aplicación del móvil a ver dónde se encontraba la localidad más cercana con un lugar habilitado para vaciar las aguas grises y, de paso, comprar el vinagre.

—Tampoco pasaría nada por abrir el grifo en cualquier campa —propuso Mercedes, encogiéndose de hombros—. Son pocos litros y apenas es el agua de fregar de ayer y de lavarnos los dientes. Agua y jabón.

Lucas se opuso.

—Hay que hacer bien las cosas. Si cada uno decidiese vaciar donde le diera la gana, sería la ley de la selva. Bastante fama de guarros tenemos los autocaravanistas como para darles la razón haciendo el bárbaro.

Mercedes contuvo la risa. Ni siquiera llevaban una semana y Lucas ya se consideraba un avezado autocaravanista. Era cierto que rápidamente se había metido en el papel: saludaba con la mano cuando se cruzaban en la carretera con otras autocaravanas, aunque refunfuñaba si no obtenía respuesta, participaba activamente en varios grupos de WhatsApp y vestía ropa de campaña como si en lugar de transitar por carreteras asfaltadas y dormir en limpios aparcamientos viajasen por mitad de la tundra o a través del desierto.

—¿Qué te van a decir los de aquí? Ya viste cómo estaba la entrada del pueblo, llena de mierda de vaca. ¿Acaso crees que a ellos les preocupa dónde van los purines del ganado? Un poco de agua jabonosa no hace ningún daño.

Esta vez fue el tiempo de reír de Lucas, pero él no se contuvo:

—Mira, la que nunca había roto un plato. Si hasta das la vuelta al súper si te dan cincuenta céntimos de más. ¿Dónde está la niña buena que conocí en la uni? De sonrojarse si la besaba en público a terrorista ambiental y a *femme fatale* en un solo parpadeo.

Quiso Lucas ocuparse de la compra mientras Mercedes y Rodrigo se quedaban en la autocaravana. Habían repostado y luego maniobraron para estacionarla donde no estorbara, aprovechando la gran explanada de la gasolinera. Lucas se despidió de ellos con un beso, como si en lugar de cruzar la carretera para llegar a la panadería y a la tienda se fuese de viaje, y los primeros metros los caminó como un pato haciendo las delicias de Rodrigo. Mercedes aprovechó el tiempo para estirar las piernas y, de paso, limpiar los parabrisas con el cepillo jabonoso de la gasolinera. A Rodrigo lo dejó jugando y cantando sobre el colchón con la música de Petit Pop a todo volumen.

Cuando Lucas regresó, Mercedes ya estaba sentada en el asiento del copiloto con Rodrigo en su asiento, el cinturón puesto y la música apagada. En cuanto la vio, supo que había pasado algo.

—Has tardado.

—Sí, perdona. Había cola en la caja y más en la panadería. Con eso de haber sido ayer festivo..., ya sabes. No pienses que lo hice aposta para vengarme por lo de anteayer —quiso bromear Lucas para quitar hierro al posible enfado.

—¿Nos vamos? —le cortó secamente Mercedes.

—Un momento, tengo que ir al baño. El café y la hermosa relación que mantiene con mi colon.

—¿No puedes aguantar unos minutos?

Lucas se extrañó y comenzó a preocuparse.

—¿Pasó algo?

Mercedes frunció los labios para señalar algo al frente. Era una costumbre de los campesinos de Honduras que se le pegó tras pasar allá de joven un verano como cooperante. A Lucas le hacía mucha gracia ese modo de señalar.

—No llates la atención. ¿Ves aquellos gitanos? Los de la furgoneta abollada.

Lucas miró de reojo y vio la furgoneta que Mercedes le indicaba. Estaba detenida junto al surtidor de aire a presión, pero los dos hombres parados junto a ella no estaban comprobando la presión de las ruedas ni inflando la goma de ningún neumático. En ese vistazo rápido creyó identificarlos como gitanos y no le cupo duda de que los observaban.

—No te preocupes, Merche. Es la autocaravana. Les llama la atención —quiso calmarla, dotando a su voz de un tono relajado. Pero, en lugar de ir al cuarto de baño, se sentó en el asiento del piloto y arrancó—. ¿Cierres asegurados?

—Sí, todo mirado. Vámonos, por Dios.

Hasta salir del pueblo condujo en silencio, comprobando los retrovisores. También Mercedes mantenía la atención puesta en el retrovisor de su lado. Pero, al ver que nadie los seguía, Lucas lanzó un resoplido y, entre divertido y molesto, preguntó:

—¿Qué te ha pasado? ¿Te dijeron algo, o es la clásica prevención del payo de clase media ante el terrible gitano?

Mercedes lo miró furiosa.

—¡No seas imbécil! ¡Y mucho menos, condescendiente!

—Condescendiente, qué palabra más larga. Venga, va, no te enfades, perdona —se apresuró a decir, entendiendo que se estaba metiendo en un

nuevo jardín—. No quiero burlarme. Dime qué ocurrió. La verdad es que al verte tan asustada también yo me asusté.

Pero Mercedes, tras volver a asegurarse de que no los seguían, suspiró, a punto del llanto.

—No sé. Soy idiota. No pasó nada. No hicieron nada. No sé.

—Algo sería. No es propio de ti.

—Fue solo una sensación, como un ataque de pánico o algo así. Como si todo me indicara que allí estábamos en peligro. Nunca me había ocurrido. Cuando te fuiste, bajé para limpiar el parabrisas. Y mientras le daba al cepillo, sentí a mi espalda que alguien se acercaba y creí que querrían preguntarme algo, o pedirme el cepillo, no sé. Pero al volverme, vi a un gitano que pasó a mi lado sin mirarme.

—¿Cómo a tu lado? No te entiendo. ¿Iba a la gasolinera?

—No, no. No sé adónde iba. Pasó a mi lado, muy cerca. Innecesariamente cerca, creo. Pero no me miraba. Siguió caminando como si yo no existiera y lo único que hacía era estudiar nuestra autocaravana.

—Mirarla, querrás decir.

—¡No, no, estudiarla! ¡Sé perfectamente lo que digo!

—Bueno, le llamaría la atención. No es para menos. Tendría curiosidad. Es muy chula.

—No sé, no me pareció que se tratara de eso. Se acercó atrás, donde están esas marcas, las que me dijiste que eran del coto de caza, y las revisó, acercó los dedos y las tocó. Entonces lo llamé para ver si quería algo, pero ni siquiera se volvió hacia mí. Siguió caminando. Terminó de dar la vuelta a toda la autocaravana y luego se marchó hasta donde estaba su furgoneta para hablar con el otro gitano sin perderme de vista.

Tras cinco segundos en total silencio, fue el turno de Lucas de asegurarse de que no los seguían. Pero detrás de ellos únicamente circulaba un deportivo que no hacía más que meter el morro como si así pudiera empujarlos hasta la línea discontinua más cercana.

—Es raro.

Mercedes asintió.

—Bueno, quizá le gustó y, al ver los defectos en el chasis, pensó que podría ofrecernos un buen precio. Ya sabes, así cambiaban su vieja y sucia fragoneta para vender malacatones con nuestra autocaravana. Para ellos, estos vehículos son como chalets en primera línea de poblado chabolista.

Mercedes supo que el fingido tono guasón de Lucas solo buscaba tranquilizarla. Sonrió, agradecida. Su mano se soltó del reposabrazos que había estado torturando de tanto apretarlo y acarició el antebrazo de su marido.

—Mira el que presume de no tener prejuicios.

Viajaron así un tiempo, sin hablarse, la mano de ella sobre el brazo de él, cada uno inmerso en sus propios pensamientos y con Rodrigo concentrado en pintar sobre la superficie plástica de la mesa porque el papel que mamá le había dado había volado en una curva. Así estuvieron hasta que Lucas señaló con el intermitente y aminoró la marcha para terminar deteniéndose frente a la cancela oxidada de una finca de ganado.

—Ya no puedo más.

En lo que tardó Lucas en salir del cuarto de baño, Mercedes limpió la mesa, le dio un yogur a Rodrigo y abrió dos botellines de cerveza.

—Va a ser mejor que no entres en un rato. Zona radioactiva.

Bebieron tras entrechocar los botellines, brindando sin palabras. Ella se encogió de hombros y él la besó en los labios. Luego, Lucas entró de nuevo en el baño para cerrar la ventanilla que había abierto para ventilar y reanudaron la marcha.

A Rodrigo le pusieron en la tableta su película favorita de *Toy Story*. Ya no lloraba por Buzz Lightyear, aunque sí preguntaba si esa noche dormirían por fin en casa. Mercedes seleccionó en Spotify el último disco de los Telepáticos, un grupo que les gustaba y cuyas letras Rodrigo todavía no corría el peligro de entender, pero bajó el volumen y lo dejó como música de fondo al comprender que Lucas tenía ganas de hablar.

—Esto de los gitanos es curioso —le explicaba—. En mi barrio vivían varias familias y nosotros jugábamos con los niños al rescate, al escondite o hacíamos carreras de chapas. Sin embargo, la primera vez que me atracaron se trató de unos niños gitanos. Nos metieron a un amigo y a mí en un portal y nos preguntaron qué número calzábamos. Yo les quise decir el nombre de mis amigos gitanos del barrio, pero me amenazaron con darme una paliza. Mi número no les valía, pero sí el del chaval que me acompañaba. Benito. Se llamaba Benito. ¡Dios, hace siglos que no me acuerdo de Benito! El caso es que uno de los gitanos se quitó su calzado, unos zapatos sucios y rotos incluso por la suela. Recuerdo que no llevaba calcetines porque me fijé en lo sucios que tenía también los pies. Se puso

los playeros de Benito y le preguntó al otro gitano si le quedaban bien. Tan tranquilos como si estuviesen probando calzado en una zapatería. Luego se largaron, dejando a Benito llorando y dudando si ir hasta casa en calcetines o si calzarse los zapatos del niño gitano. No debíamos de tener más de diez años. Ni ellos tampoco.

—Vaya. ¿Y qué hizo?

—¿Benito? ¿Te refieres a si se puso o no los zapatos? No lo recuerdo. Solo sé que yo agradecí tener el pie tan grande a pesar de mi edad porque a mí me dio mucho asco. Ya ves. Solo se trataba de unos pies sucios y de unos zapatos rotos, roña y sudor. Nada que el agua y el jabón no solucionaran. Y, ya ves, en mi memoria persiste el asco que me dio pensar en la posibilidad de ser yo el que tuviera que calzarse aquellos zapatos mugrientos.

—Pobres.

—¿Quiénes? ¿Nosotros o ellos?

—No sé. Todos, supongo.

Lucas asintió.

—Todos. No hay duda. Visto en perspectiva, ellos más que nosotros. Nosotros porque, desde entonces, cuando nos íbamos a cruzar con gitanos, cambiábamos de acera. Yo, al menos. Pero más ellos. Imagínate a unos niños tan pequeños y tan mal vestidos que creen que su única oportunidad en el mundo que les ha tocado habitar es arrebatar por la fuerza aquello que por cuna les ha sido privado.

Como cada vez que rozaba la demagogia, Lucas resultaba poseído por un espíritu lírico que espumaba su discurso. Él lo achacaba a la herencia de su paso por los grupos de jóvenes cristianos en los jesuitas, y se reía de sí mismo siempre y cuando no se lo hicieran ver en el mismo momento de su arrebato buenista. «Soy nada más que un socialdemócrata burgués y acomodado con mala conciencia».

Volvieron a hacer chascarrillos acerca de fragonetas y malacatones, de ferias, puestos de tiro al blanco con las escopetas de aire comprimido descalibradas, y Lucas se puso a imitar la bocina de los coches de choque con Rodrigo aplaudiendo sin saber de qué se reían sus padres. Luego, Lucas, a tenor de las marcas en el chasis en las que el gitano se había fijado, volvió a presumir de cómo había apretado las tuercas al vendedor para que bajara aún más el precio a la autocaravana.

—Se veía que les urgía vender, y ya sabes que yo soy hábil en eso del regateo —se ufanó—. Con el todo riesgo, cuando llevemos unos cuantos abollones, llamamos al seguro y hacemos arreglar toda la chapa. Pero a él le hice creer que tú te opondrías a viajar con un vehículo en tan mal estado. Ya ves, unos cuantos perdigonazos. Como si a ti te importasen mucho estas tonterías.

Callaron, sumidos en sus reflexiones, hasta que Lucas consideró llegado el momento de sincerarse acerca del miedo que tuvo cuando llegó a casa con la autocaravana sin saber cómo se lo iba a tomar ella.

—Sé que era una apuesta, Merche. Vi la oportunidad y fue como una revelación. Como Pablo y el caballo que nunca existió. Eché cuentas y supe que sería mi manera de recuperarte. No sé, fue un palpito. Y miranos ahora. De camino a la aventura. ¿Cómo dice Buzz, Rodri? ¡Hasta el infinito y más allá!

Mercedes sonrió y su mano volvió al antebrazo de Lucas. Luego se inclinó sobre él y besó su mejilla.

* * *

—¡Son ellos!

Lucas había descorrido las cortinillas del parabrisas y quedó deslumbrado por unos focos. Afuera seguían tocando el claxon como locos.

—¡Llama a la Policía! —No hizo falta que le aclarara de qué ellos se trataba. No le cupo ninguna duda.

—¡Joder, no tengo cobertura!

El motor del otro vehículo estaba en marcha y lo revolucionaban para sumar más ruido a los bocinazos.

—¡Al 112! ¡Funciona con cualquier red!

Pero a aquella área de autocaravanas enclavada en lo más profundo del valle no llegaba ninguna señal.

Mercedes encendió la luz y Lucas se abalanzó rápidamente a apagarla.

—¿Qué haces? Así nos ven ellos.

Desde fuera comenzaron a llover insultos. Les gritaban que salieran, maldecían la memoria de sus muertos y una piedra voló para impactar contra el techo.

Se miraron, paralizados por el miedo. Estaban en pijama, durmiendo en medio de la nada en un aparcamiento que dos horas antes les había parecido el paraíso en la Tierra y ellos dos Adán y Eva.

—¡Prueba otra vez a llamar!

Durante unos segundos, cada uno se peleó con su propio terminal, reiniciándolo, marcando, desesperándose. Una nueva piedra impactó contra la carcasa del retrovisor y sonó como una bomba. También les llegaban risas. Estaba claro que los de afuera no tenían prisa.

—¡Voy a salir! —exclamó Lucas. Le temblaba la voz, pero creía llegada la hora de hacer algo—. Les daremos lo que quieran. Es como lo de Benito. Quieren algo, joder. Son gitanos. Solo hay que averiguar qué piden para dejarnos tranquilos. Mientras me visto, revisa las carteras. Mira a ver cuánto llevamos en efectivo. Y los pendientes que te regalé. Son de oro. El oro les gusta.

Desde la litera superior les llegó la vocecita de Rodrigo preguntando qué ruido era ese y si había galletas para desayunar.

—Duerme, mi vida. No pasa nada. Todavía es de noche —trató de calmarlo Mercedes, echándose a un lado para que Lucas pudiera abrir la puerta del armario y sacar su ropa—. Afuera hay unos señores tontos que están haciendo ruido, pero ya van a parar. Papá lo va a solucionar. Duerme, amor.

Cuando Lucas se agachó para ponerse las deportivas, Mercedes lo frenó.

—Espera, no vayas.

—Hay que ir, Mercedes. No van a largarse. Les daremos lo que sea. Como si se quieren llevar la maldita autocaravana. Lo que sea con tal de que no nos hagan daño.

—No, no. Digo que no vayas tú. Eres un hombre y a ti sí son capaces de hacerte daño. Pero yo soy una mujer. Ellos respetan a las mujeres. Será más fácil que me escuchen.

—A los viejos, es a los viejos a quien respetan —la corrigió, pero la segunda deportiva quedó a medio calzar. Su cerebro, acostumbrado a resolver los problemas de la empresa en segundos, procesaba el plan de Mercedes y de pronto creyó que era la opción más razonable.

Al ver cómo le cambiaba la expresión de la cara, Mercedes comenzó a temblar. Lo había convencido.

—¿Estás segura?

—Segurísima —mintió—. Les diré que viajamos con un niño y que no queremos problemas. Les daré la cartera, mis pendientes, lo que sea. Y lloraré, lloraré mucho si hace falta. Eso ayudará, ¿no?

—No hay duda, amor.

La besó antes de abrir el portón.

—Por Dios, ten mucho cuidado.

—Confía en mí. Tú ve con Rodri y cierra por dentro. Lo arreglaré.

Los buenos ciudadanos

Al escuchar el petardeo de motor, Francisco levantó la cabeza. Se trataba de una vieja furgoneta bastante sucia y abollada que, al dar la curva para entrar en el aparcamiento del área de autocaravanas un poco más rápido de lo sensato, hizo chirriar los neumáticos. La siguió con la mirada hasta que se detuvo medio atravesada junto al espacio de servicio para el llenado y vaciado de aguas. Entonces se desentendió y continuó con la labor.

Estaba sentado en un pequeño taburete de plástico, con una de las botas de caminar y un cepillo entre las manos, quitando el barro de la caminata. A sus pies ya tenía las botas de Almudena, perfectamente adecentadas. Pero aún le restaba limpiar su otra bota, sucia hasta la caña. Sin darse cuenta, durante la excursión no vio el agujero lleno de fango y se metió hasta el corvejón. Tuvo suerte de no haber roto el tobillo.

—¿Cómo huele tan mal?

Almudena, envuelta en el albornoz y secándose el cabello, se asomó por la puerta de la autocaravana arrugando la nariz.

—Son esos gitanos. O usan aceite de cocina como combustible, o ese motor pide un cambio urgente de bujías.

—¿Gitanos? ¿Y qué hacen aquí? Ese cacharro no tiene aspecto de ser un vehículo vivienda.

—Mujer, igual llevan un colchón tirado atrás. ¿Qué te importa?

Almudena flexionó el tronco para dejar caer la melena por delante y continuó fricciónándola con energía al tiempo que replicaba:

—Pues sí me importa. ¿No ves cómo han aparcado? Están ocupando dos plazas y con el culo obstaculizan la rejilla de vaciado. ¿No querías ir a cargar y vaciar?

—A ver, no nos pongamos quisquillosos. Solo estamos nosotros. Igual solo vienen a por un poco de agua y se marchan. Además, hay plazas de sobra. Sabes bien que, estos meses, no viene nadie por aquí. Despreocúpate.

—Claro, y cuando termines de ducharte y quieras vaciar, dime cómo lo haces.

Francisco terminó con la primera bota y cogió la segunda, dudando si no sería mejor limpiar lo más gordo con papel de cocina para no dejar el cepillo embadurnado con el barro.

—El depósito está lleno. No hay prisa.

—Estaba, dirás. Me lavé el pelo con champú y tuve que darme dos jabones. Así que tendrás que esperar a que el bombo caliente más agua porque cuando terminé de ducharme ya salía fría.

—¿Has usado toda el agua caliente? —se irritó Francisco.

—Sí señor. ¿No eres tú el primero que dices que en el área no hace falta ahorrar agua? Pues ya sabes lo que hay. Y asegúrate de que cuando tú termines de ducharte quede bastante agua para cocinar y fregar los cacharros, o tendrás que ir a pedir a tus amiguitos gitanos que se muevan de ahí, si pretendes cenar.

Con un resoplido, Francisco se levantó de la banqueta y fue a buscar la bayeta que guardaba en el cajón del váter químico. Luego, recogió la bota sucia y se encaminó al grifo. Al pasar junto a la furgoneta de los gitanos, saludó:

—Buenas tardes.

El que estaba fuera levantó lentamente la barbilla a modo de respuesta y siguió peleándose con la mesa plegable de aluminio cuyas patas se negaban a extenderse completamente.

Limpió la caña de la bota con la bayeta húmeda. Mientras lo hacía, calibró la maniobra que tendría que hacer para subir su vehículo a la rampa donde estaba la canaleta para recoger las aguas grises de la autocaravana y decidió que no le hacía falta pedir que movieran la furgoneta. Además, ahora los dos hombres estaban muy atareados sacando de la parte trasera una cabra enana atada con una cuerda. La cabra balaba y se resistía clavando inútilmente las pezuñas en la chapa chirriante. Francisco enjuagó la bayeta y regresó con toda la parsimonia del mundo, sabiendo que Almudena lo estaba vigilando desde la ranura de las cortinillas delanteras.

—El felpudo —espetó con tono admonitorio cuando su marido entró en el habitáculo. Francisco volvió a resoplar, pero se bajó de nuevo para restregar los pies en el pequeño felpudo de viaje—. ¿Van a moverse?

—¿Ya terminó de calentar el bombo? —preguntó, ignorándola.

Para no seguir oyendo los lamentos del animal que cada vez balaba con más desesperación, cerró la puerta a su espalda y agradeció la mano de

los alemanes en la insonorización de sus autocaravanas.

—Sí, ya está. Venga, dime, ¿hablaste con ellos? ¿Qué te han dicho? ¿Se van a mover o no?

Él se encogió de hombros y comenzó a desvestirse. Almudena ya le había preparado la ropa de cambio y la toalla, y fue recogiendo las prendas que él se quitaba para meterlas en el saco de la ropa sucia.

—No nos hace falta. Maniobro bien. Además, deben de estar muy liados. Han sacado una cabra, la que está chillando como una posesa; una de esas pequeñas, que no crecen. Creo que deben de querer amaestrarla. Ya sabes, lo de la cabra que baila. Han abierto una mesa, pero es una de esas de *camping*. No me parece la mejor superficie, pero ¿qué quieres?, cosas de gitanos. En mi barrio pasaban mucho con el acordeón, la escalera y el bicho disfrazado con una falda. Mi madre les tiraba monedas desde la ventana.

Almudena bufó, indignada, y agitó la mano como para pedirle que no divagara y se centrara en lo importante.

—No me lo puedo creer. Te parecerá normal. ¡Pues a mí no! Este es un aparcamiento para autocaravanas. Bastante mala fama tenemos ya en todas partes como para que los gitanos hagan de las áreas sus campamentos. Aparcan de cualquier modo, sacan mesas, animales. ¿Qué es esto, un circo? ¡Luego nos quejamos de que no nos quieran en ningún sitio!

Sin hacer caso a la diatriba de su esposa, Francisco entró en el baño y corrió la cortina. Luego, colocó la alcachofa del grifo en el soporte superior y dio un pasito atrás para esquivar las primeras gotas de agua, presumiendo que fueran a estar o heladas o hirviendo. Afuera, Almudena continuaba perorando acerca las normas municipales, ayuntamientos, redes sociales y multas, salpimentado con mucho sanseacabó y sinvergüenzas. Francisco había pensado en darse una ducha corta como ejemplo para Almudena. Pero, con la que estaba cayendo fuera, decidió que también se lavaría el cabello y que no saldría hasta que no se terminase el agua caliente. Sería divertido ver su reacción cuando viese las maniobras que tendrían que hacer para librar el culo de la furgoneta. Capaz era de bajarse ella misma a abroncar a los gitanos. Eso sí que sería un espectáculo digno de verse.

Estaba frotándose la cabeza para sacar espuma al champú cuando le llegó un grito airado:

—¡Entrenar a una cabra! ¡Entrenar a una cabra, dices! ¡Esas bestias la están...!

No entendió la última palabra y cerró el grifo para preguntar:

—¿Qué dices?

—¡Que la están degollando! ¡La han colgado de un árbol atada por las patas y le han cortado el cuello! ¡Qué asco! La sangre cae como si fuese una fuente. ¿Te parece normal? ¿Pintoresco? ¡Francisco, espabila! ¡Hay que llamar a la Guardia Civil!

Un reguero de jabón le corrió por la frente y se le metió en el ojo. Rápidamente, abrió de nuevo el grifo y comenzó a aclararse. «¡Salgo ahora!», gritó.

En realidad, a Almudena no le faltaba razón, pensó. Demasiados problemas les estaban poniendo ya en cualquier sitio por culpa del *boom* desmedido de autocaravanas y furgonetas Camper como para permitir que las áreas se convirtiesen en una suerte de lugar para lo que a la gente le viniera en gana hacer. Desde los que aprovechaban a lavar allí los vehículos con la manguera del agua potable, a los que las usaban como taller improvisado y sacaban del maletero herramientas de todo tipo para cambiar aceite, o las baterías, o compartir con otros autocaravanistas soluciones de bricolaje sacados de internet. Pero él no deseaba líos. Y mucho menos con gitanos. No, no quería problemas. Vive y deja vivir. Así que lo mejor sería buscar otra área y largarse. Cualquier lugar era bueno para dormir, y él quería hacerlo tranquilo.

Al cerrar el grifo, le extrañó no escuchar a Almudena. No era propio de ella cesar con la salmodia una vez que cogía carrerilla. No precisaba de público. En más de una ocasión, él había marchado de casa a por el producto de la lista de la compra que se había saltado porque en el supermercado habitual no lo tenían y, media hora más tarde, al regresar, seguir ella con su raca-raca acerca de cómo esperaba que cocinara sin levadura o que no estaba ella para perder el tiempo escribiendo listas que luego su señor marido no quería o no sabía leer.

Escurrió con las manos el agua de su cuerpo, sorprendido por el inusual silencio. Luego, abrió los dos tapones del suelo y comenzó a achicar el agua embalsada, primero con los pies y, finalmente, con las manos. Con cuidado de no rozar la espalda con la cortinilla mojada, cuyo contacto, ahora que ya no estaba bajo la ducha, le daba mucho repelús,

abrió la puerta y sacó la mano para que Almudena le entregara la toalla. No tuvo que esperar. Aferró la toalla, se secó y salió, sintiéndose renovado.

—Se encendió el piloto rojo —avisó Almudena.

—Vaya, no creí que quedara tan poca agua.

—Un tercio marcaba. Pero el caballero cree que el tiempo solo transcurre para mí cuando me ducho. Y eso que yo tengo el pelo largo.

Francisco se tocó la cabeza esquivando las zonas despobladas.

—También yo me lavé el pelo.

—Entonces fue por eso. Tardaste en encontrarlo.

Rio el requiebro mil veces oído. Bromas de viejo matrimonio.

—Bueno, no pasa nada. Me visto y nos vamos a dormir en otro sitio. Creo recordar que había otra área a menos de cuarenta kilómetros. Podemos llenar y vaciar allí.

Lo dijo con desenfado, sin mirar a Almudena a los ojos, sabiendo que lo que ella aguardaba era una especie de disculpa por no haberle hecho caso antes. Querría escuchar que él estaba equivocado y que le daba la razón. Pero ella le sorprendió diciendo:

—No es prudente marcharnos sin cargar antes el depósito. Recuerda lo que ocurrió en el verano, cuando tuvimos que terminar pidiendo por favor que nos dejaran coger agua en la gasolinera porque en las áreas estaba cortado el suministro.

—Pero fue por la sequía. Estamos en otoño.

—Yo solo te lo recuerdo.

—No te entiendo. Hace un rato eras tú la que querías que nos marcháramos a toda prisa por culpa de los gitanos —se exasperó Francisco—, y ahora quieres que maniobre al lado de su furgoneta mientras ellos están de matanza.

—Tú verás. Podemos arriesgarnos a irnos sin cargar. En media hora anochece. Y no, no señor, yo no te pedí que nos fuésemos.

En cinco minutos ya estaban preparados para moverse. Decidieron dejar la cortina del baño extendida con idea de recogerla en destino, ya seca. Aseguraron los cajones, guardaron los útiles de cocina y Francisco soltó el freno de mano, dejando resbalar la autocaravana de los calzos. Luego, salió del coche sin levantar los ojos del suelo, tratando de no captar la atención de los gitanos, que seguían maniobrando sobre el cadáver

colgante de la cabra. De pronto, tenía prisa por poner tierra de por medio y ya dudaba si no sería mejor arriesgarse a que no hubiera agua en la siguiente área.

Al volver a entrar después de guardar los calzos en el maletero, encontró a Almudena en el asiento del copiloto sin el cinturón puesto. No lo dejaría irse así, por las buenas. Ella quería que penitenciara el pecado de no haberle hecho caso.

—Venga, será cosa de un minuto. Coser y cantar —se burló ella.

Francisco se resignó. Bebería del purgante hasta la última gota.

Eligió entrar de culo. Con la cámara posterior le sería más sencillo librar el lateral de la furgoneta. Al dar la marcha atrás, los gitanos se giraron para observarlos. Quizá se darían cuenta de lo que pretendía y le harían el favor de mover un poco el vehículo. Pero si se dieron cuenta, no les debió de importar mucho y siguieron a lo suyo. Antes de que el movimiento de la autocaravana los dejase ocultos tras la furgoneta, le dio tiempo a apreciar cómo uno se aplicaba con el enorme cuchillo mientras el otro tiraba de la piel del animal para desollarlo.

—Vaya, qué rápidos —dijo Almudena.

Francisco, concentrado en la retrocámara, creyó que su esposa hacía referencia a la rapidez con la que los dos hombres se aplicaban sobre la cabra, hasta que se fijó adónde miraba ella y descubrió a la patrulla recién llegada. En la misma entrada del aparcamiento, detenido para obstaculizar la salida de cualquier vehículo, estaba un todoterreno de la Guardia Civil.

—¡No me fastidies que llamaste al 112!

No hizo falta que Almudena se lo confirmase. La sonrisa de satisfacción que le dedicó fue suficiente.

—¡Ay, Señor, qué ganas de líos! —se desesperó.

—¿Qué líos ni qué líos? Siempre estamos igual. Claro, es mucho mejor meter el rabo entre las piernas y salir huyendo para que esos bárbaros se adueñen de nuestros espacios. Muy bonito.

Los dos agentes se habían apeado del todoterreno y, por los gestos, estaban interpelando a los gitanos, ocultos detrás de la furgoneta. Francisco había retirado el pie del acelerador, dejando el motor al ralentí. No podía escuchar qué se gritaban fuera, pero, aunque hubiese apagado el motor, tampoco habría sido capaz de escuchar nada porque el soliloquio de Almudena no llegaba a término.

—Tú, como las del grupo de Facebook, ¡qué fácil es criticar sentaditas en el sofá de casa lo que hacemos en el centro de salud! Que si no me dais cita, que si el médico no me manda al especialista, que si no hay plazas para rehabilitación. Unas protestan y otras aplauden a las que protestan. Pero les digo que pongan una queja en atención al paciente y, ¿sabes qué hacen, eh?, ¿sabes qué hacen?...

Uno de los guardias parecía llevar la voz cantante. Gesticulaba y movía cada vez más los brazos aunque ni él ni el compañero avanzaban, las piernas separadas en actitud desafiante. Por los gestos, daban la impresión de estar exigiendo a los otros dos hombres que fuesen ellos los que se acercasen, o que les entregasen algo. Francisco supuso que querrían ver los papeles de la furgoneta en busca de algo por lo que los pudieran denunciar. O, quién sabe, quizá tenía que ver con la cabra sacrificada. A saber cuántas leyes se habrían saltado por matarla en plena vía pública. Y con la nueva Ley de Bienestar Animal, hasta penas de cárcel podrían caerles.

—... me niego. Me niego a seguir dejando pasar las injusticias. Hay que decir basta. Y si tú no tenías redaños, pues...

—¡Calla!

Repentinamente, como obedeciendo a una coreografía, los agentes desenfundaron sus armas y apuntaron. Los cuerpos, entonces, adoptaron una postura ligeramente encorvada, como si las pistolas, empuñadas con ambas manos, pesaran un quintal.

—¡Oye, a mí no me mandes callar! ¡Era lo que faltaba!

Uno de los gitanos apareció en escena, saliendo de detrás de la furgoneta. Era el matarife y seguía blandiendo el cuchillo, que agitaba en el aire al tiempo que su rostro se crispaba con visible violencia.

—¡Que calles, joder!

En sus pesadillas, cuando rememorase aquellos acontecimientos, recordaría el reflejo de los rayos del sol al impactar en el largo filo del cuchillo. Sería un recuerdo inventado porque hacía ya varios minutos que el sol había desaparecido tras la cercana fresneda. También creería volver a escuchar el sonido del primer disparo, un remedo de botella de cava al ser descorchada, pero con el ruido del motor y Almudena gritándole al oído, lo más probable sería que la banda sonora de ese instante la aportase el propio cerebro cada vez que recuperaba la película del incidente.

Apagó el motor.

—¡Al suelo! ¡Que te tires al suelo!

Era la voz imperiosa de uno de los guardias. Gritaba, pero no se dirigía al gitano del cuchillo. A este no hacía falta que le ordenasen nada. La mano que empuñaba el cuchillo acompañaba a la otra oprimiendo un punto de la barriga. Francisco no supo en qué momento dejó de ver el arma. A cámara lenta, el gitano se fue doblando sobre sí mismo hasta terminar encogido sobre el asfalto en posición fetal, y un pensamiento fugaz vino y se fue en la mente de Francisco, una imagen de fetos y de madres llorando a sus hijos.

Almudena por fin se había callado. Tardó un par de segundos en dar sentido a lo que sus ojos le brindaban. Fuera, uno de los guardias corría detrás de la furgoneta, encañonando al otro hombre y gritando que no se moviera. También comenzaron a escuchar los lamentos desgarrados de ese hombre que clamaba por su primo, pidiendo, implorando que le dijera algo, que le hablase para espantar a la muerte. El segundo guardia se aproximó al abatido y con el pie apartó el cuchillo que había quedado oculto detrás del cuerpo. Luego, levantó la vista y miró hacia ellos.

—Dios mío —murmuró Francisco.

Les hizo bajar de la autocaravana. Luego, pidió que le entregaran los teléfonos móviles y revisó los últimos mensajes enviados, las llamadas y la galería de imágenes y vídeos. Entre tanto, el otro guardia había prácticamente arrastrado al segundo hombre esposado hasta el todoterreno y lo había sentado con la espalda apoyada contra uno de los neumáticos traseros. Le dio una patada ligera para que dejara de protestar y, logrado el objetivo, se desentendió de él para, con paso tranquilo, ir hasta donde se encontraban Almudena y Francisco.

—¿Todo bien, señores?

Debía de ser el guardia de más rango porque el otro agente, más joven, se había echado a un lado.

No contestaron, pero igualmente cabeceó asintiendo al tiempo que giraba la cabeza oteando los alrededores en una extraña combinación de aire desenfadado y vigilante.

—¿Son ustedes los denunciantes?

Francisco se volvió hacia Almudena, quien comenzó a tartamudear.

—Sí..., sí señor..., pero yo no...

La cortó con un gesto seco. Se trataba de un hombre de mediana edad, algo cargado de hombros y con una parte del bigote amarillento por el tabaco. A Francisco le maravilló ese bigote en forma de herradura cuyos bordes llegaban a la quijada y pensó en lo mucho que debía de haber cambiado el reglamento del Cuerpo para consentir semejantes licencias estéticas. Por la forma en que hablaba, dio la impresión de ser una persona acostumbrada a ser rápidamente obedecida.

—¿El compañero ya les ha tomado declaración acerca de lo que ha ocurrido?

—No..., no señor —volvió a contestar Almudena.

Pero el guardia no le prestaba ya atención a ella y observaba las reacciones de Francisco, que llevaba un buen rato rascándose una muñeca sin percatarse. Al sentir la atención sobre él, dejó de rascarse.

—Bien, para que no haya dudas. Ese ciudadano ahí tirado...

—¿Está muerto?

—¿Le parece a usted que respire?

Francisco se dio cuenta entonces de que ninguno de los dos agentes se había acercado para comprobar si todavía estaba vivo. A lo mejor se encontraba gravemente herido y se le podían aplicar unos primeros auxilios hasta que los servicios de emergencia llegaran. Pero tampoco, que él hubiera visto, se habían puesto en contacto con nadie para dar parte del tiroteo ni pedir asistencia médica.

—Tenía un cuchillo en la mano —afirmó Francisco, separando bien cada palabra. La lengua se le adhería al paladar y notaba resecos los labios —. Ese hombre tenía un cuchillo en la mano.

El guardia civil meneó la cabeza, contrariado.

—Querrá decir que el gitano..., que el hombre abatido corrió hacia mi compañero blandiendo un arma blanca gritando que lo iba a matar y que en su opinión el disparo se produjo como respuesta a un peligro inminente de vida o muerte.

En el segundo en que Francisco trató de procesar la respuesta, Almudena se adelantó:

—Yo..., yo no estaba mirando. Le juro que no vi nada.

A Francisco le comenzaron a temblar las piernas. No había tenido tanto miedo en toda su vida.

El guardia civil los escrutó con mirada asesina. Luego, interrogó mudamente al compañero, quien se encogió de hombros. Su expresión de

intranquilidad inquietó más si cabe a Francisco. Almudena comenzó a llorar.

—Registra la furgoneta de esos a ver si llevan un hierro.

El agente joven salió a la carrera, feliz de apartarse de la creciente tensión. Durante un minuto eterno, un tiempo en el que el guardia no dejó de fulminarlos con la mirada y Almudena no paró de gimotear, ninguno habló. Luego, escucharon una voz cavernosa proveniente desde las tripas de la furgoneta.

—Una pipa, un machete y recortada. A plena luz. Vaya huevos que tienen estos tipos.

—Mira que la recortada esté cargada y tráela.

—¿Qué va a hacer? Por Dios, ¿qué va a hacer? Colaboraremos, firmaremos lo que quiera, diga qué tenemos que decir, pero no nos mate. No hemos hecho nada —reaccionó Francisco. Almudena lo agarró de la mano con desesperación como si solo él pudiera salvarla.

—¿Quién ha hablado de matar a nadie? —se rio el guardia, haciendo temblar la herradura. Ya no daba la impresión de estar enfadado. Parecía incluso feliz.

Cuando regresó el compañero, tomó la recortada y la abrió para asegurarse de que estaba cargada.

—Ya la había revisado —se molestó el otro.

—Nunca está de más. Quédate a su lado.

El otro gitano, olvidada la patada admonitoria, en todo ese tiempo no había parado de llorar gritando que habían asesinado a su primo, pero se calló al ver el arma ir hacia él apuntándole. Al llegar a su altura, el guardia hizo *boom* con la boca. Se rio y abrió la puerta del copiloto del todoterreno para rebuscar en la guantera una gamuza con la que limpió la escopeta. Luego, extrajo unos guantes y se los colocó. Con paso decidido, llegó hasta el cuerpo del muerto y, tras comprobar que ciertamente no respiraba, hizo que las manos inertes tocaran el arma. Por último, forzó el índice contra el gatillo para disparar.

El cartucho era de postas, y las postas, al rebotar contra el asfalto, cayeron como granizo en el lateral de la autocaravana. El guardia dejó caer la escopeta junto al cuerpo. Revisó la escena, se encogió de hombros mirando hacia el otro gitano como diciendo «Es lo que hay» y, con aire satisfecho, regresó junto al grupo.

—Bien, ahora ya no habrá dudas.

Francisco asintió. Había comprendido. Almudena lo imitó. Sí, obedecerían, firmarían lo que hiciera falta. Pero entonces Francisco se fijó en cómo los miraba el otro gitano y, al ver cómo los observaba, fue consciente del nuevo peligro.

—El otro. Lo ha visto todo. Él dirá que mentimos.

—¿Quiere que lo matemos? No, no, no ponga esa cara. Es broma. No, por ese no se preocupen. Algo encontraremos al registrar la furgoneta. Una bolsita de polvos blancos, quizá. Unos cuantos gramos de más y se pasará una larga temporada a la sombra. Nadie le va a creer.

—Sí, pero hablará con los suyos. Son gitanos. Y usted, usted ya sabe lo que pasa con ellos. Ellos sí le creerán. Le creerán y vendrán a por nosotros.

El guardia acercó tanto su rostro al del tembloroso Francisco que con las últimas palabras lo fue bañando en perdigones de saliva.

—Mira, capullo. Si tenéis miedo, pedid al fiscal que os meta en protección de testigos. Pero no es a ese gitano de mierda a quien tienes que temer. Ni a él ni a su familia. ¿Estamos? No es él quien sabe dónde vivís. Ni quien te irá a buscar a casa si no ratificáis en el juicio la declaración que hoy vais a firmar. Se acabaron las tonterías. Deberíais haberlo pensado mejor antes de denunciar por una tontería y jodernos a nosotros la partida de mus y a ellos su pitanza. Elegisteis un mal día para jugar a ser buenos ciudadanos.

EPÍLOGO

Después

El inspector Santiago Villalba desenvolvió el decimoquinto caramelo de cubalibre de la mañana y se lo metió en la boca. Comía un caramelo cada vez que pensaba en fumar, y pensaba en fumar a cada momento. Por eso había tenido que cambiar siete veces de marca y de sabor de caramelos a lo largo de los dos últimos años. No fumaba, lo estaba logrando, pero había engordado ocho kilos y ya odiaba profundamente aquellos asquerosos caramelos de cubalibre.

Con rabia, pulverizó el caramelo entre las muelas mientras repasaba una vez más el dossier que le habían endosado. Se lo habían adjudicado porque nadie quería hacerse cargo de ese marrón. Y no querían porque la investigada era una compañera. Pero al inspector Villalba esto no le afectaba. Se murmuraba que bajo su mesa dejaba marcas con un cortaúñas por cada poli corrupto que encausaba. Santiago estaba al corriente de los rumores y le daban igual, para él un delincuente lo era con o sin uniforme. Así que no le temblaba la mano a la hora de investigar a otro policía. Como no le quedaba demasiado para la jubilación, suponía que a la fiesta que organizarían cuando se retirase él no estaría invitado.

La primera vez que leyó el informe, dio por hecho que los otros inspectores que le precedieron en su lectura, ante la gravedad del delito y el peso indiscutible de las pruebas, buscaron cualquier subterfugio para no proseguir con el caso. Por grande que fuese el deseo que cualquier policía hubiese tenido en echar tierra sobre el asunto para proteger a la compañera, la misión era tarea imposible. Quizá, de los asuntos investigados, se hubiera podido sortear el de la visita al hospital con la excusa de no salpicar al agente de la Guardia Civil. Y, teniendo una manga tan ancha como el agujero de la capa de ozono, atribuir a la casualidad que se hubiese podido geolocalizar a la Policía Antiterrorista en el escenario del asesinato del matrimonio Francisco Alpuente y Almudena García Gómez, siempre y cuando desaparecieran ciertas huellas de botas del

informe pericial. Pero con lo del explosivo plástico sustraído... No, con lo del explosivo la tal Carmela estaba metida en la mierda hasta el cuello.

Carmela Arriaga Vélez llevaba detenida una semana, pero, según le habían explicado, se negaba a declarar. Seguía en estado de *shock* por la muerte de su cuñada Mercedes, la principal sospechosa de haber hecho explotar el material sustraído presuntamente por su cuñada. Porque la otra opción, la absurda ocurrencia de que las otras dos víctimas, en su intención de terminar con la vida de la sospechosa para evitar que declarara contra ellos en un juicio por homicidio en primer grado hubiesen logrado hacerse con explosivo plástico y que luego hubiesen muerto debido a un accidente en la manipulación de la bomba, era tan inverosímil que nadie con dos dedos de frente se había atrevido a estampar su firma en un documento que respaldase semejante disparate. A no ser que deseara que fuera la firma previa a la del finiquito por despido.

Además, estaban los seguros. Las compañías aseguradoras de los inmuebles dañados moverían cielo y tierra con tal de no ser ellos los que pagaran. Y, entre reclamar los daños a un clan gitano a hacerlo al Ministerio del Interior como responsable subsidiario del dolor provocado por una funcionaria, estaba claro a qué baza apostar. Seguramente, unos cuantos abogados estarían leyendo en ese mismo instante informes similares al que él tenía entre las manos. Pero ellos podrían estar echando un pitillo y no comiendo esta mierda de caramelos, se lamentó introduciendo otro en la boca con visible asco.

Pero, si a pesar de todo esto, aún fuera posible encontrar la salida del laberinto, si de algún modo mágico él supiera cómo redactar las frases adecuadas, la teoría plausible para librar a la Policía Antiterrorista de aquel marrón, no lo haría. Y no por los dos hombres encontrados muertos en el piso; por lo que ya se sabía, ellos mismos se habían buscado terminar así. Tampoco por el padre de estos, enfermo terminal agredido con arma blanca cuando iba a ser tratado de su cáncer. Su historial delictivo dejaba al Lute como un niño de parroquia. A quien Santiago Villalba no podía obviar era a la otra víctima: el infeliz vecino sobre el que cayó el forjado del piso cuando Mercedes Espinera activó el detonador de la bomba que ella misma había colocado en su vivienda. No, la policía Carmela Arriaga, aunque solo fuera por esto, merecía la cárcel.

A esta conclusión había llegado ya la mañana anterior, y al llegar la noche habría dormido de un tirón, tranquilo como un bebé sin que le

pesara en la conciencia enviar a prisión a una policía, si no hubiese pecado de curioso. O de perfeccionista. Porque él ya contaba con pruebas de sobra. Con lo obtenido en las escuchas telefónicas tenía más que suficiente para armar el caso, a falta de un lazo rojo para envolver el informe y entregarlo como un regalo al juez instructor. Pero fue curioso. Quiso saber más.

En la búsqueda de las razones por las que ambas mujeres habían entrado en aquella espiral de violencia, no tardó en localizar la investigación acerca del ataque sufrido por Mercedes Espinera, su marido y su hijo. Con verdadero horror, vio las imágenes del rostro desfigurado de Mercedes tras ingresar en el servicio de Urgencias después de la violenta agresión. La mandíbula rota, el cráneo partido. Leyó el informe del neurólogo, del psiquiatra, del médico forense y tuvo que parar de leer para salir a la calle para que le diera un poco el aire.

Le quedaba lo peor.

Las fotografías de la autocaravana quemada, con los dos cuerpos calcinados en su interior, le abrieron heridas antiguas que creía tener cicatrizadas y enterradas. El varón adulto, identificado como Lucas Arriaga, esposo de Mercedes y hermano de Carmela, tuvo la fortuna de fallecer de un disparo a bocajarro antes de que ardiera la autocaravana; pero el niño, identificado como Rodrigo Arriaga Espinera, de tan solo seis años, murió quemado en el fuego que consumió el colchón de la parte trasera de la autocaravana. Y, que constase en las muchas declaraciones, nunca, en ningún instante, Jacinto Marcos, la única persona encausada por esta barbarie, había mostrado ningún signo de arrepentimiento por el asesinato a sangre fría del niño.

Sí, llevaba veinticuatro horas sin dormir, atando cabos, siguiendo el hilo de los hechos. Entendió que todo había consistido en un lamentable malentendido donde los sicarios confundieron al joven matrimonio con los anteriores propietarios del vehículo vivienda. Y creyó deducir la razón por la cual Mercedes y Carmela habían sido identificadas en las cercanías de la casa donde habían sido asesinados Francisco Alpunte y Almudena García. Las pruebas recabadas señalaban casi indiscutiblemente a los dos hijos de Jacinto Marcos como los presuntos homicidas del matrimonio.

Y no pudo menos que admirar el valor y la entereza de Mercedes. Él mismo sabía lo que era tomarse la justicia por su mano. En aquel ya lejano instante cuando eligió disparar a un hombre desarmado, se justificó

diciéndose que evitaba un mal mayor. El muerto, un asesino que acababa de degollar a su esposa delante de él sin que pudiera pararlo, había jurado matar también a su propio hijo en cuanto cumpliera la pena de cárcel sin importarle los años que tuviera que pasar entre rejas. Aquel tipo, Pedro Fanjul, se llamaba, era un verdadero psicópata que disfrutaba con el terror de sus víctimas. Santiago le disparó para que no pudiera llevar a cabo nunca su amenaza contra el niño. Pero el inspector sabía que la decisión no había sido la resolución evidente a un problema de lógica. En realidad, en quince años de cárcel, una persona puede cambiar, ¿no? La ciencia psiquiátrica podría haber evolucionado y encontrado algún tipo de tratamiento para modificar el podrido cerebro de los psicópatas asesinos. O el niño, el hijo del loco del cuchillo, haber fallecido por cualquier causa antes de que su padre saliera de la cárcel, y ya no existiría una potencial víctima a la que proteger. Quién podía saberlo. Él no lo podía prever. Pero había estado reteniendo la vida que se le escapaba a su compañera, la inspectora Lina Montalbán, frenando la hemorragia después de ser atacada por Pedro y con la ambulancia que parecía que no llegaba nunca. Y la mirada de terror y de súplica de la esposa del asesino un instante antes de que el cuchillo le rebanase la garganta no la olvidaría jamás. Disparó, sí, y lo hizo con odio, con deseo de venganza, dispuesto a eliminar para siempre a aquel miserable, erigiéndose juez y verdugo. Después mintió en su declaración, alegando defensa propia. Con la inspectora Lina Montalbán debatiéndose entre la vida y la muerte, nadie discutió su versión. Solo él, después, en las innumerables noches de duermevela que siguieron a aquel momento. Porque, por más que el resto de su vida de policía se hubiese esmerado en cumplir escrupulosamente con lo que marca la ley, en su piel llevaba la marca de agua de asesino.

Por eso, cuando al fin llegó a la lectura del seguimiento hecho a la policía Carmela Arriaga, supo que se encontraba ante una nueva intersección moral de la que no saldría indemne. Poco podía sospechar Carmela que la orden judicial para investigarla cuando se buscaba algo que vinculara a su hermano y a su cuñada con el clan de Jacinto Marcos había seguido vigente y que los ordenadores continuaron almacenando las conversaciones grabadas y los mensajes privados enviados.

Furioso, Santiago dio un manotazo a la bolsa de caramelos regando la oficina entera. El subinspector Mellado, que pasaba por el pasillo, se asomó al escuchar el ruido:

—¿Todo bien?

—Bien, bien. Deja... ¡Espera! —rectificó, incorporándose con la torpe agilidad que sus muchos kilos y sus muchos años le permitían.

El subinspector maldijo para sí su estúpida amabilidad.

—Dígame.

—¿Sigues fumando esa mierda de Nobel?

—Yo sí, pero usted no.

—No me jodas, Mellado. Venga, convídame a un cigarrillo. Mañana te traigo una cajetilla.

El subinspector sacó una pitillera de plata labrada, regalo de su hija mayor, y la abrió para que Santiago cogiese él mismo la manzana del pecado.

—Un último favor. ¿Fuego?

—¿No irá a fumar aquí?

Villalba lo fulminó con la mirada. De repente, más que fumar, lo que le apetecía era alguien que hiciera de saco de arena. Pero Mellado captó el mensaje a la primera y le prendió el cigarrillo.

—Al menos, cierre la puerta y abra la ventana. No querrá que le sancionen.

Santiago cerró la puerta y exhaló la primera bocanada gris en dos años. Era una bocanada que sabía a pecado. Necesitaba realizar algo que supiese fehacientemente que estaba mal hecho, una transgresión, aunque se tratara solo de una falta menor. Cualquier cosa que sirviera para compensar lo que estaba a punto de hacer. Una vez más, le tocaba a él elegir el maldito camino correcto. Y sabía que esta elección también lo acompañaría el resto de la vida.

Cuando todavía le quedaban dos caladas, descolgó el teléfono y marcó el número del móvil del juez instructor.

—Soy Villalba. Necesito que autorice el traslado del preso Jacinto Marcos. La persona que estoy investigando, la policía Carmela Arriaga, ha pagado a un intermediario para contratar a un sicario que está en la misma prisión. Hay que sacarlo de allí antes de que sea demasiado tarde.

Figares, 11 de marzo de 2023

AGRADECIMIENTOS

Debo dar las gracias a mi hermano Fernando, que de nuevo fue locomotora y látigo para que este proyecto no acabara en el cajón de las buenas intenciones.

A Carolina Novoa, por su generoso trabajo de corrección.

A mis amigos Manolo Carrero y Juan Carlos Doménech, quienes siempre se prestan a leer cuanto escribo para después brindarme sus opiniones y consejos.

A Carlos Alonso Menéndez le debo la escena del cumpleaños.

A José Manuel Maestre y su familia les tengo que agradecer una larga conversación veraniega que alumbró al clan que protagoniza este libro.

A Ignacio Fombona, que haya querido compartir conmigo su historia de lucha para proteger a los suyos. Todo un ejemplo y una inspiración.

A Iván Sánchez y a Susana Fernández Iglesias, una novela más, gracias infinitas por el asesoramiento en la parte policial y legal que ellos, desde su oficio, dominan de modo magistral.

A mi esposa María Luisa, por todo.

Y a Paco Gómez Escribano, qué decirle aparte de que no somos nada. Gracias, colega. Actuaste cuando más falta me hacía.



Nacho Guirado nació en Oviedo en 1973 y reside actualmente en el concejo de Sariego, en Asturias. Ha publicado hasta ahora nueve novelas, el libro de relatos *Retratos de familia* (2004), premio Alfonso Grosso del Ayuntamiento de Sevilla, y un relato ilustrado, además de participar en varias publicaciones colectivas.

Su primera publicación fue la novela *Antes de las doce* (2004), finalista del concurso de novela corta Ciudad de Dueñas. Después llegaría la trilogía de novelas negras formada por *No siempre ganan los buenos* (2006), premio de narrativa de la Diputación de Guadalajara, *Muérete en mis ojos* (2007), novela escogida como Talento Fnac, y *No llegaré vivo al viernes* (2008).

La lista de los catorce (2009), su quinta novela, es un homenaje a sus abuelos y a la guerra que les tocó perder. Su siguiente obra, la novela negra *Lo que sé del amor* (2015), fue premio «Principado de Asturias» de novela de la Fundación Dolores Medio.

En los últimos años ha publicado la novela de humor negro y rural *Ladrones de estiércol* (2016), el relato ilustrado *La niña pez* (2019), en colaboración con la pintora Verónica García Ardura, y la novela *El milagro de El Escorial* (2020).